

*Amaya Felices*

# PACTO DE PIEL

*Su misión es matar al asesino*



Lectulandia

Creada por los ángeles. Cuando marca a su víctima no hay vuelta atrás.

Sandra es una sabueso, una detective creada por los ángeles. Su trabajo es similar al de un policía humano con la diferencia de que ella investiga los crímenes sobrenaturales. En esta novela, Sandra deberá enfrentarse al caso más difícil de su carrera: el asesinato del director general de un banco, un crimen que más bien parece ser una declaración de guerra entre hombres lobos y vampiros.

En este mundo, las leyes las establecen los ángeles y hay pocas cosas con tanto poder como una de sus plumas. Sandra tendrá que recordar, desafiar el dolor y atreverse a ser ella misma. Al mismo tiempo, un caminante de la piel y un licántropo lucharán por su amor.

**Lectulandia**

Amaya Felices

# **Pacto de piel**

**Luz y tinieblas-1**

ePub r1.0

fenikz 10.09.16

Amaya Felices, 2012  
Diseño de cubierta: Ricard Barón

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

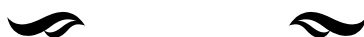
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado a Jorge, por creer en mis mundos.  
Mi agradecimiento a Ricard Barón por la preciosa portada.

# UNO



## NOCHE

Hace ya horas que ha caído la noche. Sobre una casa aislada en las afueras de la capital, las estrellas brillan con rabia en el cielo, como compitiendo con las luces de la cercana Zaragoza. En medio de las aterciopeladas tinieblas, saturadas con el aroma de las rosas de los cuidados jardines del unifamiliar, el silencio tiene ojos. Y ella lo sabe.

La mujer lleva tacones, estrechos, mas la observo deslizarse sobre las puntas de sus zapatos con la gracia de una bailarina, apenas arrancando susurros apagados al césped. Sin medias, sus piernas se pierden en una minifalda ajustada, de la cual una chaqueta de traje apenas deja ver unos dedos de suave tela oscura. No lleva pendientes, ni cadenas, ni nada que pueda tintinear. Sus labios se unen, relajados, en una media sonrisa que revela la soltura con la que realiza su trabajo, que habla de esa confianza que da la costumbre; su melena, ébano y larga, está recogida en una trenza baja. Tan solo sus ojos esmeralda podrían delatarla, por eso los lleva velados tras unas Ray Ban. Tiene estilo.

No le resulta muy difícil esquivar a todos los vigilantes. Como encargado de su equipo de apoyo, le he pasado los cambios de guardia, así como los lugares por los que patrullan, y para ella la noche es más que una aliada: es como el útero materno. Algo irónico, siendo que ha sido creada por los ángeles.

Cuando llega a una de las ventanas, cerradas y enrejadas, la veo ladear unos grados su cabeza; está escuchando alguna frecuencia de sonido que muy pocos pueden oír, yo entre ellos. Entonces cambia de plan, decide que mejor lo intenta por otro sitio. Se acerca a la entrada principal, una imponente puerta de acero cuyo único adorno es un relieve de símbolos rúnicos en su dintel. Vuelve a ladear la cabeza y sonrío complacida por la ausencia de sonido. Después su figura se difumina, se convierte en algo tan intangible y translúcido como un holograma y atraviesa el

metal. Al hacerlo, la temperatura baja de manera brusca a su alrededor. El frío se transmite hacia los guardianes, arrastrado y difuminado por la suave brisa primaveral, provocando que se estremezcan como tocados por el hálito de un espectro. Aunque no lo achacan a ninguna causa sobrenatural.

Deberían estar mejor entrenados.

El pasillo está oscuro, la alfombra que lo cubre ahoga el ruido de las pisadas femeninas, las cuales ascienden por una escalera amplia y siguen avanzando, evitando ahora a los guardaespaldas de su presa, hasta que llegan a la entrada entreabierta de su dormitorio.

Ella se desliza dentro.

Y yo, a través del vínculo que nos une, puedo percibirlo. Puedo sentirlo.

Aunque él no está dormido: está sentado en su escritorio, de espaldas. La luz de la lámpara de mesa daña los ojos de la mujer que pese a las gafas de sol tienen que reajustarse. Se las quita. El tono verde vibrante de su mirada se apaga hasta uno tan claro como el de un estanque, uno rodeado de árboles y fecundo en nenúfares. Desabrocha su chaqueta y saca una daga de la funda que lleva sobre su camiseta negra. La empuña. La bombilla arranca destellos de su filo de platino y entonces, sin levantarse, él se gira.

Unos iris de un marrón profundo la miran con resignación y pena. Y sus labios, unos labios que no es la primera vez que ve, unos que ha besado con un deseo que se niega a reconocer, unos que ha sido tentada a saber qué se siente al hacerles perder su irreverencia con la presión de los suyos, se curvan con tristeza.

Y yo odio verme abocado a saber todo esto a través del pacto que me une a ella.

—Has venido. Esperaba que no lo hicieras.

—Tú.

La mujer grita la sílaba en voz apenas audible, manifestando así su sorpresa, el duro golpe que le supone verlo allí, en la habitación del hombre que está buscando. Entre todos los del mundo, es el último al que desea matar.

Y eso remueve mi herida.

—Sí, yo. —No se mueve, pero ella sabe que está a punto de hacerlo—. Debí imaginar que vendrías aquí. Al fin y al cabo es tu trabajo, detective.

Sus últimas palabras tienen un sabor amargo.

—Dime. —No puede evitar que la angustia que siente se refleje en su voz—. ¿Eres él, el que busco?

Se toma unos instantes para contestarle, como considerando si una mentira podría cambiar algo.

—Sí, lo soy. ¿Has venido a asesinarme, no?

El hombre sigue sin moverse. Tan solo el aire de su respiración agita la fina tela entreabierta de la prenda que porta, mostrando su intento de no perder la calma, haciendo que la mirada de ella se deslice traicionera hacia esos pectorales marcados en exceso. Hasta yo, desde los jardines, contengo el aliento.

—Sí.

Su tono suena frío y profesional, es su trabajo. Y para cumplirlo dibuja con los dedos en el aire la runa que marca a su interlocutor como presa.

—Pero no es asesinar —continúa—. Es ejecutar, pues infringiste la ley.

—No lo hice.

Su mirada se clava en la de ella con una fuerza inusitada, como queriendo llegar a su alma y convencerla de su inocencia.

—Estás en su cuarto y afirmas ser él. Lo hiciste.

Se encoje de hombros; veo a través de los ojos de la mujer que este se resigna aún más, como si eso le confirmara lo que ya sabía cuando la ha sentido entrar: si no quiere matarla o encerrarla de por vida, debe aceptar su propia muerte. Porque ella es de la camada de los peores sabuesos y una vez que ha olido su presa, no desiste jamás.

—Luchemos pues.

Se tensa y separa sus piernas en una postura que le permita de un modo sencillo tanto atacar como defenderse. Mas él sigue sin moverse.

Y ella sabe que si lo ejecuta estará acabando con algo más que un hombre, que destruirá a su raza entera. No se le ocurre ninguna razón para que él no pelee por su vida con toda su alma.

—No, Sandra. No voy a luchar contigo. Ya te dije que te amaba y no era mentira. Puedes matarme.

Como si no le costase el más mínimo esfuerzo, se arranca en un movimiento lento su camisa y deja la piel que cubre su corazón al descubierto. Odio el latido fuerte que siento sacudir el pecho de la mujer como si fuera el mío propio, pues ella ya no mira su cuerpo, lo que mira son sus ojos y la mueca triste y resignada de sus labios. Y se da cuenta de que era verdad, que él no le dijo como una burla lo de que la amaba. Noto cómo se humedece su mirada. La mía también, pero de rabia. Mi compañera ignora las lágrimas. Los sabuesos no lloran, no pueden permitirse las emociones. Son detectives infalibles, ejecutores fríos y él es el delincuente al que ha estado buscando. Se aproxima. Puede olerlo, su cerebro se llena con ese aroma que ella había identificado como testosterona mezclada con licor de manzana y condensada en su boca. Maldice para sus adentros y yo también. Tensa el brazo del arma, acerca su cara a la suya, tanto que sus alientos se entremezclan, deja que asome un brillo esmeralda a sus ojos verdes y lo besa. Tan solo es un roce, una caricia leve, donde le transmite su pesar, sus deseos, sus sentimientos.

—Lo siento —le dice tras separar los labios.

Agarra más fuerte el puñal y se va corriendo. Sin importarle el sigilo; al fin y al cabo, ya está muerta.

Él se levanta, suelta un juramento y debe dar una orden mental para que los suyos la dejen irse en paz, porque ella sale de la casa. Y vuelve a jurar. Me lo imagino, seguro que no tiene muy claro si no preferiría que Sandra lo hubiera matado, pues



ahora solo tiene un día para capturar al culpable y demostrarle su inocencia. O mi compañera, presa de la maldición que pusieron esos ángeles estirados sobre su raza, no será para ese hombre más que un recuerdo doloroso.

Ingenuo... de un día nada.

Y en cuanto a recuerdos dolorosos, creo que yo guardo más. Así que espero poder hacerla entrar en razón antes de que sea demasiado tarde.

# DOS



## TRES DÍAS ATRÁS. MAÑANA

—Hola, Sandrita, ¿has visto el periódico? —le digo cuando entra en nuestra oficina, sin despegar la vista del mío.

No me hace falta hacerlo para saber que es ella. Su taconeo, tan decidido y acompasado, y su aroma, sobre todo su aroma, me indican que se trata de mi compañera.

—Sí, Samuel, dudo que quede nadie en Zaragoza que no lo haya leído a estas alturas.

—Hummm, escándalo en el Seina —le comento mientras me giro para encararla, sin levantarme de la silla, tan átona y funcional como el resto del mobiliario de esta oficina.

—¿Hummm? —Intenta imitar mi ronroneo sin conseguirlo, es demasiado rígida. Y a mí me encanta. He de decir que es todo un aliciente inesperado a mi nuevo trabajo—. Han matado a un vampiro en un restaurante humano, decapitándolo, delante de todo el mundo. Yo no lo llamaría «hummm» precisamente.

Me río, no puedo evitarlo.

—Vamos, Sandrita, no seas así. ¿Es que no sabes verle el lado divertido?

Divertido y sarcástico. Pues ese parásito, ese nosferatu, ha conseguido con su muerte justo lo contrario de lo que buscaba. Pero es evidente que ella no lo ve, pues observo cómo sus rasgos se tensan aún más. A esta mujer, por más que haya vivido siglos, nadie le ha enseñado lo que es tomarse un respiro del trabajo.

—No me llames así, sabes que *no* —recalca— me gusta.

Me acomodo de un modo aún más relajado sobre mi silla, cruzando las piernas.

—Y tú, mi arisca jefa, sabes que aunque fue una pena que tu anterior compañero se fuera, yo no me quejo precisamente de ocupar su lugar. Por más que seas tan estricta. —Acabo en un tono aún más informal para dejarle claro que estoy

bromeando.

El otro detective en realidad no se fue, más bien murió por no poder ejecutar a su presa: la maldición de los sabuesos. Ella no lo sabe, sus superiores no se lo han dicho; pero yo sí lo sé. Y eso hace que en cierto modo me identifique con él. Y también con ella, pues es duro ser tratado como un vulgar instrumento. Observo cómo frunce su delicado ceño y abre su boca, irritada, para contestarme; aunque antes de que pueda hacerlo suena el teléfono. El *boss* la llama a su despacho. Mientras se va, enarco una ceja y le sonrío irónico. El marrón, como ya imaginaba (es más, podría haber apostado mi vida en ello), es todo para ella. Y de rebote para mí, que desde hace unas semanas soy su compañero.

Mientras está fuera, voy a la cafetera de la sala común a por un café. Todo lo negro que soy capaz, apretando bien el grano molido. Tengo otros vicios, mucho más interesantes, pero este es el único que puedo permitirme en horas de trabajo. Quitando una vez que, durante una larga vigilancia, conseguí que ella jugara conmigo a las cartas, claro. Me costó lo mío convencerla de que por ello no íbamos a dejar de ver si nuestro hombre salía de su casa.

Para hacer más breve mi espera, vuelvo a mirar la foto del periódico, que por lo visto realizó a escondidas uno de los clientes del restaurante. Penumbra y la cabeza del director general del banco sobre su propio plato. A veces adoro a estos vampiros, son tan controladores y ambiciosos... que no dudan en tomar los puestos de más relevancia en el mundo humano. Es una pena que les saliera el tratado de paz con los lobitos por la culata. Ese restaurante es un sitio estúpido para unas negociaciones que limaran sus asperezas ya que tiene paredes acristaladas entre las salas. Así que cuando encendieron las luces de emergencia, apareció el banquero muerto y los humanos que estaban cenando en otros comedores pudieron verlo... en fin, un marrón. Algo así tenía que llegar al *Heraldo* al día siguiente. Y seguro que aparece hoy en los telediarios.

Sonrío.

No se puede negar que es un modo muy elegante de buscar una guerra entre clanes.



—Detective Sánchez, le he pasado toda la información del caso a su carpeta. Incluido el escáner del *Heraldo* de hoy.

—Se trata del escándalo del Seina, ¿verdad?

Sandra estaba de pie, en medio del amplio despacho de paredes de un blanco reluciente y muebles demasiado lujosos hasta para los detectives privados más caros de la ciudad. Pero claro, eso solo era una tapadera. Y por el lenguaje corporal de la mujer, una imagen de seriedad y compromiso, nadie diría que estaba pensando que

todos los casos complicados le tocaban a ella.

—Ya le he dicho que lo tiene todo en su carpeta —le contestó su jefe tras fruncir los labios en una línea fina de desagrado.

—Sí, señor. Tan solo es que he leído el *Heraldo* de hoy y usted ya sabe que no me llevo demasiado bien con el padre de la víctima.

—Detective Sánchez...

Bajo la calmada voz del director de la agencia asomó un tono demasiado claro de aviso como para que ella no retrocediera un paso de manera inconsciente. Y no era que Sandra se asustara con facilidad.

—Discúlpeme, señor.

No sabía qué odiaba más, si la desapasionada frialdad con la que la trataba (tanto a ella como a los asesinatos) o que se filtraran esas cosas en el mundo humano. Antes, siglos atrás, no había periódicos que se pudieran hacer eco de la muerte de un vampiro. Y si los hubiera habido, lo único que les habría provocado la noticia habría sido alivio. Sí, alivio. Nada de informar como había hecho el *Heraldo* del terrible crimen que había cometido alguien al matar al director general del banco. Sandra tampoco sabía qué era peor, si la manera en la que todos se mezclaban discretamente con la sociedad diurna, dominándola, o el modo en el que se regocijaba su jefe cada vez que la ponzoña de los muertos salpicaba a los vivos. Un ángel no debería permitirse esos sentimientos y ella no debería estar decepcionada ya que no era más que un sabueso fiel. Pero cada vez estaba más harta.

Ahora que lo pensaba, ellos siempre habían contemplado su propia pureza con soberbia, frente a la inmundicia del resto del mundo. Se apresuró a borrar de su mente esa idea, prohibida, tan en contra de lo que ella era y lo que le habían enseñado cuando la crearon. Se centró en otras, como que, por suerte, trabajaba en el lado correcto de la ley. Y eso era bueno, le hacía sentir que servía para algo.

—Señor. ¿Alguna cosa más?

—No, puedes retirarte. Ve con tu compañero y estudiad juntos la información.

Ella inclinó la cabeza a modo de saludo, se dio la vuelta y salió del reluciente despacho. Y justo entonces lo oyó carraspear.

—Y detective...

—¿Si?

Se volvió extrañada. No era normal que se le hubiera olvidado algo.

—En el caso anterior, tardó un poco más de lo normal en resolverlo. No crea que no vemos esos *conflictos emocionales*, esos pensamientos extraños que últimamente tiene sobre su trabajo. —Sandra se quedó mirándolo congelada, como si un antiguo abismo volviera a abrirse a sus pies—. Así que hemos añadido un pequeño extra en el contrato que firmamos al crearos. Solo para usted, el dolor y el tiempo finales quedan modificados. Doble de dolor, mitad de tiempo. Y no me mire así, si no llevara sirviéndonos bien desde el siglo XII, ya la habríamos desechado. —Endureció aún más su voz—. Detective, en las filas del bien nadie duda.



El pasillo protestaba ante sus tacones, que pudiendo ser suaves lo apuñalaban arrancándole un sonido rítmico cada vez más frenético. Nadie la paró mientras lo recorría. Era una de las *seniors*, de los sabuesos que más habían vivido, y por ello todos la respetaban, aunque ella no se sintiera muy admirable en esos momentos. Dejó que su malestar saliera con sus enérgicas pisadas, sin importarle la ceja que debía estar enarcando al oírla su jefe.

Doble de dolor, mitad de tiempo...

Siguió taconeando. Y no se detuvo hasta entrar en el pequeño despacho que compartía con su compañero el detective Samuel Ríos, con la intención de, más que sentarse, derrumbarse en su silla.

Vana esperanza.

Él era demasiado irritante para dejarla tranquila.



Cuando ella llega me pilla medio sentado sobre la mesa y con mi café ya frío en la mano. Le sonrío. Me encanta sacarla de sus casillas, quebrar un poquito su aplastante seguridad en sí misma, en que siempre hace lo correcto, y aún disfrutaría más si pudiera borrar la dureza de sus labios con un beso. Pero ella es una sabueso y no entiende más que la llamada del deber. Como yo debería, ¿no? Qué curioso... Vuelvo a sonreír.

—No me mires así.

Entra en el despacho como una tormenta y cierra la puerta detrás de ella. También huele igual, a electricidad. Esta mujer es increíble, apasionada y ni siquiera lo sabe.

—¿Cómo, Sandrita?

Me inclino un poco hacia ella, sin perder el contacto con la mesa.

—Déjalo. No importa.

—¿Esta vez qué le has hecho al *boss*?

—La próxima vez vas tú.

—Oh, vamos, Sandrita, a mí no me soporta. Le gustan los perros más serviciales, algo así como tú.

—No lo entiendo.

Esto es nuevo. Me quedo mirándola muy interesado, sin dejar de jugar con mi taza de café. Sé que eso le molesta, la vuelve menos *servicial*.

Y ella consigue sorprenderme una vez más. Parece que voy haciendo progresos. Pues se acerca a mí y me encara. Yo mido más de uno ochenta y soy ancho de hombros pero la detective Sánchez, pese a su medio palmo menos de estatura y lo aburrido y formal de su traje de falda gris, tiene *algo* que hace que su presencia sea

mucho más imponente. Me encanta.

—¿El qué?

Le sostengo la mirada.

—Tu arrogancia.

—Vamos, Sandra, todo el mundo sabe que el jefe te adora. Eres buena, muy buena. Y siempre estás tan convencida de que obedecerle es lo que debes hacer...

—Eso es lo que no entiendo. —Ella tampoco aparta sus ojos, cuyo fulgurante verde es cada vez más intenso—. Tú también eres un sabueso, como todos los de por aquí. Y él es un ángel, uno de tus creadores. Deberías besar el suelo por el que pisa. Nos hicieron así. Y sin embargo te portas como un maldito demonio.

—¿Lo dices por mi actitud? —Le dirijo una sonrisa provocadora y me encojo de hombros—. Será por eso que eres siempre tú la que va a su despacho y no yo.

—No, Samuel. Lo que no entiendo es por qué sigues vivo y a mí me acaban de castigar con doble dolor y mitad de tiempo.

Por unos momentos, mi pose irreverente casi se derrumba. Doble dolor y mitad de tiempo... Me siento algo culpable. Soy yo el que está intentando que ella se rebele, que viva un poco. Cuando la conocí me encontré con una mujer que, al llegar a la época actual e interactuar con la humanidad, estaba pidiendo a gritos aprender algo de ellos. No deseo que sufra, para nada, y eso me sorprende. No pensaba que ella me hubiera llegado tan adentro. Mas enseguida vuelvo a ser el mismo. No puedo permitirme que vea que estoy preocupado, que me importa, pues nuestra relación laboral, aunque ella no lo sepa, no va a durar demasiado.

—¿Eso ha hecho? Mierda, Sandra. Deberías hacer caso de mis consejos y tener metas más ambiciosas. No es bueno limitarse a hacer tu trabajo.

—Vale que seas la creación de uno de los arcángeles más poderosos y que quizá eso te dé libertad para ser así, tan arrogante, pero ¿sabes? No todos podemos permitirnoslo —me contesta ella, intentando tapar el dolor que asoma a sus rasgos.

—Piensa lo que quieras. Ahora procura hacer bien tu trabajo y no te pasará nada.

Me cuesta decirle una frase tan seca y cortante; pero es cierto. Tiene que resolver este caso. Si lo hace, su jefe le levantará el castigo. Doble dolor y mitad de tiempo... Eso es muy duro. Es lo que nos ocurre a los que hemos sido hechos para servir.

—No, claro —ironiza—. Primero no es bueno limitarme y ahora lo hago bien. Cada día te entiendo menos, Samuel. Vamos a echarle un vistazo al caso.

Me mira con más intensidad, como si pretendiera penetrar en mi piel. No es que yo lo retuerza todo, pero no puedo evitar pensar que eso de meterse en la piel de otros es precisamente mi especialidad. Y duele.

La detective se separa de mí y se dirige a la pantalla de 21 pulgadas de su ordenador, donde accede a toda la información del caso.

—¿El escándalo del Seina?

No es que no lo imagine, pero se lo pregunto colocándome justo detrás de la silla donde se ha sentado, intentando olvidar esa conocida angustia que ha comenzado a

clavárame por dentro.

—Sí.

Sé que no le gusta que me pegue tanto a ella, pero no esperaba encontrar en este nuevo destino alguien con quien pudiera sentirme tan identificado.

—¡Menudo caso más tonto! La verdad, Sandrita, para matar a la mano derecha del vampiro alfa yo habría elegido algo un poquito menos melodramático. De todos modos, va a haber guerra.

—No. No si podemos evitarlo. Somos guardianes del equilibrio.

—¡Ja! Somos guardianes del bien. Porque el único equilibrio bueno es el que está de nuestro lado. ¿O ya has olvidado eso, Sandrita?

—Deja de llamarme así.

—Estás muy graciosa cuando te enfadas.

—Mira, voy a mirar bien toda la documentación y luego iré al Seina a recoger pruebas. Nuestro jefe se teleportó allí en cuanto pasó, para asegurarse de que no ocurriera nada más e intentar minimizar daños.

—¿Te refieres a lobos y a parásitos no-muertos tirándose a los cuellos en medio del restaurante?

Curvo una ceja al interrumpirla. Ella me ignora.

—Algo así. Ya sabemos que su cabeza fue seccionada brutalmente por unas garras. Con lo que no hay otra arma. Y que debió ser alguien de la cena. Pese a todo voy a ir.

Sí, una pena para nosotros que los vampiros apenas tengan sangre en las venas. Sangre que si hubiera manchado las *manitas* del agresor hubiera hecho muy sencillo descubrirlo.

—¿Te acompaño? Sabes que me encanta ayudarte.

Me inclino más sobre la sabueso, casi susurrándole en la nuca. Noto cómo se estremece y sonrío. Ojalá pudiera convencerla de que ella es más que un perro servicial para sus jefes.

—No, prefiero que vayas al laboratorio a ver qué han sacado del análisis del cuerpo.

—De acuerdo, guapa. Otro día saldremos juntos.

Mi voz suena resignada y cargada de dobles intenciones, aunque lo primero es fingido. Ya suponía que me iba a tocar el cadáver a mí, al fin y al cabo la detective que manda aquí es ella.

—Me muero por ello.

Lo cierto es que la chica intenta darle un tono mordaz, pero la frase le sale bastante plana. Tiene que practicar más.

—Entonces, Sandrita, puedes esperarme echando un vistazo a toda esa documentación. Ya nos veremos.

Me separo y comienzo a andar hacia la puerta del despacho.

—¿Y tú? —Hace girar a su silla—. ¿Te vas? No creo que tengan ya lo del

laboratorio.

—Con lo concienciada que estás hoy para hacer tu trabajo, yo me voy a los bares cercanos al Seina, a tomar unas cervezas. A ver qué me cuentan los camareros. No es un mal sitio para acudir después de que echaran a todo el mundo del restaurante.

—Tienes mucha cara, Ríos. —Su voz suena fría, como si lo de irme a tomar unas cañas fuera demasiado hasta para mí—. La próxima vez vas a ser tú el que vaya a hablar con el jefe, me da igual si no te llaman.

—¿O qué? Estoy deseando discutirlo, Sandrita, sobre todo si es en mi casa.

¡Qué poco me conoce...!

Le guiño el ojo y cierro la puerta al salir, aunque no del todo. Noto cómo me mira a través de la rendija que queda entreabierta.

No soy ingenuo. Me imagino que ahora mismo ella debe estar pensando que comienza a estar harta de su nuevo compañero.

Al cruzar por la sala donde están los puestos de trabajo de los detectives de menor rango, los que no tienen despacho propio, observo que una humana coge un sobre de uno de ellos. Apesta a bruja. Habrá venido a cobrar un trabajo. La ignoro y la elimino de mi mente. La única mujer en la que deseo pensar ahora es en Sandra.

Sandrita... Sonrío.

«Lo siento, guapa. —Le dedico un beso mental mientras me abrocho mi cazadora de cuero. Me da igual que sea primavera—. Estoy seguro de que tu antiguo ayudante era mucho mejor sabueso. Debe ser duro eso de ser tan buena en lo que haces que te tienen que cambiar de compañero un par de veces al siglo porque todos van muriendo cuando se les escapa una presa. No es que sepa mucho del último, solo que murió hace unos meses de la dolorosa enfermedad que, tarde o temprano, acaba con todos. Pero si pudiera te diría una cosa, te susurraría al oído que por mí no pases pena, que yo soy la mejor pareja de baile que has tenido nunca en esto de ejecutar presas».

«Aunque no creo que te haga falta. Eres la mujer más dura para la que he trabajado. Y he tenido que seguir las órdenes de muchas».

Dejo que mis pensamientos se dispersen al salir a la calle. No me apetece recorrer las sendas dolorosas de mis obligaciones anteriores, las previas al Pacto.

Camino de mi cerveza, me permito soñar durante unos instantes en cómo debe de ser tener una mujer así caminando a tu lado para siempre. Hasta que la imagen de otra me lo jode todo.

¿Por qué tiene esa maldita bruja que colarse en mi cabeza?

Imagino que porque no me ha gustado nada el modo en el que me ha mirado antes, cuando me la he cruzado. Aunque, por supuesto, a ningún detective le agrada ver a una de las suyas por allí. Solo vienen para cobrar por sus servicios y su pago tiene un único significado: tortura. Tortura para el infeliz sabueso que no ha visto otra salida que contratar sus servicios.



# TRES



## TRES DÍAS ATRÁS. NOCHE

La escena del crimen.

A veces era una callejuela en el casco antiguo de la ciudad, otras un piso. Algunas, cuando se trataba de una ofensiva a gran escala, los unifamiliares donde solían atrincherarse las principales familias. Pero muy raras veces era un lugar público y menos en medio de un acto formal.

Sandra no pudo evitar amagar una pequeña sonrisa. No habría debido, lo sabía. Ella estaba allí solo para trabajar pero nadie la observaba y las últimas décadas de su vida habían tenido, por decirlo de algún modo, un color especial. Los grandes avances tecnológicos y de comunicaciones habían hecho que los suyos hubieran tenido que ser más discretos, que mezclarse más. Ya no le servía a un grupo de espectros aquello de «encantemos un castillo y alimentémonos del miedo y la vida de todo el incauto que venga». No si no querían acabar encerrados en campos electromagnéticos donde ser estudiados como ecos, energía residual. Ni a una familia de vampiros asolar una aldea hasta que solo permanecieran vivas las cucarachas. No podrían ni empezar a hacerlo antes de que alguien sacara su móvil para grabarlo y subirlo a la red. Estos mismos avances habrían tenido que haberles hecho la vida más sencilla a los sabuesos, que se cometieran menos crímenes por aquello de la necesidad de subterfugio; pero no era así. Tan solo habían hecho que fueran mucho más difíciles de rastrear.

Sin embargo, ella seguía con la sonrisa en la boca. Porque estas últimas décadas también habían traído consigo la necesidad de mezclarse de un modo más íntimo con la humanidad, tanto para pasar desapercibida como para investigar. Ya no podía buscar a sus víctimas sin importarle quién pudiera verla atravesar paredes o ejecutar al culpable, como en sus primeros siglos de vida. Y era ese roce, ese «buenos días» en el autobús o ese «un Mac Menú grande con Coca Cola Zero, patatas fritas y Big

Mac sin queso», lo que había cambiado un poco la rígida y simplista percepción del blanco y negro con la que había sido creada. Y aunque siguiera siendo práctica, reservada, dedicada a su trabajo al cien por cien y puñeteramente segura de sí misma, por lo menos se permitía sonreír de vez en cuando. Y sí, le gustaba la comida rápida, por muy trajeada que vistiera.

Además, si los labios de Sandra se curvaban divertidos mientras se acercaba andando al restaurante, era porque se estaba imaginando la que debió montarse cuando estallaron las luces. Aunque claro, debió dejar de ser tan gracioso cuando la cabeza del director general cayó, como decía el informe, sobre su propio plato.

(Dichoso Ríos... al final le estaba pegando su retorcido sentido del humor).



No le había costado más de lo normal entrar en el edificio. Como siempre, para pasar el cordón policial había tenido que esperar a que se hiciera de noche y hacerse intangible para acceder por una pared más discreta que la puerta principal. A diferencia de vampiros, licántropos y otros seres terrenales, los ángeles no colaboraban con los humanos, ni los chantajeaban. Por lo que sus sabuesos trabajaban solos. Sin contactos políticos que pudieran echarles una mano. Y en esa mierda de caso tendría que arreglárselas con lo poco que hubieran dejado los de la policía científica. Si fuera humana, Samuel seguro que le diría, en dos palabras, «estás jodida». Por suerte, tenía unas cuantas habilidades valiosas a su alcance.

Entró. Y recorrió los pasillos hacia la sala donde había ocurrido todo. Siempre era extraño acudir a la escena de un crimen público, sobre todo por lo escasos que eran. Las diferentes razas sobrenaturales tenían prohibido revelar el secreto de su existencia. Y este caso, con una decapitación y desaparición de la sangre del cuerpo, tenía pinta de que iba a ser sonado. Si le uníamos que ni vampiros ni lobos podían intentar ocultarlo al resto del mundo paranormal al haber tenido tantos testigos humanos, estaba claro que alguien quería romper las negociaciones de paz. Esas que estaban tan tensas desde hacía unas décadas. Alguien buscaba guerra. Y de qué manera.

Llegó al comedor y cruzó su puerta. Era una de las estancias del restaurante, con paredes de vidrio decoradas con plantas trepadoras naturales.

La mujer caminaba silenciosa, esquivando los montones de cristales rotos procedentes de lámparas y bombillas. El salón, debido a la ausencia de actividad, se le antojaba lúgubre. La cristalería sobre las mesas permanecía intacta por lo que una *banshee* quedaba descartada. Un solo grito suyo y no habrían tenido donde beber los vecinos de tres manzanas a la redonda.

Por cómo habían quedado las sillas y algunas mesas, tiradas de cualquier manera, le era sencillo imaginarse por qué todo el mundo llamaba a lo sucedido «el escándalo

del Seina». El asesinato parecía estar diseñado para llamar la atención, para enfocar todas las miradas en él, casi como en un espectáculo de *rock*. Era irónico, pues había sido una cena donde se reforzaba un tratado de paz, en una sala acristalada para desalentar la violencia de las razas implicadas gracias a la presencia de los humanos de alrededor, la cual frenaría posibles impulsos asesinos y suicidas de los comensales.

Suerte que en esas reuniones siempre había presente un ángel menor, el cual había llamado de inmediato a su jefe para que evitara más daños y que vampiros y licántropos se revelaran como lo que eran a ojos humanos. Pero que no había sido tan rápido como para evitar que los clientes humanos del restaurante vieran la cabeza del director general de un banco cayendo sobre su plato de langostinos, con gotas de salsa proyectándose de este a modo de fuente artística e instantánea. Una pena que no hubieran podido ocultar el cuerpo y el asesinato.

Se subió a la mesa (*esa mesa*) para echar un vistazo a la lámpara de araña. El cristal de los plafones estaba roto, algunos fragmentos aún sujetos a sus anillas doradas. Tanteó entre ellos con cuidado de no cortarse, más por mancharse que por miedo a una herida. Estaba todo destrozado. Y no había podido ser una sobrecarga eléctrica pues la enorme lámpara había explotado por completo, no solo algunas bombillas. Sus sensibles dedos rozaron restos de algo pegado en la cara externa de uno de esos trozos de plafón aún sujetos.

—¿Tienes permiso para estar aquí, bombón? —Sonó una voz masculina, grave y *sexy*.

Sandra se llevó su pulgar a la boca, sin ninguna otra muestra externa de que acababa de hacerse un molesto corte en el dedo índice.

—No te he oído llegar —le contestó en su tono formal de siempre, como si no se hubiera sobresaltado en absoluto.

¿Por qué no lo había escuchado llegar?

—A lo mejor si bajas a mi altura me oyes mejor.

La mujer, calmada, inclinó su barbilla hacia abajo para mirarlo. Por unos segundos su corazón se detuvo, porque ese hombre no podía ser humano. Aunque la hubiera pillado tan absorta en su tarea que no se hubiera percatado del ruido que había hecho al acercársele.

Unos ojos cálidos y expresivos la estaban mirando, con un toque burlón. Al sentirse por fin observados se elevaron ligeramente, junto con sus cejas y un toque cínico de sus labios. Uno que le trajo a la cabeza el adjetivo *demoledor*, perfecto para definir la sublime expresión de esa boca. Algo demasiado extraño para que lo estuviera sintiendo ella. Así que, mientras su corazón volvía a latir, cada vez más rápido, y su cuerpo se tensaba, como expectante, hubo de reafirmarse en que el condenado no podía ser humano.

Y entonces tenía que estar loco si pretendía seducir a una sabueso.

Ahogó en su pecho una exhalación más profunda de lo normal, el inicio de un resoplido. No tenía intención de alentararlo, ni siquiera con su desprecio.

—Quizá si bajas me oigas mejor —continuó esa sugerente voz masculina al tiempo que él desviaba su mirada—. Aunque sería una pena que acabara el espectáculo.

La detective siguió sus ojos hasta la pequeña raja que adornaba la parte trasera de su falda. Sus puñeteros, arrogantes, burlones y desafiantes ojos marrones.

Ese maldito hombre parecía tener la misma virtud irritante de Samuel para conseguir sacarla de su ordenado mundo, solo que multiplicada por mil.

Lo miró con frialdad, de modo deliberado. Y bajó de un salto, eficiente y limpio, aterrizando a medio metro del desconocido, ignorando esos labios que volvían a curvarse, esta vez de modo apreciativo.

—Te preguntaba, bombón, si tenías permiso.

—¿Eres policía?

—Eso depende, ¿lo eres tú?

Otra vez ese gesto descarado...

—Eso depende, ¿qué vas a hacer si te digo que no?

Si quería jugar, ella también podía pedir una mano. Como cuando Samuel le enseñó las reglas del póquer.

—Sé lo que quiero hacer.

Su voz bajó hasta un susurro y se acercó un par de pasos a ella, peligroso, metiéndose de lleno en su espacio personal.

—Pero no vas a hacerlo —le amenazó con una sonrisa gélida—, si no quieres llevarte un recuerdo ingrato.

—Por un besito creo que puedo soportarlo. —Su media sonrisa era ofensiva y tentadora al mismo tiempo—. Nunca nadie me acusó de no echarle huevos a la vida.

—Créeme, no quieres ponerme a prueba.

—¡Ya te digo que sí!

¡Demasiado! No quedaba ni aire para respirar. La mano de Sandra voló hacia la entrepierna del hombre y apretó con saña mientras él se retorció y juraba de dolor en silencio. Un punto a su favor. No era policía, pues no se había atrevido a elevar la voz.

—¿Todavía te quedan ganas de tocar las narices, mestizo de íncubo, o tu instinto de conservación empieza a ganarle terreno a tu boca? —le contestó todavía irritada por él, aun sabiendo que había obrado mal, que los suyos jamás se dejaban llevar por los impulsos.

Ni se alteraban así.

Y le daba igual. Era glorioso. Perfecto. Con esos labios que no sabían estar callados, esos vaqueros gastados, ese jersey fino de pico que dejaba ver un colgante metálico unido a una cadena de gruesos eslabones... No tenía nada que Samuel pudiera envidiarle pero, curiosamente, cuando su compañero se acercaba tanto a ella no corría el peligro de perder las pelotas. Aquel hombre, sin embargo, tenía que ser un mestizo de licántropo e íncubo. Lobo por como apestaba. Y demonio lascivo por

como hacía reaccionar a su cuerpo, como si en vez de una criatura pura ella fuera una puta babilónica.

El gemido del hombre sonó un poco desesperado. Decidió soltarle después de un último estrujón.

—Mierda, mierda, mierda. ¡Joder! —gruñó él mientras se agarraba su dolorida anatomía—. Por muy sabueso que seas, yo me imaginaba algo más angelical.

—Obviamente te equivocaste.

—No fastidies.

Le lanzó una mirada amenazadora.

—Bien, ya tenemos claro lo que somos, así que ya puedes ir largándote, yo llegué primero.

—De eso nada, ya había cogido algunas pruebas antes de que llegaras. Y creo que tú no lo tienes claro. No soy ningún *mestizo de incubo*. Aunque claro... —Cambió su tono receloso por otro más acariciante—. Quizá es que nunca hayas visto a un tío tan atractivo como yo.

Sandra abrió la boca para protestar pero la cerró sin decir nada. Lo cierto era que no sentía el aura caótica que acompañaba a los demonios. Punto para él y gran error de la noche. Había dejado que se le descontrolara tanto la libido que había confundido al lobo con un mestizo, ni siquiera había comprobado si podía ser de verdad un demonio y encima se había permitido que la hubiera sacado de sus casillas. Con un tipo así, no le extrañaba haber dado por buena la posibilidad de que tenía que ser un maldito incubo.

—¿Quieres verlas? —le estaba diciendo él.

—¿El qué? —Su imaginación la hizo ahogar un jadeo.

—Las pruebas.

Enarcó una ceja, arrogante, consciente del efecto que causaba en ella, nada menos que en una sabueso.

Por toda respuesta, la detective asintió con un golpe seco.

—Y además las confisco. Como representante de la Ley, yo, no tú, tengo derecho a tenerlas.

—Eso será si yo quiero dártelas.

Sandra cruzó los brazos y lo miró fijamente, manteniendo la batalla visual más larga de toda su vida. Punto para él. Nadie solía aguantar tanto la presión de sus ojos esmeralda. Pero al final el desconocido le tendió una bolsita con lo que parecía un trozo de cristal, después de un exagerado suspiro de resignación.

—Ten, no quiero que se me acuse de robar.

—Por fin un poco de cerebro entre tanta testosterona. ¿Qué es?

—Restos de lo que supongo es algún tipo de explosivo que he encontrado en una de las lámparas y algo que no me gusta nada: un trozo de plafón con pelos y huellas. Me disgustaría mucho que se nos acusase a nosotros de esto.

Pelos... Había muy pocas criaturas de la noche que los tuvieran. Entre ellos los

lobos, que eran de los principales sospechosos al haber estado presentes. Los otros bajo su punto de mira eran los vampiros. Y en cuanto al explosivo, debía ser lo mismo que ella ya había encontrado en la lámpara.

—Aun así no me doy por satisfecha —le comentó la detective mientras se guardaba la bolsita—. Tu raza es la principal sospechosa y es posible que me estés ocultando pruebas. —Le hizo un gesto hacia el muro acristalado de su derecha—. De cara a la pared, piernas abiertas, voy a cachearte.

Él avanzó y se apoyó, provocativo, contra la pared transparente; pero eso fue lo único en lo que le hizo caso pues colocó la espalda contra el cristal. Y le sonrió. Sus brazos y piernas estaban cruzados con desafío y tenía una ceja enarcada de un modo totalmente devastador e irreverente. La miró con intensidad y la detective sintió cómo de repente su estómago daba un vuelco y sus pulmones se quedaban sin aire.

—¿En serio? Wow. El deseo de cualquier hombre hecho realidad.

Le sonrió, apartó sus hipnóticos ojos y se colocó como ella le había indicado. Muy, muy despacio.

«Con la misma velocidad que quiero moverme dentro de ti...», parecía decir el modo en el que se daba la vuelta, rozando su pecho contra la pared. O la puñetera lentitud con la que giró la cabeza para seguir devorándola con sus pupilas, se tensaban sus músculos al respirar o le gritaba su sugerente y descarado lenguaje corporal.

Sandra se reprochó reaccionar ante él con deseo. Algo que se suponía que una sabueso no podía ni debía sentir. Se aferró a lo que debería estar pensando, a que el comportamiento del lobo solo podía ser calificado de absurdo e impropio. Pero le costaba... ¡Señor! Ese tipo de cosas no le pasaban a ella. Caminó hacia el lobo y comenzó a cachearlo con rapidez. Recobrando también algo de su sentido común perdido. Hasta que al pasar las manos por sus músculos, desarrollados y prietos, se humedeció los labios y se concedió una pequeña licencia. Bajó el ritmo. Descendió por su pecho en una parodia de abrazo que la dejaba demasiado cerca de su espalda, lo suficiente para apreciar la diferencia de tamaños. Él era enorme y ella parecía pequeña en comparación. Y olía... olía a testosterona con un punto ardiente, como el licor cuando quema tu garganta. La estaba matando el deseo de probar sus labios, de ver si sabían igual. Se le secó la boca y deslizó sus palmas y dedos por su cintura y caderas, recreándose, apreciando la piel caliente debajo de los vaqueros desgastados. Cuando se agachó para palpar sus piernas, su rostro quedó cerca del elástico de la ropa interior, de una conocida marca de lujo. También su aroma era una delicia cara que potenciaba el deseo que provocaba en ella ese aroma picante. Acababa de quemarse con su propia cerilla. Algo irónico, para ser la primera vez en su larga vida que encendía una.

Se obligó a apartarse de él. La respiración del hombre era agitada y superficial, quizá por eso había mantenido la boca cerrada en todo el proceso. Parecía que no solo ella se había visto afectada en el cacheo.

—Ahora es el momento en el cual se enciende la música y tú empiezas a quitarte la ropa, ¿no?

Sandra agradeció la salida de tono. Un modo como cualquier otro para quitar importancia a la experiencia que acababa de vivir y recordar quién era.

—No, encanto, ahora es el momento en que tú te largas y dejas a la profesional hacer su trabajo. —Ni se dio cuenta de que, de manera natural, había conseguido un tono mordaz perfecto.

Él se volvió, sin darse por vencido.

—Podría ayudarte en la investigación.

—Por supuesto, y robarme las pruebas que os incriminan en el momento en que menos me lo espere. —Hizo un gesto a la puerta con la cabeza—. Márchate, lobo, o te marco en este mismo instante. Y tú sabes lo que pasa cuando un sabueso marca a su presa.

—Que el perrito de los ángeles mata a su presa o muere en el intento. Por favor, estoy muerto de miedo.

«Deberías», pensó Sandra para sí.

El condenado eligió ese momento para acorralarla contra la pared. Cerca, tan cerca, que sus labios estaban casi en contacto. Y entonces puso esa medio sonrisa suya tan perversa, esa que le nacía en los ojos y acababa en la boca. Le entraron ganas de morderlo, besarlo, maldecirlo o las tres cosas a la vez y no necesariamente en ese orden.

—Yo sería de gran ayuda —afirmó él.

—No serías más que un estorbo.

Sus cuerpos se rozaban en puntos hechos para estar ocultos. Sandra, ante ese contacto tan íntimo, se sentía más a salvo que en ningún otro lugar, casi como si esos *puntos* le pertenecieran a él, como si hubieran sido creados para él. ¡Santo cielo! Él volvía a respirar el aire que estaba solo destinado a ella, volvía a invadir ese espacio privado y parecía dichoso de poder hacerlo. Hasta que a su nariz debió llegar el olor de la determinación, ese que le indicaba que ella no iba a ceder, y la sonrisa se fue apagando lentamente de sus ojos, aunque no de sus labios.

—Bien, asegúrame al menos que no te centrarás en las pruebas más obvias y que buscarás al culpable no solo entre los lobos.

—Centraré la investigación donde las pruebas me lleven y seré objetiva.

«Como he sido siempre», terminó en su mente.

Él suspiró y se alejó un paso tras otro, muy despacio, pero ambos sintieron la distancia entre ellos como si creciera demasiado deprisa.

—Bien —asintió—, espero que se nos mantenga informados.

—Solo de lo que sea preciso.

—Entonces, hasta que nos veamos de nuevo.

—Si nos vemos.

—Nos veremos.

# CUATRO



## TRES DÍAS ATRÁS. NOCHE

—Hola, Sandrita —le digo en cuanto descuelga el teléfono.

—Samuel... ¿por qué será que te reconocería aunque te cambiara la voz?

Me río, algo no muy normal en mí cuando es sin dolor.

—Te noto distinta... ¿por fin me has hecho caso y te has tomado una copa en horario laboral?

—¿Horario laboral? —repite—. Como si los sabuesos descansáramos alguna vez.

—Yo lo hago.

—Ya. En fin, ¿me has llamado para interrogarme o tienes algo?

Sí que es cierto que la noto más relajada. Quizá esté empezando a dejar de implicarse tanto en los asesinatos, a tomar un punto de distanciamiento y de humor.

—¿Tú qué tienes?

—No demasiado. He tomado muestras de lo que creo que son restos de sodio en las lámparas. Y poco más. Pelos, huellas, esas cosas... En principio no nos servirían de mucho considerando la cantidad de lobos y vampiros reunidos en la sala, alguien podría haberlos perdido sin ser el asesino; pero estaban en un trozo de plafón de la lámpara, junto a restos de lo que hizo que explotara, y eso ya es otra cosa. Voy ahora a dejarlas en el laboratorio etiquetadas como muy urgente.

—Entonces parece que es tu día de suerte, porque en el cadáver que se llevó el ángel había restos de pelos. Justo en el cuello seccionado. Así solo hay que esperar a que esté la prueba de ADN y sabremos cuál de los asistentes aprovechó la luz para decapitar de un par de zarpazos al vampiro. Diles que comprueben si son los mismos que los de tu lámpara.

—¿Solo un par? —Noto su interés profesional. Esta chica no se estremece ante nada—. El asesino debe ser fuerte...

—Sí, pero casi todos los asistentes a la cena lo eran. No haces unas negociaciones



para limar asperezas, para reafirmar una paz cada vez más tensa, llevando como escolta a tus peores hombres.

—Gracias, Samuel. Buen trabajo.

—No me trates como a un perrito, Sandra. Tú no.

—No seas tan susceptible, por favor. Cualquiera diría que en vez de reconocer tu mérito te he ofendido.

—Tranquila. Vete a dormir. En cuanto estén las pruebas te llamo. A no ser que prefieras que te vaya a despertar en persona, claro...

Ni siquiera escucho su contestación. Estará tan carente de sentido del humor como las demás. Disimulo mi malestar y cuelgo aliviado cuando se despide. Guardo mi móvil, noto mi mano dolorida de la presión con la que lo he agarrado. Hay fibras que es mejor no tocar.

# CINCO



## DOS DÍAS ATRÁS. FINALES DE MAÑANA

Acabamos de llegar a la casita de los lobos, la guarida del alfa. ¿Se nota que no me caen demasiado bien? Hay razas que tienen suerte, pues no han sido diseñadas para servir. Bueno, ni siquiera fueron creadas, tan solo surgieron como una enfermedad.

—¿Estás bien, Samuel? —me pregunta mientras aparca el coche—. Te veo muy callado.

Mi sabueso favorita... ella siempre tan observadora.

—Claro. —Le sonrío y me encojo de hombros despreocupado—. Estaba concentrado en la investigación. Como tú. ¿O es que yo soy más interesante?

—Vale —suspira resignada a la vez que se desabrocha el cinturón de seguridad—. Debería haberme callado. En fin, te ha costado convencerme pero aquí estamos. Yo hubiera esperado a tener un nombre, una identificación clara, aunque ya que el análisis de ADN dice que fue un licántropo, de hecho que fue *el mismo licántropo* el que colocó el explosivo que el que decapitó al vampiro, no perdemos nada por hablar con su alfa.

Hemos aparcado al lado de la verja de entrada de ese unifamiliar espacioso que para mí es *la jodida cueva*, ya que esos lobos son gregarios, dominantes y abusivos. Pero claro, Sandrita no ve más allá de su deber, para ella solo son o culpables o inocentes de un asesinato. Salgo del Renault Laguna blanco de mi compañera y cierro la puerta con menos suavidad de la que pretendo, arrancando una mirada molesta de sus ojos. En fin, mientras echa la llave me adelanto y pulso el timbre de la verja.

—Familia Bosque, ¿quién llama?

Puedo ver tres cámaras, las cuales les deben de dar una buena vista de nuestros cuerpos y caras.

—La ley.

Sandra se acerca y contesta por mí, dejando claro que es ella la veterana. Y no la

culpo. Con su traje está tan seria que da más miedo que cualquier policía, sobre todo porque los de seguridad pueden ver en el esmeralda de sus ojos lo que es. Aunque no me gusta que me dejen atrás.

—¿Tienen cita?

—No la necesito.

La puerta se abre casi de inmediato, silenciosa, y tres hombres trajeados de negro nos indican con un gesto que los sigamos. (Y yo con mis vaqueros sueltos y camisa con el cuello desabrochado y sin corbata... Me encanta que les joda tener que llevarnos ante su *boss*, sobre todo a un tipo tan cansado de todo como yo).

El jardín, todo hay que decirlo, está impecable. Pero para mi gusto huele demasiado a licántropo. No entiendo por qué Sandra no se molesta ante su agresividad contenida. Los perros y los lobos no están hechos para cazar juntos.



La detective Sánchez olía a lobo. Pero no a cualquier lobo, a *su* lobo. No era que ella hubiera pensado que aquel caradura del otro día, el de la escena del crimen, fuera suyo. Pero lo había sentido de un modo tan visceral que todas sus alarmas, esas de mujer dedicada tan solo al trabajo, habían saltado al unísono. Y algo así era tan nuevo para ella que se paró durante unas décimas de segundo, lo suficiente como para que su compañero se diera cuenta y la mirara con una ceja enarcada muy propia de él. Era tan irreverente como su lobo pero no despertaba el mismo efecto en su cuerpo.

—¿Te ocurre algo, Sandra?

—No, tranquilo —contestó con otro susurro al de Ríos.

—¿Has detectado algo que yo no?

—Samuel... cualquiera diría que eres un novato... Como si con el buen oído de los que viven aquí pudiera decírtelo si así fuera...

—Era una broma, Sandrita, para alegrarte el día, ya sabes... —concluyó él la conversación parodiando el gesto de tirarle un beso.

Estaba claro que lo hacía para tranquilizar a los licántropos, que debían haber estado escuchándoles. Había cometido un error al comentar su... sobresalto, por llamarlo de algún modo, pero al menos había intentado arreglarlo. A ver, la detective lo entendía, ningún sabueso se paraba así a no ser que le pasase algo. Pero de verdad, había veces que Ríos no parecía ajustarse a su currículum con más de doscientos años en activo a sus espaldas.

En seguida, al reconocer al hombre que les estaba esperando en el umbral cerrado de la casa, cambió el rumbo de sus pensamientos. Y en cuanto a la puerta, no tuvieron ni que llamar; se abrió cuando se acercaron bajo la mano del que seguía siendo el lobo más *sexy* en varios cientos de metros a la redonda. Aunque esta vez estuvieran en una casa ajardinada llena de ellos.

—Vaya, vaya, detective... ¿Así que ahora has decidido que los culpables somos nosotros? No te imaginaba tan simple.

Pese al tono entre irónico e irritante de sus palabras, sus ojos sonreían, al igual que sus labios. Y ella volvía a sentir cómo su sangre parecía hervir ante esa ligera curvatura de su irreverente boca.

—¿No fui yo la que te quitó las pruebas? No tengo muy claro a quién llamas simple.

—¿Quieres volver a cachearme por si oculté alguna?

Sandra se rio. Un sonido claro, como el de un arroyo de deshielo de las nieves más puras, brotó por su garganta y no fue Samuel el único que se sorprendió al oírlo. La mayoría de los sabuesos nunca se reía. Y desde luego no la famosa detective Sánchez, que llevaba tantos siglos al servicio del Orden que su solo nombre era sinónimo de muerte para los que lo rompían; aunque solo fuera porque ningún sabueso que hubiera fallado alguna vez seguía vivo.

—Vaya, preciosa, no sabía que me encontrabas tan divertido.

—Y tú a mí tan idiota. ¿De verdad piensas que con una insinuación y una de tus sonrisas lentas puedes sacarme de mis casillas y hacer que haga mal mi trabajo?

Esta vez era ella la que se burlaba.

—¿Sacarte de tus casillas? —repitió él, tomándose tiempo para paladear cada sílaba—. Vaya, vaya, no sabía que causaba ese efecto en ti. Quizá debí imaginármelo cuando hiciste algo tan impropio de tu fama como agarrarme por las pelotas.

El lobo se apoyó contra el marco de la puerta mientras lo decía, en una actitud entre burlona y desafiante, una que hizo que Sandra recordara nítidamente cómo se había colocado el día anterior contra aquella pared de cristal. Y antes de que ella, que se había ruborizado y parecía estar a punto de decir algo inapropiado, pudiera abrir la boca, Samuel le colocó una mano tranquilizadora en un brazo y contestó al licántropo.

—¿Nos vas a llevar ante el alfa o estás aquí para hacernos perder el tiempo?

La detective Sánchez no lo miró, pero supuso que él notaría su agradecimiento en la relajación de sus músculos. Su compañero, que era tan informal, se estaba comportando por ella, para que ese lobo arrogante no siguiera tirando de sus emociones. Jamás en su carrera había tenido que deberle nada a nadie.

Y eso fue como una ducha de agua fría.

El licántropo se retiró sin dejar de mirarla divertido y los guio por la casa hasta la habitación que buscaban. Para ser un unifamiliar era muy grande; debía tener alrededor de quinientos metros si Sandra se basaba en las numerosas puertas cerradas por las que pasaron hasta llegar a la amplia escalera que subía a la primera planta, por donde siguieron hasta llegar a la estancia deseada.

Muy interesante. Aunque lógico. Los más fieros guerreros del alfa vivían cerca de él, así como sus hijos y las madres de estos. Debía ser un incordio eso de no conocer al que sería su heredero hasta que en una ceremonia de la Luna, en la que esta se

encontraba en el ciclo y posición correctos —algo que solía ocurrir una vez cada veinte años—, se revelaba quién era. Y desde ese día hasta la próxima Luna llena, en la que lo investirían heredero, si a este le ocurriera algo... sería el final de los licántropos. Pues en esos días su diosa había elegido al sucesor pero todavía no lo había honrado como tal, por lo que si muriera, la deidad seguiría esperándolo para reconocerlo, sin aceptar que se había ido, sin poder por lo tanto hacer recaer tal honor en otro.

No era de extrañar entonces que la vivienda del alfa, del patriarca, estuviera tan protegida. Siempre.

—Hemos llegado. Os dejo —les indicó su guía ante la entrada de la habitación.

—Espera, lobo. No sé de qué conoces a la detective Sánchez pero yo quiero al menos saber tu nombre. —Lo paró Samuel.

Se miraron con desafío durante unos instantes. Sin apartar la mirada, el licántropo le contestó en un tono demasiado despreocupado como para no pretender suscitarle celos a Ríos. Como si un sabueso pudiera sentir eso...

—¿Mi nombre? ¿Es que ella no te ha contado que ya me conoce? En concreto, tuve ese placer en la escena del crimen.

El licántropo se encogió de hombros y llamó a la puerta. A continuación la abrió y les indicó que pasaran.

—Hasta luego, lobo —se despidió Samuel.

Sandra se dio cuenta de que lo miraba como si deseara marcarlo. No se atrevió a decirle nada, pues ni ella tenía muy claro por qué se había callado la parte del lobo antes, cuando habían hablado. Quizá porque le apeteciera guardárselo para sí. Y punto. Al darse cuenta de que podía ser relevante para la investigación, sintió una punzada de culpa. Otra sensación nueva. Parecía que la visita iba a ser de lo más instructiva.



Entramos en la habitación, decorada con tanto lujo y buen gusto como el resto de la casa. Se nota que el alfa maneja dinero y que, por más que me rabie reconocerlo, sabe gastarlo. Desde luego no ha escatimado detalle en este despacho, espacioso, con estanterías repletas de libros en los lados, enormes alfombras en el suelo y jarrones Ming en las esquinas con aspecto de ser auténticos. Lo único que no me encaja es un cuadro que para nada es de autor reconocido, colgado en la única pared libre de libros. Curioso. Representa a una mujer corriendo desnuda en un bosque, en medio de la niebla baja que se agarra a sus tobillos como manos fantasmales, en un cielo sin Luna cuajado de estrellas. Muy curioso, sobre todo considerando que parece estar hecho por un aficionado. Está claro que el tema le gusta y que hay una historia personal detrás, si no algo tan carente de valor no estaría en esta sala.

—Pasen, detectives, les estaba esperando.

Como si no fuera evidente... En todo caso, no me gusta nada el tipo del que salen esas palabras. Es grande, enorme más bien; su pecho parece desbordar el respaldo de la silla en la que está sentado, la misma que descansa al otro lado de su mesa tallada a mano en madera de ébano. Para ser un jefe de clan, aunque sus ropas son de calidad evidente, viste demasiado informal: con un jersey fino y unos vaqueros y zapatillas que asoman por debajo de la mesa. Me conozco el tipo, es tan soberbio y engreído como todos los licántropos, otro más que se cree con derecho a dar órdenes a las razas inferiores.

Noto la mirada de Sandra clavada en mí, como si pudiera sentir la rabia que me recorre. Lo dudo mucho. Pero lo cierto es que me ayuda a avanzar, como ahora está haciendo ella, para estrechar la mano del lobo.

—Manuel Bosque, un placer.

*Manuel Bosque*, encima será su nombre de verdad. Los licántropos son de las pocas razas nocturnas cuya vida es tan solo ligeramente superior a la humana. Aunque para lo que me sirve a mí una existencia larga de obediencia y trabajo...

—Igualmente. Soy la detective Sandra Sánchez y mi compañero el detective Samuel Ríos. Nos han asignado el caso del asesinato del lugarteniente del líder del clan vampírico.

Su voz suena fría y profesional. La prefiero caliente, por eso me gusta tanto irritarla.

—Desgraciadamente, no puedo decir que no esté al tanto del asunto. —Sus labios se curvan en una mueca irónica mientras nos señala las dos sillas que hay frente a su mesa—. Digamos que la cena fue, como mínimo, incómoda.

—Cualquiera lo diría... se han librado de uno de sus mayores enemigos —le contesto mientras tomo asiento.

Sandrita carraspea con suavidad y el lobo me mira en medio del tenso silencio que se establece. Lo sé: debo dejarla hablar a ella. Y también lo sé: he sido improcedente. Pero me da igual, tengo razón. Ese vampiro asesinado, Vladius, ha sido durante muchos siglos uno de los mayores azotes de los licántropos en su afán por exterminarlos. Y si bien es evidente que nunca consiguió acabar con el heredero en los días entre su revelación y su investidura, lo cierto es que les causó grandes bajas. Tantas que, en las numerosas guerras licántropos-vampiros que ha habido en la historia, se ganó el apodo de «el asesino de lobos».

—También se han roto las negociaciones de paz que estábamos buscando para dejar de diezmarnos los unos a los otros —acaba contestándome por fin Manuel, toda su enorme presencia musculosa contraída para hacerme patente, en una amenaza no formulada, lo peligroso que es.

—Por favor —me relamo en mi postura relajada, sentado reclinado en el respaldo y con las piernas cruzadas—, cualquiera diría que está nervioso, que tiene *algo* que ocultar.

—Detective Sánchez, por favor. —Se gira hacia ella—. Pídale a su compañero que se modere en sus afirmaciones. Estoy informado de que usted es la de mayor rango de los dos.

—No nos ha pedido las placas. Eso ha sido una negligencia suya. Y si cree que por mi renombre y lo conocida que es mi cara yo soy la de mayor rango, debería esperar a confirmarlo una vez que vea nuestras placas. ¿No le parece? —Su voz suena reprobadora y no mueve ni un músculo facial de más al hablar.

Me encanta esta chica, puede ser una sosa pero tiene claro quién es el sabueso que husmea a su lado. Y ese arrogante lobito, con toda su prepotencia de *soy el que manda*, se queda mirándola como si nunca le hubieran dado un corte.

—Disculpe —consigue decir cuando se recupera de su sorpresa—. ¿Pueden enseñarme las placas, detectives?

Me muerdo el *por favor* que pugna por salir de mis labios. El alfa se ha dado cuenta de que está ante los únicos que pueden decidir sobre su vida sin que nadie proteste: nosotros, los sabuesos de los ángeles. Y eso me encanta. Después de todo, quizá este trabajo no esté tan mal.

Sandrita le muestra la suya y yo la mía, donde queda claro quién es el detective jefe. Pero Manuel ya no se atreve ni a enarcar una ceja, porque los ojos verdes que lo están observando con fijeza, tan gélidos como una esmeralda tallada en el vacío interestelar, no invitan a otra cosa.

—Entonces, si no le importa, retomamos nuestras preguntas.

—Como deseen.

El amplio pecho del lobo sigue rebasando el respaldo de su silla, pero del algún modo ya no parece tan enorme, no ahora que ha recordado cuál es su sitio.

—Las pruebas indican que fue un licántropo el que cometió el asesinato. Si no desea que esto vaya a más, ¿puede decirnos quién?

—No fue un licántropo, estamos conectados mentalmente, ya lo sabe.

Claro que lo sabemos. El *rollo* alfa. Él calma a sus bestias y les puede dar órdenes, a cambio tiene acceso a sus pensamientos si lo desea; por eso si se acaba con los alfas al matar al heredero, se acaba con la raza. Sin un líder que los controle, acabarían reducidos a meros animales furiosos que deberían ser eliminados por el bien de los humanos y de los demás habitantes del planeta.

—Sí, lo que sé es que lo está encubriendo.

—No es cierto.

Noto que el lobo vuelve a mostrarse agresivo y peligroso. Y Sandrita también lo hace. Mejor. No me gustan los trabajos fáciles. Marcar a alguien aquí y ahora habría hecho muy aburrida la investigación.

—Pronto comprobaremos el ADN que hemos encontrado. Ese que por ahora sabemos que es de hombre lobo. Y que no concuerda con los archivos que tenemos de su gente. Así que, si no quiere que le marque a usted ahora mismo, necesito que dé acceso a un ayudante que vendrá en unas horas para tomar muestras de todos sus

hijos. Los únicos a los que mantiene celosamente guardados. Bueno, a todos no —se permite sonreírle—, tan solo a los cuatro que lo acompañaron en la cena.

—¿De veras me marcarías? ¿Es que mi palabra no sirve de nada? Esto es una encerrona de los vampiros. Ninguno de los míos ha hecho nada.

—Sí.

Me encanta esta chica. Fría y profesional hasta la muerte. En fin, puede que me guste más cálida pero ahora mismo, ante la expresión de los ojos del alfa, esos que muestran que ha visto a la parca, reconozco que no está tan mal eso de que sea fría. Porque todo el mundo sabe que una vez marcado, el sujeto tiene un día de vida. Como máximo. Aunque, en el caso de Sandrita, sea tan solo medio.

¿No es aún más divertido que eso nadie lo sepa?



La mujer acababa de dejar clara su postura ante uno de los seres más peligrosos del mundo paranormal. Sin dudar, sin temer por su vida. Y debería, pues si el alfa de los hombres lobo decidía matarla, ni ella ni su compañero tendrían la más mínima oportunidad de salir vivos. Pero ella era la Ley, el Orden, no había sido creada para dudar sino para investigar, marcar al culpable y ejecutarlo. De ahí que los mismos ángeles los bautizaran como sabuesos ya que era eso lo que hacían: olfatear, morder y no soltar a la presa hasta después de muerta.

El licántropo la estaba mirando con una mezcla de enfado y respeto, ambas emociones inducidas por el abierto desafío de la detective en su propia casa. Debería matarla por el insulto y luego rendir cuentas ante los ángeles, si es que estos de verdad tenían los cojones de ajusticiarlo. Porque si pretendían castigarlo por deshacerse de sus perros, tendrían que tener en cuenta que enfrentarse a él era hacerlo a toda una raza. Y de las más numerosas. Algo que no les convenía dada su eterna lucha con los demonios. No... los amos de esa detective no actuaban de un modo tan justo y recto como ella; podían predicar el Orden y el Bien absolutos pero no dudaban en considerar *excepciones* si con eso podían reforzar su supremacía. Tal y como él los veía, eran fachadas. Fachadas perfectas, blancas y relucientes, tan brillantes que su ardor por la justicia heriría los ojos de quien los mirara si eso fuera posible. Pero en realidad, esos exteriores tan cuidados ocultaban las mismas ambiciones que movían al resto de las razas. Hombres lobo, incluidos, claro, aunque la diferencia era que ellos no intentaban hacerse pasar por lo que no eran para así esgrimir un derecho a gobernar y juzgar a todos los demás. Y en cuanto a la pobre y valiente detective que tenía ante él... estaba claro que debía de ser irreprochable en todos los aspectos para que no la castigaran. Estuvo a punto de añadir la lástima a esas emociones que ella despertaba en él. Pero decidió no hacerlo. No se lo merecía.

Y como estaba claro por cómo lo observaba que estaba esperando una respuesta



suya, decidió no hacerla esperar más. A ella. Porque a ese otro, a ese engreído compañero suyo, más que no contestarle lo echaría a patadas.

—No. No voy a permitir que nadie tome muestras a mis hijos. Ni un ayudante o los mismos arcángeles. Son mis hijos. Son secretos. Nadie sabe quiénes son. Y son muchos.

—Le recuerdo qu...

—No, te recuerdo yo —remarcó levantando su diestra para dar más énfasis— que es importante que mis hijos sigan siendo anónimos. Porque si se sabe cuántos y quiénes son, tenemos enemigos suficientes como para que mueran todos de golpe por causas no naturales. ¿Nos entendemos, no?

—Perfectamente —intervino Samuel.

—¿Detective Sánchez? —le preguntó el alfa.

—Sí.

—Entonces, no pienso permitir que se marquen. Bastante tengo con que el resto de mi gente tenga que tener identificaciones similares a los DNI del mundo humano.

—Es para la seguridad de todos y les pasa igual a todas las razas. ¿O es que no lo sabe? —volvió a intervenir Ríos, con un retintín sarcástico dirigido al lobo que no hacía más que confirmarle lo poco que aguantaba el complejo de superioridad que tenían la mala costumbre de compartir los licántropos.

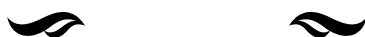
—Me da igual —le contestó este sin dejar de mirar a Sandra—. Mis hijos no lo tienen y punto. Detective, le recuerdo que sus superiores accedieron, está en los Pactos Antiguos y así debe seguir siendo. Ahora, si me disculpan, uno de mis hombres les escoltará hacia la salida.

—Escoltarnos, por favor... —bufó Samuel—, como si fuéramos a atacar a alguien.

—No, vosotros no. Pero mis hombres, que a estas alturas están recibiendo de mí la ira que me produce esta petición, posiblemente sí.

Y dicho eso, la puerta se abrió y Sandra, con la misma expresión inescrutable de su llegada, le indicó a su compañero que pasara por delante de ella. El alfa sonrió burlón ante tal exhibición de mando. Estaba claro que, si no hubiera sido por la orden de la sabueso, su compañero se habría quedado buscando una buena pelea.

# SEIS



## DOS DÍAS ATRÁS. TARDE

—No creo que sea una buena idea.

Sandra miró a su compañero con algo de irritación, parándose de repente en el transitado y céntrico paseo por el que estaban andando. Después de haber decidido no marcar al lobo alfa, no estaba para más negativas.

Si no lo había hecho, no había sido por miedo a no poder ejecutarlo y perecer presa de esos terribles dolores que llevaba siglos evitando, ni por falta de decisión; sino porque ese mismo olfato, ese sexto sentido que la había mantenido viva, le estaba diciendo que la situación era tan delicada que requería la supervisión de los ángeles. Al fin y al cabo, era cierto que estaba pactado que los herederos del alfa no estarían identificados. La única excepción.

Y si a eso sumábamos la cara de escepticismo con la que la había recibido su jefe, su creador, cuando se lo había comunicado, como si ella estuviera comenzando a flaquear en su sentido de la justicia... era normal que mirara mal a Samuel cuando este le llevó la contraria.

Habían pasado solo un par de horas pero todavía le parecía estar viendo la mueca de desaprobación y decepción del ángel. Le había dejado con la sensación de no ser digna del puesto que estaba ocupando y eso era, como mínimo, perturbador. Así que solo le faltaba que su compañero actuara como siempre: irritándola. ¡Ella también quería como creador a un arcángel que le permitiera tantas libertades!

Así que lo miró mal y no era culpa del pobre, sino suya. Era cierto que estos últimos años se estaba relajando un poco, dejándose influenciar demasiado por los humanos. Y encima estaba ese lobo... Hablando de hombres puñeteros y atractivos, el comportamiento tan incorrecto de Samuel, que siempre parecía dispuesto a sacarla de su ordenada rutina, también había tenido algo que ver en que se hubiera sentido culpable cuando su jefe la había mirado escéptico.

—Pues yo creo que sí. Y ya me he cansado de que me discutas tanto. Eres mi subordinado así que obedeces y punto.

Se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas. Eran del todo ciertas y con cualquier sabueso habrían funcionado, es más, ni siquiera habría hecho falta decirlas; pero con Ríos no, él era diferente. Le gustaba llevarle la contraria y mostrarle otros caminos, otros posibles giros de las investigaciones y, sobre todo, a juzgar por la mueca de dolor con que la estaba mirando, no le agradaba nada que le recordara quién estaba al mando. Era muy raro, la hacía sentir como si lo hubiera tratado como a un sirviente. Y no era así.

—No quería sonar tan brusca, lo siento —se escuchó decir, sorprendida.

¿Desde cuándo se disculpaba ella?

—De acuerdo. —Su voz seguía marcando las palabras despacio y con fuerza, pero por lo menos ya no la miraba como si lo hubiera traicionado—. Pero yo no voy a ir. No me gustan las brujas, nunca me han gustado.

—No pasa nada, lo entiendo.

—¿Seguro, Sandra? ¿Seguro que no pasa? —le preguntó irónico, con los brazos cruzados sobre su pecho en actitud defensiva.

Eran cerca de las cinco de un día laborable y la gente volvía a sus trabajos, sobrepasándolos y apenas prestándoles más atención que la necesaria para clasificarlos como una pareja discutiendo.

—Vale, me he pasado; pero ya te he pedido perdón. Y por cierto, sí que conocí al lobo en la escena del crimen; aunque no me dijo su nombre, ni me pareció relevante.

No tenía muy claro por qué le daba explicaciones. Supuso que se lo debía.

—Como tú digas.

Samuel le sostuvo la mirada. Parecía dolido. Ella se puso nerviosa.

—Me voy. Ya te llamaré si averiguo algo —se despidió, incómoda.

—Recuerda no comer nada que te ofrezca.

—Dudo mucho que una bruja sea tan idiota como para pretender engañar a un sabueso. Pero vamos —probó a tantear una sonrisa—, gracias por el aviso.

Por toda respuesta, obtuvo un leve cabeceo afirmativo. Estaba claro que Ríos seguía molesto por lo de que la obedeciera y punto. Tampoco era para tanto, ese sabueso tenía un grave conflicto con la autoridad, no era normal que le disgustara tanto hacer aquello para lo que había sido creado: servir.

Dejó de mirarlo y continuó su camino hacia la parada de taxis. Samuel no se movió hasta que la perdió de vista y entonces siguió andando por el Paseo Independencia en dirección a la oficina.



Sandra llamó al timbre de un apartamento en el barrio Delicias que nadie diría que

pertenecía a una bruja, pues la mujer que la recibió no era vieja, ni fea, ni volaba en escoba. Eso sí, preparaba unas pócimas que como mezclara unas gotas en tu comida o bebida podía hacer luego contigo lo que quisiera. Y no necesitaba sangre de recién nacido para ello, le bastaba con la de una de las crías de la inmensa prole de gatas preñadas que siempre había por su casa.

—¿Qué te trae por aquí, hija? —le preguntó irónica una vez abrió la puerta.

Desde luego, la mujer joven vestida con minifalda y una camiseta ajustada no parecía la madre de nadie.

—Déjate de cuentos, Anika, e invítame a tu salón que tengo trabajo para ti.

—Las de tu clase siempre tan estiradas y poco divertidas. —Se encogió de hombros—. Anda, pasa. Y te recuerdo que soy más vieja que tú.

—Y yo que te pago muy bien por tus servicios.

—Mis servicios... —repitió mientras caminaba con energía por delante de ella—. He visto en la bola lo que deseas.

—¿Ah, sí? ¿Ese cuento todavía te sirve con los humanos? Yo pensaba que ahora se llevaba más el tarot telefónico.

El salón al que acababan de acceder estaba teatralmente decorado, al igual que la entrada del piso. Estaba claro cómo se ganaba la vida Anika: del mismo modo en el que lo había hecho siempre.

—Siempre no, preciosa, en los tiempos antiguos yo era venerada como un canal con la Diosa.

—No me gusta que me leas el pensamiento.

—Ni a mí que me juzgues por una mesita redonda, una bola tapada por un paño de terciopelo y las Lunas que he pintado en el techo.

—¿Y recibes a tus clientes en minifalda?

La detective arqueó una ceja mientras, sin pedir permiso, se sentaba en uno de los sofás con tapetes de ganchillo en los reposa brazos.

—Por favor, me disfrazo. Aquí piensan que le alquilo una habitación a la vieja de los gatos. Sabía que eras tú, no me insultes. La bola será un fraude pero siento cuando se acerca alguien poderoso.

—¿Yo poderosa?

—No te hagas la inocente, como si no apearas al ángel que te ha creado. —Se sentó enfrente de ella—. Y como si cada año de vida no os volviera más fuertes. ¿Sabes que por eso os dieron ese talón de Aquiles, no? Para que nunca viváis lo suficiente como para desear rebelaros y conseguirlo.

—No me insultes tú a mí, Anika. Un sabueso jamás —remarcó horrorizada— se pondría en contra de la Ley y el Orden.

—Lo que tú digas, ¿una pastita?

Le señaló sonriente la tetera humeante y la bandeja de pastas que había en la mesita que las separaba.

—¿Un hechizo de siempre caliente? —Observó la tetera—. Así no hay cliente

que se te escape, ¿eh?

—Tenía que intentarlo.

—Toma.

Le lanzó una bolsita en la que se había guardado una pequeña cantidad de los pelos obtenidos. Siempre se quedaba con una fracción de las pruebas, para situaciones como esta donde no le quedaba más remedio que recurrir a la ayuda mágica.

Anika la tomó como quien coge un bombón, cerró los ojos y comenzó a pasar su mano por ella, susurrando algo en un lenguaje que solo las antiguas sacerdotisas de la diosa pagana conocían.

Al cabo de unos minutos, abrió sus párpados y la miró con malicia.

—Vaya, vaya, hijita, así que esta vez tienes algo gordo. Muuuuy grande. —Pareció relamerse con cada letra.

—Una pluma.

—Dos. Es grande.

Resignada, a Sandra no le quedó más remedio que aceptar. Por cada pluma de ángel que le prometía, su jefe la sometía a un horrible *reconversión* a cambio de dársela. Es decir, tortura: un dolor físico similar al que decían que precedía a la muerte de los suyos, el necesario para que reorganizaran sus genes, para que se aseguraran de que todo estaba correcto, de que el poder que iba aumentando en sus detectives no alteraba nada de la base angelical que ellos crearon. Como diría Ríos, una auténtica mierda. Y como Sánchez, al igual que cualquier sabueso, no creía necesitarlo pues estaba convencida de ser leal hasta su última molécula de ADN, odiaba tener que recurrir a Anika. Pero no le quedaba más remedio; sin poder tomar muestras a los hijos del lobo alfa, no había otro modo de saber cuál era el que había cometido el crimen. Por eso le acababa de dar esos pelos a la bruja.

—De acuerdo.

Anika sonrió porque ya sentía el chocolate del bombón que eran las plumas angelicales, tan perfectas y llenas de poder, en sus manos.

—En unos días, me paso por vuestra oficina a por mi paga. ¿Trato, sabueso?

Le ofreció la mano estirando el brazo a través de la mesita.

—Trato.

Se la estrechó y sintió el leve pinchazo de la aguja que escondía uno de los anillos de la bruja. Sandra se lo esperaba, su sangre era garantía de que cumpliría su parte. Los tratos, en el mundo sobrenatural, eran algo que todos se tomaban muy en serio.

—Dime.

—Es el heredero alfa.

—Aún no ha sido proclamado. No puede serlo.

—Sí puede, niña. El poder que siento es inconfundible, sabe a lobo poderoso. La Luna ya lo ha elegido, solo queda que sea proclamado como tal en la siguiente Luna llena. Y sabes que lo reconozco fácilmente. —Le sonrió perversa—. Ellos y yo

servimos a la misma Señora.

—¿Puedes describírmelo?

—No, solo su poder. Es glorioso. Va a ser el alfa más fuerte de cuantos ha habido en muchos siglos. Aunque, espera, algo no me cuadra. —Fruunció el ceño, tensándose en su asiento—. Es un poder demasiado fuerte y contaminado por algo. Me suena ese sabor, me suena... pero no sé dónde lo he sentido antes.

—¿Contaminado? ¿Es un lobo dominado por la bestia? ¿Un futuro renegado?

—No creo... no lo sé, niña.

Se levantó y agarró otra vez su mano. Sandra hizo ademán de soltarse, pero algo la dejó inmóvil, le congeló la sangre. Algo en la forma en que la bruja la miraba, en el horror y la sospecha pintada en sus negros ojos bordeados de *eyeliner*. Algo... en la manera en la que la actitud hasta entonces relajada de su cuerpo había cambiado, en el modo en el que silabeó su advertencia. Y Anika no era una mujer que se asustara con facilidad, en absoluto.

—Ten cuidado.

Sus palabras cayeron en los oídos de la sabueso como plomo fundido, líquido y ardiente. Se estremeció. Después, la bruja soltó su mano y comenzó a andar hacia la salida del salón.

—Espera, Anika. Antes de que me vaya...

—Dime.

—Toma.

La bruja se giró a coger la tarjeta que le tendía. Ella avanzó para dársela.

—Mi teléfono —le aclaró innecesariamente—. Si recuerdas algo, lo que sea...

—Vale, te llamaré —le contestó con brusquedad.

—Anika, no me quedo tranquila. Has visto o recordado algo.

—Vete.

Se giró y anduvo por el pasillo hasta la puerta de entrada, que abrió para ella.

Sandra se colocó a su lado y le sostuvo la mirada. La bruja no la retiró.

—De acuerdo. Llámame.

Anika ni se despidió, cerró la puerta tras ella y comenzó a lanzar en la entrada hechizos de protección.



—Detective Sánchez.

Ni «buenos días» ni nada, su jefe era único llamándola por teléfono.

Sandra estaba camino del gimnasio, vestida con unos pantalones de tela de talle bajo, zapatos de tacón y una camisa. Excepto por la bolsa que colgaba de uno de sus hombros, nadie diría que se iba a hacer deporte.

—¿Señor?

—Seré breve, detective. No vamos a intervenir para tomar esas muestras de los licántropos sin identificación de la casa del alfa.

—Bien.

—¿Bien? ¿Se lo imaginaba?

—Bueno, no creía que ustedes desearan romper los Pactos.

—No eres quién para imaginar nada.

Su voz sonó incluso más gélida que de costumbre.

—Disculpe, señor.

—Por supuesto que debes disculparte: me estás fallando. Arréglatelas como puedas pero resuelve el caso, no creo que desees bajar más tu nivel de competencia.

Su creador era terrible cuando la tuteaba, debía estar realmente molesto con ella. Y no era justo, llevaba siglos sirviéndolo bien. Una no siempre podía resolver un caso en un día.

Cuando lo siguiente que escuchó fue el pitido de fuera de línea, guardó su móvil. Ya no sabía si renovar su celo en su trabajo o dejar ganar a esa sensación cada vez más acuciante de mandarlo todo a la mierda.

# SIETE



## DOS DÍAS ATRÁS. ÚLTIMAS HORAS DE LA TARDE

—¿Quién es ese tío bueno que no deja de mirarte?

—¿Qué?

Sí, la detective Sánchez no pudo evitar sorprenderse con un «¿qué?» porque, para empezar, ella no era de las que hacían amigas en el gimnasio. No era que alguna chica no lo hubiera intentado de vez en cuando, pero enseguida desistía ante su mirada seria y sus monosílabos átonos como únicas respuestas. Para continuar, ¿qué? de átono no tenía nada: era acentuado y dramático hasta su última letra. Y para terminar, no era que con su fabulosa y tonificada figura en top y *shorts* no atrajera miradas masculinas, más bien era que no se había dado cuenta de que el condenado debía de haberla seguido desde el unifamiliar y ahora estaba allí, a menos de medio metro de su espalda, apoyado más que sentado en un banco de abdominales, mirándola con esa lenta, curvada y *sexy* sonrisa tan suya.

—Gracias por la información.

Sandra ni siquiera miró a la chica. Sencillamente agarró su toalla del lateral de la cinta de correr, se secó el sudor de la frente y pecho y se dirigió con su paso decidido de siempre hacia el lobo, si bien sus caderas se repartían el peso de un modo más agresivo y femenino de lo normal.

—Tú... ¿Qué haces aquí?

—Vamos, bombón, como si fuera tan difícil reconocer que estás encantada de verme.

La mujer se tragó la respuesta que su frase le provocaba y se tomó unos segundos para observarlo. De arriba a abajo, desde sus Adidas hasta su pelo despeinado, pasando por sus fuertes cuádriceps, sus pantalones cortos medio ocultos por una camiseta holgada de tirantes, los abdominales que seguro se escondían bajo esa tela, los marcados pectorales, hombros, bíceps... y decidió que él tenía razón: era todo un



espectáculo para los ojos. Aunque no era por eso por lo que estaba encantada de verlo. Muy a propósito, se relamió los labios con la lengua y cruzó sus brazos bajo los pechos, en una postura que sabía realzaría su escote. Él no era el único que estaba dejando demasiada piel sudorosa al descubierto.

—Lo cierto es que sí.

Se divirtió observando su reacción; él no esperaba algo así de una aburrida sabueso. Aunque claro, con lo del agarre a los huevos del otro día ya le había dejado claro cómo las gastaba...

—¿Todavía deseando cachearme?

—Eso ya lo hice, lobo, y no encontré nada satisfactorio.

—Será porque no buscabas donde debías —acompañó a su bravata con un enronquecimiento de la voz.

La sonrisa de ella se tornó enigmática.

—¿Tú crees? A lo mejor tienes razón. A lo mejor, en vez de buscar más pruebas ocultas, debería haber tomado algo de tu ADN. Al fin y al cabo tú no estás catalogado...

—Eres más rápida de lo que se dice, detective. Pero no he venido a hablar de mí, sino a invitarte a una copa y hacerlo de nosotros.

—¿Nosotros? —Se carcajeó ella.

—El clan, detective, el clan. ¿O creías que me refería a otra cosa?

Sandra le sostuvo la mirada unos instantes. Ese hombre era puro fuego, puro desafío, y a ella le entraban unas ganas enormes de participar en su juego, de romper sus propias normas, de conmocionar su larga vida ordenada y monótona de siglos de trabajo, de *divertirse*, al menos por una vez. Pero era ante todo una servidora creada para obedecer, para seguir la ley, y por mucho que ese licántropo irreverente la tentara ella era demasiado profesional para caer.

—Por supuesto que no, lobo. ¿Puedes creer que aún no sé tu nombre?

—Lo creo.

Mientras él le dirigía una sonrisa informal, que acicateaba las ganas de Sandra de hacer algo salvaje e impropio de ella, la chica de antes (esa a la que ni había mirado) se acercó a ellos y les interrumpió. Mejor sería irse a otro lado...

—Pero tía, ¿es que no vas a presentarnos?

De acuerdo, pensó Sandra, es una niña, quizá una universitaria. Y estaba claro que, como todas las humanas del lugar, ella misma estaba mareándose con tanta feromona de lobo y comenzando a comportarse de un modo demasiado agresivo: lo siguiente sería apartar a la joven de un puñetazo y morrear al licántropo.

—Lo siento, guapa, pero el tío bueno es mío.

Y aunque lo dijo para evitar problemas, lo cierto era que lo de *mío* le sonó a gloria. Sonriendo posesiva, cruzó la distancia que la separaba de él y se colgó de su brazo, incitándolo a caminar hacia el vestuario. Es más, siguiendo un impulso malicioso que desconocía, se permitió meterle mano en el trasero al avanzar. Para

evitar problemas, haciendo saber a esas mujeres que tenía dueño, se dijo. Pero en realidad, al comprobar su dureza y notar el brillo burlón de los ojos masculinos y el extraño calor que la informaba del rubor en su propio rostro, lo hizo por puro deseo de saber lo que se sentía al ser una hembra y caminar con un hombre así agarrado del brazo.

Porque ella, al ser un sabueso, era algo que no tendría jamás.

—En cinco minutos en la cafetería del gimnasio —le susurró al llegar a la puerta del vestuario femenino.

Él, cuando Sandra lo soltó, la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí, pegando sus torsos, haciendo que la piel femenina ardiera por el contacto de la elevada temperatura de la del lobo, enredando su corazón en el galope del suyo, enardeciéndola, haciéndola perderse en su mirada y, muy poco a poco, acercó sus labios a los de ella y depositó un suave beso que amenazaba con romper toda la contención si se alargaba un solo instante más. Y la soltó. Se separó. Desapareció en dirección al vestuario masculino. Lo único que pudo oír la detective antes de entrar al suyo fueron las voces cargadas de envidia de las demás mujeres de la sala.



Una vez en la cafetería, un espacio acristalado tanto a la calle como al espacioso pasillo de entrada al gimnasio, Sandra se pidió una caña en la barra y se sentó en una de las mesas a esperar al lobo.

La mesa, en realidad, era redonda, pequeña, alta y estaba rodeada por tres sillas tan elevadas como un taburete pero mucho más chics. O al menos así es cómo la definía la detective, al igual que al resto del local. Lo cierto era que el gimnasio, tan céntrico, era bastante caro; pero a ella le gustaba, era mucho mejor que el que tenían en los bajos de las oficinas. Sánchez, a diferencia de la mayoría de los sabuesos, no se sentía incómoda en compañía humana; es más, le encantaba observarlos mientras hacía su tabla o corría en la cinta, lo consideraba un modo de familiarizarse con el siglo, una manera de aprender a pasar desapercibida.

Cuando el hombre llegó, la encontró distraída mirando a la calle. Pero su presencia no pasó mucho tiempo desapercibida, pues Sandra aspiró enseguida su aroma y ladeó su cuerpo para encararlo. Y lo cierto era que lo que vio la dejó muy sorprendida. De acuerdo que el lobo había estado antes atractivo con poca ropa, los músculos del tronco superior marcados de las pesas que debía haber acabado de hacer y con gotas de sudor insinuando un sendero demasiado peligroso para pensar en recorrerlo... pero esto era demasiado.

Se había vestido con vaqueros y un jersey fino que le caía suelto desde sus hombros, delineando sus brazos y pecho; su piel olía a limpio, apenas a lobo, tampoco a champú: tan solo a limpio y a algo que, ahora que se estaba acercando,

podría definir como acero, agujas de pino y luz de Luna. Hum... Ella no sabía que se pudiera oler a esas cosas pero así era, pues sus sentidos se estremecían como si estuvieran ante el tacto frío y letal de un arma, su boca se deshacía ante el sabor y olor de agujas jóvenes, verdes, como tronzadas en dos con sus mismos dientes... y su nuca parecía cosquillear bajo la mágica luz de la Luna.

«¡Señor! —Tembló solo de mirarlo—. ¿Es que este licántropo es capaz de transmitirme el canto de la Luna con tan solo el aroma de su cuerpo?».

Y su pelo... corto, de mechones húmedos, mojados, que se pegaban contra su rostro y cuello, tentándola a apartarlo, a perderse en esos ojos insondables y jactanciosos que enmarcaban...

«¡Mierda! —pensó contrariada consigo misma—. Soy un sabueso, la creación de un ángel, no puedo tener estos pensamientos tan poco apropiados. No debo dejar que NADA me distraiga de mi trabajo, aunque se me esté acercando tanto que parezca que vaya a besarme».

—¿A qué juegas, lobo? —Su voz sonó fría.

—A nada, guapa. Tan solo quería ver qué estabas tomando.

—¿Y para eso tienes que colocarte a menos de un palmo de mi cara?

—No seas tan aburrida, detective —le sonrió sin apartarse un milímetro, cogió su bebida y paladeó un trago—. Cerveza. No está mal. Pero yo prefiero algo más... fuerte —bajó la voz, insinuante.

—Ya basta, lobo. Anda, siéntate.

Él le sonrió provocativo y muy lentamente se separó de ella y se sentó justo en la silla de enfrente. Apoyó un brazo indolente sobre la mesa y se la quedó mirando, sin ir primero a pedirse algo en la barra.

—Ya basta de tonterías. Dime. ¿Qué quieres contarme?

—¿Contarte?

—Lobo. O dejas de comportarte como si yo fuera una de tu raza y estuviera a punto de colocarme debajo de la mesa y bajarte la bragueta, o me voy. Tú mismo.

—¿Te han dicho alguna vez que eres demasiado aburrida?

—No. Más bien lo contrario. Al menos para ser la creación de un ángel.

—No lo dudo... —Le sonrió ambiguo.

Pero enseguida cambió de actitud, pasando a mirarla como si ella fuera algo muy divertido.

—Bien. Escucha.

—Adelante —asintió.

—No sé qué buscabas en la casa de esa bruja per...

—Así que me has seguido... —lo interrumpió.

Ni siquiera ella sabía cómo se las arreglaba para seguir sonando seria cuando lo que deseaba era meterse con él debajo de la mesa.

—No me gustó nada lo que ocurrió en la casa del alfa —la ignoró.

—¿Qué?

—Todos lo sentimos. Casi no salís vivos.

—¿Y eso te preocupa? —inquirió como quien pregunta si va a llover mañana.

Aunque estaba interesada de verdad en la respuesta. No tenía muy claro qué le pasaba, pero con este lobo estaba teniendo unos deseos y reacciones que no eran normales.

—No me habría gustado que murieras.

Las palabras salieron sin jactancia, burla o ganas de provocarla. Parecían sinceras y consiguieron robarle el aliento. Ella recuperó de repente el control de su cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó muy despacio.

—Porque quiero que primero acabes de cachearme. ¿Por qué si no? —La obsequió con una de sus lentas sonrisas, volviendo a ser el de siempre.

—Por favor... anda, volvamos a lo que quieres contarme de tu clan.

—Tú te lo pierdes. —Se encogió de hombros y prosiguió con su discurso—. Las brujas no son buena cosa, son los terrenales que están más cercanos al Caos.

La mayoría de las razas sobrenaturales eran terrenales, vampiros y licántropos incluidos. El Caos, como opuesto del Orden de los ángeles, lo formaban los demonios.

—Rumores. El que usen poder demoníaco en su magia nunca ha sido demostrado.

—Ni se ha podido probar lo contrario.

—Por favor —se exasperó—, Anika no usa magia negra. —Tomó un sorbo de su cerveza y contraatacó—. ¿Qué pasa? ¿Te molesta lo que puede haberme dicho?

—¿El qué?

—Que lo hizo el heredero. Ese que tenéis tan escondido.

—No.

—¿Lo niegas?

—Sí. No ha sido un lobo. Eso quería decirte. Es estúpido, buscamos la paz con los vampiros, no una guerra que vuelva a diezmar a los dos clanes. Deberías saberlo, por eso se celebró la cena. Esta paz, esta tregua que dura casi dos siglos entre nuestras dos razas, cada vez es más tensa. Las filas diezgadas ya han vuelto a engrosarse con nuevos miembros, los nuestros nacidos, los suyos convertidos. Nosotros no deseamos que mueran nuestros padres, hijos y hermanos. Y aunque solo sea por no perder poder frente a las otras razas, los líderes vampiros tampoco desean otra vez la guerra. Pero tras el asesinato... si nos lo cargas a nosotros habrá sangre. Tanta como para teñir el Ebro.

—Ya. Eso puede ser cierto. O puede que no.

—¿De veras no me crees? —La miró con todas las defensas bajas y parecía sincero, vulnerable y sincero—. ¿Cómo tengo que explicártelo?

—Lo siento, lobo. —Cabeceó Sandra con algo de tristeza—. Es mi trabajo. Ya sé que no sois tan ambiciosos como los vampiros, pero todo apunta a vosotros. —Suspiró—. Y ahora dime... ¿Y lo del heredero?

Él la miró dolido, no estaba acostumbrado a ser tan vehemente. Había algo en esa

sabueso que le hacía desear confiar en ella pero no podía, no podía decirle más... Y para lo que había servido desnudar en parte su alma...

Quizá, si la mujer le hubiera creído, hubiera podido decirle, confesarle, por qué estaba tan seguro de que no había sido un lobo. Ni mucho menos el heredero. El cual, por cierto, ya estaba conectado a las mentes de todos los demás.

Así que endureció su voz y cubrió sus ojos con una pátina de esa informalidad que tan bien se le daba. A veces agresiva, a veces burlona, pero siempre directa a su objetivo.

—Si hubiera sido proclamado lo sabrías. La ley nos obliga a informar a los ángeles en ese momento.

—¿Niegas pues lo que me ha dicho la bruja?

—Para ti un hechizo puede ser una prueba. Para mí no. El heredero no ha sido proclamado y ningún lobo ha matado al vampiro.

—¿Y elegido? ¿Elegido pero no proclamado?

—Si eso fuera así, preciosa —sonó amargo—, ¿de veras crees que alguno de los nuestros va a afirmarlo?

Ella comenzó a tamborilear con sus uñas en la mesa, justo al lado de su vaso. Desde luego que ninguno lo haría, ni bajo tortura. No ponías en peligro al único que podía hacer que tu raza sobreviviera.

—Muy bien, lobo. Entonces advierte a tu protegido. Si lo pilló, es hombre muerto.

—Si supieras dónde está, no estarías hablando conmigo. Creo, detective, que esta conversación ha terminado.

El apuesto hombre se levantó de su silla con energía, dirigió una última mirada a la mujer, una que parecía decirle que no era la conversación lo único que había acabado y, sin más, se dirigió a la salida.

La habría vuelto a besar. Como despedida. O a preguntarle por qué se había alegrado de verlo, pero para qué. Seguir ese impulso visceral que lo impulsaba a reclamarla como suya solo habría hecho más difícil la batalla entre ellos si lo descubría. Y hablando de descubrirlo... había hecho bien en no pedirle nada en la barra, esa sabueso era capaz de tomar una muestra de la huella de sus labios para identificarlo mediante el ADN y él no tenía ningunas ganas de que buscara su identidad en ese dichoso banco de datos de los ángeles.

Sandra observó cómo se iba y sintió un dolor indefinido por dentro. Era diferente a las *reconversiones* periódicas a las que la sometía su jefe a cambio de las plumas pero, de algún modo, dolía igual de fuerte. Como si partieran su esencia en dos y volvieran a juntarla, dejándola sin algo que le habían robado.

Este siglo XXI era demasiado acelerado, caótico, cruel. Y ella servía al Orden. Pero había algo, algo en el modo en el que los humanos se relacionaban, se apoyaban ante las dificultades... que la hacía sentir que estaba cometiendo un error al no coger a ese hombre de la mano y decirle que le creía, que iba a ayudarlo a buscar al

auténtico culpable; sentir que se equivocaba al no rendirse a esa deliciosa locura que la había embriagado al oler tanta feromona de lobo. Pero su razón de vivir, el motivo por el que había sido creada, no era seguir a los impulsos sino a las pruebas. Y estas apuntaban sin lugar a dudas al heredero licántropo.

# OCHO



## DOS DÍAS ATRÁS. NOCHE

Montecanal. O, mejor dicho, la zona más lujosa de Montecanal, con una serie de unifamiliares que pertenecían a aquellos que solo salían de noche, cuidados por reclutas humanos que daban una apariencia de normalidad ante el mundo diurno.

Montecanal. Para cualquier criatura sobrenatural, el hogar de los vampiros. Una de las razas terrenales más poderosas, una cuyos únicos rivales eran los lobos; pues ni brujas, hadas, hechiceros o caminantes de la piel se atrevían a hacerles sombra. Desde luego, los que caminan por la piel no. A Sandra, si no fuera una criatura angelical, le apenaría su injusto destino. Ellos eran como los sabuesos de los demonios, las creaciones del Caos, ligadas bajo un Contrato para robar, engañar y asesinar. Aunque a diferencia de ella y los demás sabuesos, cuyos creadores habían llenado de fervor por la Ley y el Orden su mismo código genético, los caminantes de la piel no sentían ni afinidad ni empatía por el Caos. Tenían mente propia, una que rechazaba su destino y que se había rebelado contra sus creadores en un Pacto que los consiguió liberar, pero que los dejó esclavos de cualquier terrenal que comprara sus contratos a los demonios. Básicamente, brujas y vampiros.

Era muy difícil ser más listo que un demonio, ganarle en un Trato, en su propio terreno. Ellos casi lo consiguieron, pero no encontraron la letra pequeña antes de pactar.

La detective Sánchez, pese a todo, no podía sentir pena por el destino de los que habían sido creados por el Caos, pues su mismo ser estaba programado para aborrecerlo; aunque las pocas veces que se había encontrado con algún caminante de la piel no había sentido la repulsión que le provocaba la cercanía de demonios. Quizá porque ellos eran, al fin y al cabo, una raza terrenal. Y de hecho, como la mayoría de los contratos de los que caminan por la piel los tenían los nosferatu, que habían pagado a los demonios con favores para obtenerlos, eran los no-muertos los que la

repelían: su esencia, al haber elegido bajo libre albedrío pactar con demonios,apestaba a Caos. Mientras que los caminantes, que se habían rebelado con todas sus fuerzas, no lo hacían. Irónico. Quizá trágico, al no haber conseguido más que pasar de un amo a otro.

Sandra se acercó a la residencia del líder vampírico, un unifamiliar con un bonito jardín. Mientras llamaba a la verja que protegía la entrada, sintió una especie de *déjà vu*. Solo que esta vez, a diferencia de cuando fue a ver al alfa licántropo, Samuel no iba con ella.

No porque no le cayeran muy bien los nosferatu (en eso de la repulsa, estaban igual) sino porque, aunque había insistido en acompañarla, Sandra le había pedido que se quedara en la oficina investigando. A ver si conseguía obtener algún dato sobre quiénes podían ser los hijos del líder de los hombres lobo.

El *déjà vu* desapareció cuando, en vez de abrirle la verja automáticamente, un vampiro se personificó a su lado. Tan silencioso y veloz que parecía haber salido de la nada hasta para una sabueso tan poderosa como ella. Antinatural. Y por el olor a Caos que manchaba su aura, repulsivo. No le extrañaba que los lobos tuvieran que hacer grandes esfuerzos para soportarlos, ni que su heredero no hubiera podido controlarse en aquella cena. Si ella misma había tenido problemas una vez para no extralimitarse...

—¿Detective? —Su voz sonó como un aliento de tumba.

Lo normal.

La sabueso asintió con la cabeza, toda ella fría profesionalidad que no daba ningún indicio de esas emociones tan poco apropiadas que estaba sintiendo.

—Detective Sandra Sánchez.

—Su identificación, por favor.

Se la tendió.

—Muy bien, sígame.

La puerta se abrió ante ellos, silenciosa. Su guía pareció deslizarse sobre el camino de baldosas grisáceas más que caminar, como para ponerle a cualquiera con algo de vida en su cuerpo los pelos de punta.

El jardín, apenas iluminado, estaba muy bien cuidado: trabajo de los reclutas humanos. Al llegar a la puerta de entrada, el no-muerto la abrió empujándola. Seguramente habían pagado a una bruja por un hechizo de apertura para que solo pudieran hacerlo determinadas personas. Lo típico que solían hacer los vampiros de todo el mundo.

Otro nosferatu diferente tomó el relevo y la condujo a un salón de la planta baja. Por supuesto, sus ventanas estaban selladas con densas cortinas de triple capa. El vampiro que habitaba allí era lo suficientemente poderoso como para no tener la necesidad de caer dormido durante el día.

—Así que usted es la sabueso que va a traernos la cabeza del asesino en una bandeja de plata... —Sonó una voz entre las penumbras.



La detective tuvo que ajustar su visión para adaptarla al oscuro interior de la habitación.

—Alfa...

En su tono no había respeto, tan solo reconocimiento. Al fin y al cabo, ella era la Ley.

—Muchas décadas sin tener el placer de encontrarnos, detective.

Su voz, aterciopelada, le traía a la mente imágenes de gusanos engordando, blancos y viscosos, regocijándose ante el lento movimiento de sus cuerpos fofos mientras devoraban carne pútrida.

Y algo más: recuerdos de un caso donde todo su instinto le había gritado que el antiguo lugarteniente del alfa, el padre de la actual víctima, era el culpable; pero que se había visto obligada a ignorar cuando las pruebas habían indicado lo contrario, todo bajo la grotesca sonrisa dentada y autosuficiente del ser que ahora tenía delante.

Sin dejar entrever sus escalofríos internos, se acercó al centro del salón, donde había dos sofás frente a una chimenea apagada. Esta última una absurda nostalgia del vampiro por otras épocas.

—Habría preferido no tener que volver a verlo. Mi presencia nunca es por cortesía.

—Pero eso no quita para que sea un placer. Siéntese, detective. ¿Una copa?

Le señaló primero el sofá que estaba al lado del suyo y después la copa de coñac, llena de un líquido oscuro y espeso, que reposaba de modo siniestro en su mano derecha.

—No, gracias. No bebo sangre. Y menos de vírgenes humanas.

El nosferatu no probaba otro tipo de víctima.

—Ah... detective. No sabe lo que me gustaría catar la suya.

Desde luego que ese no-muerto la repelía, le daba escalofríos y era antinatural. Olía a muerte y pactos con los demonios por todos sus poros y ni muerta le permitiría probar su sangre.

Además, él no era quién para llamarla virgen. Su celo por su trabajo y su carencia de ocio eran tan solo asunto suyo.

En medio de una sonrisa macabra que más bien era mueca, el alfa continuó hablando.

—Ya sabe que yo no siento inclinaciones sexuales. Pero lo de muerta podría arreglarse... —Le enseñó los colmillos, teñidos de rojo.

—Leer la mente a un sabueso es delito. Por mucho menos he marcado a otros.

Tuvo que soportar su risa. Estos últimos meses, desde que llegó Samuel, parecía que todo el mundo disfrutaba riéndose a costa suya. La diferencia era que lo que este ser deseaba de ella hacía que se rebelasen asqueadas cada una de sus células.

—Entonces, detective, seré breve. Si no me trae llena una bandeja de plata, habrá guerra con los lobos. ¿Coge lo de la plata, verdad?

Era uno de los pocos modos conocidos de matar a un licántropo.

—Nunca he necesitado traductor para sus palabras. Lo que quiero saber es si sabe ponerle una cara al que lo hizo.

—Si supiera, deliciosa detective, ya estaría su corazón en mi mesa.

El modo en el que pronunció *deliciosa* le provocó un rechazo visceral: ese ser no iba a conseguir el poder angelical de su sangre de ninguna manera. Casi tenía ganas de que hubiera guerra para echar una mano a los lobos si sus señores se implicaban en ella, aunque lo habitual era que los terrenales pelearan entre sí. Los ángeles y arcángeles ya tenían bastante con los demonios.

El suyo era un mundo donde el equilibrio se mantenía a base de magia, acero y sangre.

—Entonces, vampiro, deme dos días. —Dejó que su desagrado se filtrara en su voz y sonrió por dentro al observar su sorpresa.

«¿Qué pasa, vampiro —pensó sin tener muy claro si este seguía leyéndole la capa más superficial de su mente—, te resulta extraño que un sabueso pueda sentir asco? ¿Que sea algo más que un brazo ejecutor frío y sin más pensamientos que los que ensalzan el Orden?».

—Dos días —le contestó molesto—. Ni un minuto más. Si no hay culpable muerto, habrá guerra. Y en el Caos, detective, el Orden será difícil de mantener y los demonios podrían aprovechar para dar un golpe de poder, ¿no cree?

Ni le contestó.

Se levantó y lo dejó allí, con su sonrisa abierta como un agujero en tierra húmeda, sus afilados colmillos igual de muertos que el ataúd en el que deberían estar pudriéndose.

No detectó a nadie siguiéndola, mas las puertas se abrieron ante ella. Y en el jardín la ausencia de insectos indicaba sin lugar a dudas que esos dedos helados que parecían bailar en su nuca no pertenecían a nadie que con su respiración pudiera hacer cosquillar a su columna.

Samuel tenía razón, tendría que haber dejado que la acompañara; por lo menos habría tenido un cuerpo caliente al que aproximarse. Por algo que le quitara la sensación de ir contra natura, habría sido capaz hasta de sonreír ante sus bromas.



Anika estaba nerviosa, recorriendo su comedor en cuatro largas zancadas una y otra vez; sus gatas protestando ante su extraño y agitado estado de ánimo.

—Shhh, no pasa nada, preciosas, no pasa nada.

No tenía muy claro si intentaba calmarlas a ellas o a sí misma.

Al final, tras comprobar otra vez más los hechizos de protección de la puerta de entrada y las ventanas (aunque viviera en un quinto piso), retiró el mantel de hilo de su mesa de trabajo para revelar el cajoncito que tenía en un lateral. Lo abrió y cogió

la tarjeta que le había dado la sabueso. Inquieta, volvió a recorrer varias veces la habitación hasta que se dirigió a su cuarto, donde estaba el teléfono fijo.

Y mientras marcaba los primeros números, saltaron todas las alarmas.

Los hechizos de protección, uno a uno, estaban cayendo ante una magia más poderosa, demoníaca. Todo el mundo sabía que la brujería negra era más fuerte que la blanca pero no era un ente del Caos el que había entrado en su casa.

Sabiendo que su magia no serviría de nada, hizo ademán de tirarse al suelo para coger la pistola que guardaba bajo la cama.

Pero no llegó ni a soltar la tarjeta de Sandra; el asesino fue más rápido.

—Tú. —Sus ojos se desorbitaron al reconocerlo.

Tanto al hombre que simulaba ser como al que en realidad era.

—Sí, bruja. Recuerdo muy bien haber trabajado para ti. No eres tan blanca como pretendes.

—He cambiado. Ya no convoco demonios. Hace siglos que mi alma está limpia.

—¿Sabes una cosa? —le sonrió mientras le enseñaba el cuchillo que llevaba en su mano derecha—. Yo no.

Ni siquiera los vecinos pudieron oír los gritos de la mujer. Los hechizos de silencio, muy útiles cuando no querías ni que te molestara la televisión del de arriba ni que ellos oyeran lo que tú hacías, eran los únicos que el hombre no había destrozado.



Sandra se revolvía en la cama, enrollándose con la sábana y tirando de ella.

Estaba soñando. Y algo se le escapaba. Algo no acababa de cuadrar.

Veía a Anika, diciéndole que era demasiado poder hasta para un heredero, que había algo, algo que no lograba recordar, algo que la sabueso estaba segura que recordó, la asustó y en vez de contárselo hizo que Sandra se fuera de su casa.

¿Asustada? Ella podía protegerla. Ella era la Ley...

Luego veía los ojos marrones y profundos de ese lobo, ese hombre cuyo nombre no sabía pero deseaba llamarlo suyo. Que le pedían confianza. Y ella, a cambio, le prometía muerte.

Muerte... muerte caminando por los pasillos de la casa de Montecanal. Muerte habitando entre los vivos. Muerte deseando catar el poder de su sangre. Muerte relamiéndose porque ella siguiera siendo virgen, siendo capaz de darle el único tipo de sangre de la que el alfa se alimentaba...

Muerte...

Y vida.

Vida en los ojos de su compañero, en cada una de las frases irritantes que le arrojaba. Vida en la informalidad de su ropa, en su vocabulario tan impropio de un

sabueso que seguro que estaba a días de que le mandaran un caso difícil, uno de esos que suele acabar en una maldita y dolorosa reconversión. Todo por necesitar plumas para hacer averiguaciones en el mundo sobrenatural.

Vida...

Vida, calor, aliento, alma, fuego... en los labios de su lobo. Deseo en cada ángulo de su cuerpo.

Fuego... fuego helado en las palabras del ángel que la creó.

Promesas de castigo, doble dolor, mitad de tiempo.

Dolor.

Miedo.

Terror.

Pavor en los ojos de Anika que la habían mirado como si ella misma bailara con la muerte.

Muerte... vida...

Algo se le escapaba.

Y daría la mitad del tiempo que le quedaba por descubrirlo.

# NUEVE



## UN DÍA ATRÁS. MAÑANA

La escena del crimen apenas tenía ya vigilancia policial esa mañana. Uno de los poderes que distinguían de verdad a los sabuesos era el del sigilo; podían ser como una sombra, un soplo de brisa, un guiño de los ojos ante la luz del Sol o simplemente un recuerdo del pasado que te distraía de quien se estaba colando en tu casa por delante de tus ojos. El agente no tuvo ninguna oportunidad; la joven ejecutiva que taconeaba por la calle se perdió en el repentino ruido de un camión que se acercaba, desapareciendo como su tostada del desayuno aquella mañana. Tan solo un leve temblor en la hoja cerrada de la puerta que había a sus espaldas podía hablar de que por allí había entrado alguien al Seina.

Una vez dentro, la detective se permitió una ligera sonrisa, le encantaba usar el único de sus dos poderes que no le dolía. Al pensar en el otro, en la *marca* que usaba para sus presas —esa que ahora, como castigo de su creador, iba a ser mucho peor— un reflejo de desagrado le hizo apretar los dientes. Una respuesta instintiva que no debería tener pero cuando un sabueso ha vivido tanto como ella, más de una vez ha tenido que trabajar con ese tormento que parece desgarrarla en dos y eso es algo que no se molestan en borrar de los recuerdos en la reconversión.

El pasillo vacío por el que caminaba, sin camareros, sin invitados... la envolvía como el útero fantasma de un navío abandonado en una película de ciencia-ficción; el aire que olía a ecos, a gritos, a un crimen no resuelto, y la sala, esa sala cada vez más cercana donde había sucedido todo, que la atraía como el canto de una sirena buscando su perdición, todo ello le hacía olvidar quién era, o por qué estaba allí, para rodearla con un hálito de misterio y muerte que la empujaba a acercarse y entrar.

La habitación estaba vacía. Seguía marcado en tiza el espacio que había ocupado el cuerpo decapitado del vampiro. Ella percibía el plato donde había caído a peso la cabeza del no-muerto, o más bien el sitio en la mesa que había ocupado, brillando con

un aura propia.

El aire, a su alrededor, se había tornado tan frío que su aliento dibujaba nubes deshilachadas. Se notaba que hacía dos días que los vivos habían abandonado el lugar, incluso en sus investigaciones cada vez más espaciadas. Era posible que el restaurante reabriera sus puertas pronto, pero hoy su dominio era el de las telarañas blancas que acompañaban a las apariciones de los difuntos.

Y ella, que sabía que era esto lo que estaba buscando, que llevaba recitando una letanía de llamada desde que había pisado el umbral de la puerta, caminaba como en trance hacia la silueta en tiza, hacia la ausencia del plato. Avanzaba guiada por los gritos humanos que aquella noche habían resonado en las salas acristaladas de su alrededor, por la sorpresa, ira y tensión de los invitados a la mesa de paz, por los últimos estertores e intentos de agarrarse a la carencia de vida del muerto que estaba volviendo, decapitado, al lugar que le correspondía.

Porque hay seres que no deberían andar sin sangre propia corriendo por sus venas, que son antinaturales por más que pertenezcan a las razas terrenales. Pero otros, otros como ese que estaba cantando en sus huesos a cada llamada suya, respondiendo con la temperatura glacial de su cuerpo a los latidos de su corazón de sabueso, otros... los neutrales, los que jamás tomaban partido, los testigos perfectos, esos... esos parecían pertenecer al Seina profanado con el crimen como una cría salvaje a su madre. Tan naturales... tanto que Sandra estaba con sus manos en el hueco vacío del mantel de hilo de la mesa, sus labios abiertos exhalando su aliento, su ánima, su vida. Y la criatura hecha de sombras blancas, telas de araña deshilachadas y escalofríos robados a la cara más espectral de la Luna, estaba besando sus labios, bebiendo de su alma, tomando la ofrenda de calor y vida que, como en un rapto, se le ofrecía.

—Dulce... regalo del cielo... gloria angelical hecha latido y carne... —gemía la aparición mientras aspiraba de su boca, al tiempo que recordaba lo que era haber caminado por la tierra con unas piernas que no se desvanecieran como la bruma.

—Mmmm.

Sandra no podía pensar.

Sabía que algo andaba mal, que no era como debía ser, que debería ser ella la que estuviera controlando a la criatura y no al revés. Pero había algo dentro de sí que ya estaba cansado de tanto luchar, de tantos siglos negándose a sí misma. Y mientras su cuerpo iba perdiendo décimas de temperatura poco a poco, como la sangre fluye lenta de las muñecas rasgadas de quien desea abandonar esta vida, ella disfrutaba. Disfrutaba del olvido que la iba cubriendo, del éxtasis que su alma, su esencia divina condensada de un aliento de los ángeles y expandida en su ser, le daba al ser de anhelos y niebla.

Porque se perdía. Se perdía en un mundo de sensaciones y brumas, uno donde reinaba la Luna, la noche, la calma más absoluta.

Uno donde solo dolía la ausencia de sonido, de caricias, de luz, el recuerdo de la

vida.

Pero le daba igual. Ella ya había tenido más que suficiente de eso, demasiados siglos de luz y Orden sin disfrutar ni un segundo para sí misma.

Se abandonaba.

Disfrutaba.

Porque se perdía. Y entonces se encontraba.

Cuando su cuerpo, si hubiera sido humano, ya habría partido de este mundo; cuando su temperatura era tan baja que parecía que el calor no provenía de ella sino de esa criatura espectral que la abrazaba, besaba y cubría; entonces, cuando el velo que separaba la tierra de los vivos de la de los muertos era tan fino como las telarañas que colgaban de las esquinas de la sala, entonces, y solo entonces, Sandra sintió que el muro que los ángeles habían colocado en su mente se desvanecía.

Como si nunca hubiera sido más que una ilusión.

Se desvanecía.

Y todo lo que ellos habían querido que olvidara tras cada una de sus reconversiones volvió a ella.

A jirones.

Poco a poco.

Como diapositivas difusas que cuentan la vida de otro, porque de la suya ya no quedaba demasiado que pudiera seguir fluyendo, escapando de sus labios amoratados.

Y allí estaba, sintiendo, rebelándose. Como comenzaba a hacer en este siglo. Luchando. Como ya no recordaba cómo se hacía.

Su naturaleza creada y controlada, esa esencia divina, de Orden, de la que partía, peleando contra su cuerpo humano, su corazón caliente, la misma vida que clamaba por reintegrarse a la cadena y ser una más en su ciclo.

Y cada vez que estaba cerca de conseguirlo, de rebelarse, de seguir cumpliendo su trabajo pero consiguiendo idearse a sí misma, encontrarse por el camino, entonces... llegaba la advertencia.

Mitad de tiempo, doble dolor.

Y una prueba. Un caso con trampa, uno difícil donde casi todos los sabuesos que llegaban a ese punto morían. (Como su último compañero, comprendió entonces recordando sus frases confesadas entre vigilancias, sus ideas cada vez más propias). Y si lograbas pasarlo, entonces ellos, tus señores y creadores, temblaban ante tu fuerza pero apreciaban tu valía, ya que la edad hacía a un sabueso más poderoso. Era ese el momento de aprovecharse de las plumas que seguro habías tenido que prometer para conseguir resolver el caso: te sometían a un reconversión, haciéndote volver a la parte angelical de tu ser, borrando la huella humana, dibujando tu envoltura carnal de nuevo. Pero tu alma, tus recuerdos... esos... eran sepultados tras una cárcel de silencio.

Y ahora, en las cercanías del Cielo, Sandra que había ido allí buscando respuestas

a un crimen, había encontrado las razones que le contaban quién era, por qué era fuerte, muy fuerte, y que no había nada de malo en seguir los impulsos de la vida mientras cumplía con su misión del Orden. Al fin y al cabo su cuerpo, sus células, su corazón que ya apenas latía, eran del dominio de la vida.

Como ese lobo, como Anika, como los seres del día entre cuyas vidas se movía fascinada. Ella, Sandra Sánchez, sabueso, estaba viva.

Como su compañero Ríos parecía tener tan claro.

Y como ella misma estaba ahora deseando reinventarse. Explorarse. Ahora que todos sus recuerdos habían vuelto, ahora que sabía que podía ser un instrumento de la Ley, pero no era Ley y Orden como sus creadores, ya que su cuerpo era humano.

Estaría encantada de descubrirlo al lado de ese lobo tan... sexy, vivo, caliente y carnal como la energía terrenal que se derramaba por sus venas y su puñetera sonrisa lenta.

Se derramaba...

Ella se derramaba, abismada en los labios del fantasma, capturada en un beso de olvido. Su esencia la abandonaba, no tenía fuerzas, no merecía la pena luchar ahora.

—Shhh, regalo del cielo, dulce, no te resistas, déjate... ya casi eres una de los míos. Un observador del mundo. Un ser sin dolor, sin tiempo, sin movimiento. Déjate...

«Déjate, Sandra, el dolor es dulce e inexistente... Déjate. No más luchar en una guerra que no acaba nunca».

NO.

La mujer concentró las pocas fuerzas que le quedaban, se aferró a sus recuerdos de torturado dolor agónico, a esos otros donde había probado los besos de diferentes hombres, siempre poco antes de la maldita reconversión, en la fría injusticia de su existencia, en el lobo pidiéndole con esos ojos marrones insondables y vulnerables que confiara en él.

NO.

Y resistió.

NO.

Su fuerza volvió a ella, poco a poco, desde el espectro que luchaba con sus palabras más seductoras para detenerla. Pero ya no funcionaban. El olvido ya no la atraía, ya no estaba cansada de una lucha eterna, de una labor al lado del Orden sin final, porque esta vez quería vivir mientras lo hacía. Como cualquier terrenal, cualquier mujer.

Hasta los que caminan por la piel, creaciones esclavizadas del Caos, pertenecían a las razas terrenales. Sin embargo ellos, los sabuesos, jamás habían sido clasificados, tan solo considerados como un apéndice más de los ángeles. Ya era hora de cambiar eso.

¡SÍ!

Mientras su fuerza volvía a ella, a la vez que el aire a su alrededor —cuya



temperatura seguía siendo la misma— volvía a sentirse gélido sobre su piel y su corazón recuperaba su ritmo, la pregunta que la había llevado allí salió de su boca.

Como una parte más de esa cadena de vida que había sido profanada y clamaba, si no por venganza, al menos sí por una respuesta.

—Dime, tú que debías estar aquí la noche del asesinato pues así te he convocado. Dime, espectro, ¿quién asesinó al vampiro, al ser cuya cabeza cayó en el plato que estaba en este mismo espacio que mis manos están tocando?

Su cabeza seguía arqueada hacia detrás, sus ojos cerrados y su rostro fotografiado como en un raptó místico. La diferencia era que ahora ella tenía el control. Y la criatura fantasmal que estaba encadenada a su boca presentaba una forma cada vez más etérea, devolviéndole la vida ofrendada con cada una de sus lentas y suaves palabras, tan inaudibles como el viento invernal que intenta colarse por las rendijas de las ventanas.

—Fue el heredero licántropo, pude sentir su poder. Vi su rostro, las sombras no tienen secretos para mí.

—¿Estaba comiendo en esta mesa?

—Sí.

La voz del espectro sonaba cada vez más lejana. Ella decidió detener la corriente que le devolvía su aliento, pues ya había recuperado casi todo, para dejárselo a la criatura como justo pago por su inesperada ayuda.

—Dime, ¿puedes describírmelo?

—Sí.

Comprobó complacida que el espectro no se difuminaba más. Y continuó con sus preguntas.

—Describémelo.

—Joven. Poco más de un par de décadas de vida. Impetuoso. Irreverente hacia las normas. Poderoso. A...

—Físicamente.

Juraría que notó sonreír a esos labios de bruma que seguían en contacto con los suyos, tomando y devolviéndole su aliento a cada latido.

—Muy guapo. Ojos marrones, pelo oscuro. Piel bronceada. Musculoso.

—Así son casi todos ellos. ¿Alguna cicatriz o marca?

—La de la Luna. Pero no es algo que puedan ver unos ojos como los tuyos.

—¿Si te lo traigo me dirás si es él?

—¿Vas a traerme a todos los lobos que había, uno a uno?

El espectro parecía deleitado ante la idea.

—Si hace falta, sí.

—¿Y podré probar un poco de esa vida lujuriosa y exuberante que recorre a cada uno de los hijos de la Luna?

—Sí, si es necesario.

—Te lo diré pues. Pero hay algo más, algo que no me has preguntado, que no

estoy obligado pues a decirte pero, que dado tu generosa ofrenda, te diré.

Sandra no le había dejado parte de su energía para sonsacarle información adicional, sino porque estaba agradecida de verdad por la parte de ella y de su auténtico ser que le había mostrado, aunque hubiera sido con la intención de llevársela con él. Pero le escuchó muy atenta de todos modos.

—Había algo en él... algo que no estaba ni antes ni después. Una sensación muy extraña, un poder que no debería pertenecer a un lobo y que se reveló solo cuando se fue la luz.

Una sensación, un poder... Sandra no pudo evitar recordar las palabras de Anika y tomó nota de volver a visitarla ese mismo día.

—¿Quieres decir que durante la cena el heredero no tenía ese poder? ¿Como una segunda naturaleza que se reveló de repente?

—Algo así.

—¿Podría ser un renegado? ¿Podría tener el heredero un alma de renegado?

Los renegados eran los lobos que renunciaban a la manada y se entregaban a la bestia, a sus instintos más salvajes. No nacían así. Simplemente su disciplina se resquebrajaba cada día más y de repente sucedía, se rompían. Pero no podía creerse que la Luna hubiera tocado a uno de ellos para hacerlo su elegido porque un renegado jamás podría ser un alfa.

—Podría ser. Pero era un poder muy duro, muy peligroso, muy... oscuro.

—¿Oscuro?

—No le pega a un licántropo, quizá a un vampiro. Desde luego no a un licántropo.

—¿Crees que fue un vampiro?

—Vi al heredero con mis propios ojos, que si bien no poseen sustancia nunca se pierden nada.

—¿Notaste algo más durante el asesinato?

—No. Ese lobo era tan poderoso y esa sensación me resultaba tan familiar... aunque no sabría decir dónde la había sentido antes, cuando yo todavía caminaba sin aire. —Su voz se tiñó de una vacía avidez por la vida que resplandecía en el cuerpo cálido de la detective—. Tan familiar... que no hubo nada más en esos momentos del asesinato como para desviar mi atención del lobo y su presa. La presa sin sangre...

«Suficiente», pensó Sandra y con una palabra susurrada una y otra vez, una letanía de olvido, obligó al espectro a desvanecerse en su plano entre la vida y la muerte.

No le gustó hacerlo, era cruel, pero también necesario. Ese ser había sido convocado con una muerte violenta, había ido deseoso a beber la vida y sangre de la víctima y se había encontrado, frustrado, con que los vampiros apenas tienen sangre en su cuerpo. Con una decapitación sin fluido rojo, sin vida que robar, con la muerte de un ser que ya estaba muerto. Y, frustrado, el espectro había seguido en el restaurante.

Le habría gustado seguir preguntándole, o traerle a todos los lobos de la cena uno a uno, pero era peligroso. Ese ser estaba ávido del calor de la vida y por liberador que hubiera sido para ella, lo cierto era que había estado a un paso de servirle la suya en bandeja. Mucho más de lo que se pensaba.

Así que sacó del bolsillo de su blusa un sobre minúsculo de terciopelo, lleno de agua salada bendecida por los suyos, y esparció su contenido por la zona del asesinato, susurrando la letanía de separación de mundos.

El espectro, el ser neutral, debía seguir en el lugar al que pertenecía, como un observador que jamás participará en la rueda de la vida. O al menos no mientras no aceptara que su camino continuaba por el reino de los muertos y abandonara así el espacio entre mundos.

Y en cuanto a ella, roto el hechizo de seducción del ser, estaba claro que tenía que hacer algo con su vida, con ese lobo y con sus jefes. Ya descubriría en qué orden. Lo primero, ir a hablar con Samuel y con Anika.

# DIEZ



## UN DÍA ATRÁS. MAÑANA

Me llevo una agradable sorpresa cuando ella me invita a desayunar para ponernos al día, aunque solo sea porque yo pensaba hacer lo mismo pero con unas cervezas. Puede que las doce del medio día sea un extraño momento para tomar un café con leche y un *croissant*, mas yo accedo encantado, sin comentarle que hace ya unas horas que he desayunado. Supongo que la pobre ha estado trabajando hasta tarde.

—No, Samuel. —Me saca de mi error en la cafetería—. En realidad he madrugado pero... digamos que me he agotado mucho y estoy famélica.

Tras colgarle el teléfono, he cogido lo poco que he conseguido sacar sobre el caso y he acudido al Caracol, una zona comercial céntrica, donde ella ya me estaba esperando cuchillo y tenedor en mano. No es que la haya visto comer muchas veces, pero desde luego nunca con tanta avidez. Y sus mejillas están muy pálidas, más de lo normal en ella, que ya es bastante. Es como si hubiera tocado a un fantasma.

—¿Es eso verdad?

—¿El qué? —la sorprende mientras toma un buen trago de su taza caliente.

—Tu apetito, tu aspecto... ¿has ido a interrogar a un espectro?

Oigo su risa, clara y sin miedo a salir. Y no entiendo nada. Se supone que esta sabueso vive encerrada en la cárcel de responsabilidad y trabajo que le han tatuado en los genes, que tengo que irritarla mucho para conseguir de ella el más mínimo gesto espontáneo. Debe notar la extrañeza en mi cara, porque se ríe todavía más a gusto.

—Sí, Samuel, sí —me dice cuando termina, secándose con una servilleta las lágrimas que, liberadoras y divertidas, han abandonado sus ojos—. Un espectro. Y casi le permito tomar toda mi vida. Pero ha sucedido algo, algo increíble...

Sus ojos brillan y su poder es más patente que nunca.

Cuando la conocí pensaba que sería un peón más en mi partida, alguien a quien ayudar a resolver unos cuantos asesinatos, *el asesinato*. Pero después... después me

quedé atrapado por la necesidad que leía en su alma de romper, de eclosionar, de dejar salir a esa sabueso utilizada como una esclava desde el mismo día de su creación. Nunca pensé que podría empatizar con ella, intentar ayudarla, ver en ella a una compañera de verdad.

Y creo que no necesito que me diga más para saber qué es lo que le ha ocurrido. Sin embargo, Sandra sigue contándomelo, creyendo que soy como ella donde no lo soy; sin saber que soy exactamente como ella en lo esencial, que he recorrido ya su camino, durante siglos, que estoy dispuesto a continuarlo a su lado si me lo permite.

Sandra, si entendieras...

—Verás, Samuel, yo imagino que has pasado por varias reconversiones, ¿no?

—Más o menos, Sandrita.

No me gusta mentirle, así que no lo hago.

—Pues creo que lo que he conseguido es lo que tú ya has hecho, por eso eres tan diferente a los demás sabuesos.

—¿Diferente?

—Ya me entiendes. —Sigue comiendo, sin tregua—. Tú recuerdas y yo lo acabo de hacer.

Espero que no vaya contando esto a los demás detectives, porque todavía está un poco tierna en cuanto a su concepto sobre lo que los ángeles son y podrían hacerle.

—Sandra, lo he imaginado al verte. ¿Quieres liberarte de verdad?

—¿De verdad? Una no puede renunciar a ser lo que es.

—Has descubierto la parte de ti que no es un perro servicial.

—Pero también soy una agente del Orden —me contesta sin tan siquiera arrugar el ceño al oír lo de perro servicial.

«Esta conversación es muy rara, Sandrita —me encantaría poderte explicar—. Está claro que todavía no estás lista para desligarte de tus creadores, para ser libre de verdad». Pero todavía no es el momento; por más que ya no te ofendas si me meto con ellos, reaccionarías mal.

—Por supuesto, detective. —Le sonrío ambiguo en cambio—. Por supuesto. ¿Eso de que ahora recuerdas quiere decir que si te invito a cenar considerarás aceptar?

—Hmmm, ¿nada de trabajo?

—Nada.

—Lo siento, Samuel. Eso es demasiada rebeldía hasta para mí.

Me sonrío pero no tengo muy claro que sea sincera.

Aunque quizá es demasiado pronto para ella.

Quizá.

—Mira, quería contarte que el espectro vio al heredero licántropo pero dijo que había algo más. Un poder más oscuro. ¿Tú crees que puede estar volviéndose un renegado?

—Me dijiste que la bruja apuntó también al heredero, ¿no?

—Sí.

—Entonces es fácil. —Me relajo e inclino hacia ella, que deja los cubiertos sobre la mesa para escucharme mejor—. Es el heredero licántropo. Me da igual si es renegado o no.

—A mí no me acaba de cuadrar lo de renegado, la Luna no lo habría marcado. Creo que se nos escapa algo.

—Una bruja y un espectro te dicen que fue él. De verdad, Sandrita, no sé qué más pruebas quieres.

—Bueno, me quedaré más tranquila cuando la llame esta tarde. Creo que ella recordó algo y le dio miedo decírmelo.

—¿Miedo? —soné extrañado.

—Sí. A mí también me pareció raro.

Ella ladea la cabeza y se termina su tercer y último *croissant*. Se acaba el café con leche de un trago, deja la cucharilla en el plato y me mira. Es mi turno.

—En realidad yo tengo buenas noticias. He encontrado la habitación de nuestro asesino.

—¿La habitación?

—El lugar donde duerme dentro de la casa del alfa. Por lo que sobreentiendo que no sabes quién es o dónde encontrarlo, ¿no?

—Así es. Lo de joven, apuesto, pelo oscuro y ojos castaños que me dijo el espectro pega con la mayoría de los hombres lobo.

—Claro, qué más te va a decir un neutral... Corriste demasiado peligro para obtener tan poco a cambio.

Fue a ver a un espectro, qué cerca ha estado... Me estremezco al pensar lo que podría verme obligado a estar haciendo ahora. Menos mal que el fantasma no prestó demasiada atención.

—¿Y tú sabes a qué cuarto en concreto puedo ir a marcarlo? —Arquea una ceja.

—Eso es. He tenido que pagar a algunos contactos y tirar de otros. Pero te he conseguido su localización en un plano de la casa del alfa. Toma.

Ella coge mi papel y lo observa unos minutos. Después me lo devuelve.

—No preguntaré más, ya sé que tus fuentes son tuyas. Iré esta noche, me será más fácil utilizar mi sigilo entre las sombras. Al fin y al cabo esa casa está muy bien vigilada y llena de lobos.

—¿Te acompaño?

No me gusta el aire entre soñador y excitado que adoptan sus ojos al hablar de los licántropos. Me pregunto si, en lo de que ella todavía no está preparada para salir con alguien, no me estaré engañando.

—No, me gusta hacer la ejecución sola. Si hay que morir por fallar, prefiero no arrastrar a nadie conmigo.

—Tú nunca has fallado. Y si te acompaño, menos.

—Te lo agradezco, de verdad. —Me mira muy seria—. Entiendo eso de dos mejor que uno. Pero créeme, desde que mataron a un subordinado porque marcó a mi

presa antes que yo y luego no pudimos ejecutarla... pues eso. Que yo voy sola. Desde entonces siempre lo hago.

—De acuerdo pues. —Me resigno.

No me gustaría que le pasara nada; querría estar allí para asegurarme.

—Una cosa. El espectro, ¿sigue allí?

Sueno poco interesado, una pregunta de rutina.

—No. Lo mandé de vuelta a su espacio entre mundos.

—Bien, ten cuidado. Te acompaño a ver a tu bruja esta tarde.

—De acuerdo. Yo te llamo.

Nos levantamos y nos vamos; pero no me quedo tranquilo: estoy demasiado cerca. Unas horas más y el heredero será historia. Pese a todo, los vampiros irán a la guerra. Son demasiado hijos de puta y clasistas como para permitir que caiga uno de sus líderes sin cobrarse una carnicería a modo de venganza. Tan solo están esperando a que los sabuesos les hagan el trabajo sucio de encontrar al culpable. Si los ángeles no estuvieran tan ocupados admirándose el ombligo, se darían cuenta de que les han tendido una trampa.

Andamos juntos una calle, ella se va a descansar y yo a la oficina. Este caso, quitando que no imaginaba conectar con Sandra, está saliendo justo como yo esperaba.

Me pregunto cómo reaccionará ella cuando estalle la guerra. Porque la harán tomar partido ya que será una batalla épica, una capaz de comprometer en su contención a los que dejarán de proteger como deben las puertas del Cielo.

A los mismos arcángeles.



La mujer entró en su casa, un séptimo piso en una zona donde el metro cuadrado estaba demasiado cotizado, con la misma energía que siempre. Parecía que el aporte calórico que se acababa de dar le había acabado de devolver las fuerzas, que el beso helado del espectro ya no era más que la sombra de un recuerdo.

Cerró la puerta tras de sí y se quitó los zapatos de tacón elevado en la entrada. Fue a su cuarto a dejar la chaqueta de la americana y el bolso. Siguió recorriendo su casa hacia la cocina para coger un vaso de agua.

Si había algo significativo en todas las estancias por las que pasaba era la falta de ese algo distintivo que nos habla del dueño de una casa, de sus gustos, su personalidad, sus deseos. En el piso de la detective todo era bastante nuevo, estaba impecable, limpio... y parecía no ser más que una vivienda recién adquirida esperando a su dueño. Sin embargo Sandra llevaba ya tres décadas en ella y no había ni un libro abierto en su mesilla de noche que pudiera contar algo sobre sus sueños.

Por eso mismo, porque él había recorrido todas esas estancias antes de decidir

esperarla en el salón, el hombre había llegado a la conclusión de que, o la detective acababa de mudarse, o era mucho más impersonal y volcada en su trabajo de lo que parecía. Lo cual ya era decir mucho.

Y era un motivo más para irse por donde había venido, antes de que la detective llegara. Pero necesitaba hacer un último intento. Aunque se había jurado que no iba a volver a verla, lo cierto era que tenía que intentarlo una vez más. Si no por él o por los suyos, por ella.

Cuando Sandra entró en su salón, con un vaso de agua en la mano, dispuesta a ver un rato el telediario y se encontró con el lobo, no pudo evitar saludarlo con una enorme sonrisa. Una que reflejaba todo el calor que se había expandido como una descarga eléctrica por su cuerpo nada más olerlo.

—Qué sorpresa... ¿cómo has entrado?

—¿No me arrestas por allanamiento?

El hombre parecía estar bromeando, sentado en su sofá con las piernas cruzadas y los brazos tras la nuca, mas la tensión de su cuerpo negaba la postura aparentemente relajada y le indicaba a la sabueso Sánchez que estaba muy extrañado por su cálido recibimiento. Y alerta.

—Imagino que has forzado la cerradura. Da igual. Iba a llamarte.

—¿Ibas a llamarme?

—Bueno, en realidad iba a llamarte una vez que resolviera el caso. —Dejó el vaso en la mesa que estaba cerca del televisor, separó una silla de esta y se sentó enfrente del lobo—. He decidido que no pasará nada si me tomo un día o dos de vacaciones.

Debería estar mirándolo con la tensión sexual que había hecho que se muriera por arrancarle la ropa en el gimnasio pero no era así. Seguía sintiendo ese deseo pero su manera de hablarle también transmitía otras sensaciones. La mujer parecía diferente: más fría quizá, más segura, más directa, diferente.

—¿Vacaciones? ¿Un sabueso?

—Bueno, digamos que he tenido una experiencia sobrenatural que me ha hecho reconsiderar las cosas. —Se encogió de hombros.

—Cada vez me tienes más confundido. Tú —recalcó— eres sobrenatural.

—Bueno, pues cercana a la muerte o como digan los humanos. Eso de que crees que vas a morir.

—¿Y acaso en tu trabajo no te enfrentas a eso todos los días?

Ella se echó a reír. Él no pudo evitar unirse, encantado del sonido fresco que salía por la garganta femenina.

—Un espectro demasiado seductor. En fin, el caso es que en cuanto resuelva esto, te llamo y soy toda tuya.

Su sonrisa tuvo el efecto de dejarlo totalmente desarmado. No se lo esperaba. Para nada. Se suponía que ella era un hueso muuuy duro de roer.

—No me mires así. ¿Es lo que querías, no?



—Sí, bombón, sí. Te puedo asegurar que es lo que quiero. —Su mirada pareció volverse de un marrón incandescente, clavada en sus labios, y se consumió tan rápida como se había encendido—. Pero en realidad estoy aquí por algo diferente. ¿Dices que vas a resolver el caso en un día?

—Sí, ya he localizado al culpable.

—Ya has descubierto que no es un lobo.

—No —le contestó—, es el heredero de los tuyos.

—¿Y me dices tan tranquila que quieres acostarte conmigo después de matar al que va a garantizar la existencia de los míos, *mi existencia* si te cuesta vernos como individuos, cuando muera el alfa actual?

Ya no estaba recostado en el sofá en esa actitud irreverente que tanto atraía a la sabuesa. Estaba inclinado hacia ella de un modo triste, sorprendido, tenso. ¿Cómo podía sentir algo por una mujer así? Estaba claro que se había equivocado. Sandra no era un témpano esperando el verano; era un pedazo de diamante sin sentimientos, que aunque le diera el sol más fuerte seguiría siendo un cristal helado y cegado por su precioso Orden.

—Sí.

Sandra se dio cuenta de lo que acababa de decir. Ella siempre actuaba y las consecuencias de sus decisiones no le importaban, solo era el brazo ejecutor de los ángeles; le encargaban crímenes y ejecutaba al culpable. Así de sencillo. Y, por desgracia, así de complejo.

El hombre le dirigió una última mirada cargada de algo que ella interpretó como decepción y comenzó a levantarse.

—Espera, no me has dicho aún a qué has venido.

—Desde luego no a cachearte —sonó amargo.

—Escucha, no es que quiera que os extingáis, es que es mi obligación. Es lo que hago. Es lo que soy.

Puso una de sus manos de dedos finos y largos sobre su hombro, el cálido y fuerte hombro del lobo, el cual pareció reaccionar como ante una descarga eléctrica. Se quedó inmóvil de pie, delante de ella, sin continuar su camino hacia la salida. Dudó. Y ella leyó en la sombra que cruzó su frente esa lucha interior.

—Por favor, dime qué querías. Yo... no pretendía sonar egoísta. Tan solo es que me he dado cuenta de que te quiero a ti.

—Pues entonces, déjalo. Pareció ganar la parte de él que aún quería intentarlo.

—De... ¿dejarlo?

—Deja el caso. Deja la investigación y vente conmigo. Huyamos si quieres o pidamos protección a mi alfa frente a tus jefes. Pero déjalo, por favor.

Sus ojos marrones se llenaron de una súplica que jamás había pronunciado antes. Había nacido líder, orgulloso, y en esos instantes le estaba rogando a ella.

Y la mujer, que sentía cómo se conmovía cada aliento de su ser con la vulnerabilidad que leía en esa mirada sincera, en esos labios fuertes que se habían

movido para pedirle lo único que no podía darle, ella... ella que habría intentado cualquier otra cosa por él, dejó que su mano se deslizara hasta el pecho masculino, notando sus latidos con dolorosa intensidad, y tuvo que negarse.

—Lo siento, no puedo.

Y eso fue todo.

*Lo siento, no puedo*, cuatro palabras que le dijeron al hombre todo lo que necesitaba saber: que había sido idiota por intentarlo, por creer que ella podía tener corazón. Si la detective no marcaba al asesino, no moría por no ejecutarlo. Si Sandra hubiera aceptado, aunque su padre no hubiera podido protegerlos, él habría huido con ella hasta el mismo infierno para estar a su lado.

*Lo siento, no puedo*. Dichas como quien niega un paseo por el parque o una salida al cine. Suficientes para pisotear su corazón.

—Adiós, detective.

—¿No vas a intentar matarme? Ahora que sabes que voy a por tu futuro alfa...

—Para qué, ya lo hará él.

—¿Te crees que esto de matarlo me apetece? Pues no. Pero piénsalo, creo que es un renegado, si no, no habría asesinado así al vampiro.

—¿Y entonces, como es un renegado, nos vamos a extinguir igual, sin tu ayuda? Perdona si no me deshago en alabanzas.

—Hasta ahora tu ironía era irreverente y excitante, ahora es amarga y pretende herir. No te he hecho nada para que me trates así.

—¿Que no me has hecho nada? —se exasperó él ante la fría lógica de la detective—. No, claro, solo pretendes matarme y también a todos los demás lobos.

—¿No te digo que tu futuro alfa es un renegado, que os extinguiríais igual?

—Quita tu mano de mi pecho. Me voy.

—No. Te quedas. Si no, no haber venido. No puedes dar esperanzas a un sabueso, a una mujer por definición sin ellas, y luego echarte atrás.

—¿Que no puedo qué? —La agarró de la muñeca para obligarla a retirar su mano de encima suyo—. ¿Te estás oyendo? ¡Esto es absurdo!

Por toda respuesta ella, que nunca se había dejado llevar por las emociones pero que todavía seguía bajo los efectos del beso del espectro más de lo que se pensaba, le lanzó un barrido con la pierna que dobló sus rodillas y lo lanzó sobre el sofá, de modo que cayó encima suyo al estar unida a él por su muñeca, la que el lobo aferraba todavía. Y sus labios tan cerca de su boca irreverente que podía oler su aliento y su cabreo.

—Sandra. —Sus ojos llameaban amenazadores—. Déjame. Recuerda que con los licántropos a estos juegos no se juega.

—¿Es que me va a atacar tu lobo? ¿Sois todos unos renegados en potencia? Demasiado.

Eso era un insulto muy gordo. Y repetido.

Soltó su muñeca, se impulsó desde sus pies, levantándose en un alarde de fuerza

muscular en las piernas, arrastrándola a ella al suelo mientras se incorporaba él. Y de un salto se separó de esa mujer que quemaba como un demonio sin serlo, algo así como la quemazón del hielo a muchos grados bajo cero.

—Eres mío, no puedes negar que sientes lo mismo.

Sandra se levantó, ni siquiera reconocía sus palabras como suyas, ni esa voz tan ronca, seductora y peligrosa que estaba pronunciando su garganta como propia; pero le daba lo mismo. Le parecía estar todavía en aquella zona de sombras, donde la muerte habitaba en telarañas blanquecinas y labios de bruma, donde su vida podía ser absorbida sin que se diera cuenta, donde el calor de ese lobo había sido una de las cosas que la habían impulsado a luchar.

Luchar.

Como ahora, con él delante, algo vivo, *real*, a lo que aferrarse. Algo para limpiar su corazón del miedo que le había dado encontrarse a sí misma, al esbirro de un ángel, al ser perfecto que ejecutaba a una raza de un plumazo sin el más mínimo remordimiento.

Ella no asesinaba: ella ejecutaba.

Y de repente la diferencia entre sus actos y los de los asesinos que perseguía era tan solo una cuestión de matiz. Ellos lo hacían por algo, por una pasión que los movía, que los humanizaba, que podía llegar a redimirlos.

Ella no. Lo hacía porque sí, porque era fría, porque era ella la que debería estar muerta y no ese pobre espectro, porque si alguien no la detenía iba a acabar con todos los licántropos escudándose en la remota posibilidad de que la Luna hubiera podido tocar a un renegado.

Y no podía soportarlo.

Gritó.

Un grito de rabia que helaba la sangre.

Y se abalanzó sobre el lobo con sus manos desnudas. Sin haberlo marcado, no tenía la fuerza sobrehumana que le permitiría vencerlo, sería presa fácil. Embargada otra vez por el desaliento que le había transmitido el beso del fantasma, pensó que todo sería más sencillo si el licántropo acababa con su vida. Lo cual era triste e irónico, porque acababa de descubrir cómo merecería la pena vivirla.

Cuando Sandra se lanzó contra el hombre, la parte animal de este le hizo transformar sus manos en garras para pararla. Pero no la agarró, ni le partió el cuello. Se limitó a esquivarla, a dejar que se golpeará contra el sofá, para después inmovilizarla.

Era el momento, la tenía indefensa. Sin marcarlo no era rival para él y la sabueso pretendía acabar con todos los suyos.

La bestia rugió. Él no. La Luna lo había tocado porque tenía el autocontrol de un alfa, no necesitaba el susurro de la voz de su padre para saber que no iba a matarla.

Aunque debería.

Pero no podía.

No a ella.

Y menos ahora que había visto cómo pretendía la mujer solucionar lo de su raza: ofreciéndose a manos de un lobo para acabar su larga vida.

Cuando la detective se dio cuenta de que no iba a ser así, dejó de intentar levantarse y golpearlo; se quedó quieta.

Él se apartó un poco, lo justo para que ella se moviera.

Sandra se dio la vuelta, sus ojos estaban nublados por no haberlo conseguido, porque ahora iba a tener que ir a matar al alfa como planeaba. Lo había decidido antes de darse cuenta de que eso acabaría de verdad con una raza entera, de que eso acabaría con él.

No era que fuera idiota, era que ella nunca pensaba en esas cosas. No como algo más que meros números. Y, cuando lo hacía, se lo habían hecho olvidar con una de esas reconversiones.

No pudo seguir soportando ocupar su propio cuerpo, ser peor que un asesino. Necesitaba el calor de esos labios.

Necesitaba pegarse a él, a otro ser, aunque solo fuera por unos instantes, piel contra piel, hasta que doliera el deseo de fundirse, hasta que el frío de su alma angelical y pura se deshiciera en contacto con el fuego que parecía arder dentro del lobo, elevando su temperatura incluso por encima de la ya alta media de los licántropos.

Necesitaba, igual que el ser de jirones, el espectro entre dos mundos, saborear la vida, el calor. Al menos una vez antes de dar por acabada su existencia larga, de casi un milenio de trabajo y Orden.

De casi un milenio de no sentir nada.

Y él lo leyó en sus ojos, en su pecho que se arqueaba hacia el suyo, en sus labios entreabiertos, desesperados, rendidos.

Y la besó.

La besó como se besa a una amante, a una esposa, a una loba, a una asesina. E incapaz de descubrir cuál de todas esas mujeres era ella, profundizó en su beso, sintiendo su confusión amplificadas por el frío que parecía emanar de Sandra. No debería tener esa temperatura, pero era una sabueso: qué sabía él sobre cómo eran en la cama o amaban si nunca en la historia se había oído algo así de una.

Y poco a poco, en el mismo suelo de baldosa fría, pues el sofá se les había quedado pequeño, cada uno sentía aquello que quemaba su alma, los sentimientos rebotando furiosos contra el roce de sus cuerpos. Ella pensaba que pronto moriría, él que desearía hacerlo por ella. Dolor, amor y pasión gritando hasta que el pensamiento coherente se desvaneció con cada caricia, con cada roce, con cada giro de sus espaldas sobre el suelo. Hasta que solo quedó el deseo. Y las llamas. Y el hielo más ardiente.

Y un «te quiero» jadeado por los labios de él.

Y una sonrisa femenina pese a asumir que las palabras las había formado el calor

del momento.

Y luego nada.

Solo ellos.

Ellos pegados, tras una explosión de sensaciones que los había dejado uno sobre otro, con una comodidad que iba dando paso a la desconfianza, a la tristeza que nublaba los ojos de ella llenándolos de lágrimas, al saber de ambos que era la única vez que iban a estar juntos, a la dura carga que pendía sobre él sin que Sandra lo sospechara.

Se besaron, una vez más, con dulzura. Él recogió con sus labios las lágrimas de ella, le acarició la cara, siguiendo el delicado hueso de su mandíbula. Sin dejar de mirarla con anhelo y tristeza se levantó y cogió sus ropas.

Sobraban las palabras.

Él podía leer en sus ojos que ella no podía renegar de lo que era e intentar huir con él, dejar el caso. Y Sandra no tenía ni idea de que el hombre al que había de matar era el que había estado hundiéndose en ella, diciéndole cuánto la amaba con y sin palabras; de que le estaba obligando a elegir entre su vida o la de toda su raza.

# ONCE



## UN DÍA ATRÁS. TARDE

Ding-dong.

El timbre de la puerta sonaba en intervalos de tiempo cada vez más reducidos.

Ella estaba en la cama, durmiendo, en medio de una amarga pesadilla. Le costó un tiempo darse cuenta de que el sonido que oía correspondía al timbre de entrada.

Alargó la mano para encender la luz de la mesilla, entrecerró los ojos y miró su reloj: las seis de la tarde.

—Mierda —masculló entre dientes.

Había quedado hacía una hora con su compañero en la oficina; debía de haberse dormido.

Volvió a tantear la mesilla, esta vez para agarrar su móvil. Y mientras se levantaba de un salto vio cinco llamadas perdidas. Todas de Samuel.

—Mierda —repitió, esta vez un poco más alto—. Ya voy —gritó.

Y colocándose una fina bata corrió descalza hacia la entrada.

—Pasa.

Apenas entreabrió la puerta; lo justo para que su compañero, con mirada irónica al verla medio desnuda y con el pelo revuelto, pasase al recibidor.

—¿Tú durmiendo siestas? ¿Estás enferma?

Para nada su preocupación parecía genuina, pues su olfato había detectado un segundo olor y era de otro hombre.

—Anda, perdona. Ven, pasa al salón y espérame allí. En un segundo estoy lista y vamos a ver a Anika.

El salón... todavía olía más a lobo.

—Sandrita... me parece que te has tomado demasiado al pie de la letra eso de que deberías sacar algo de tiempo de ocio en tu vida.

Ella lo miró, sintiéndose culpable por no haber estado precisamente usando su

cuerpo, sus manos, su cerebro, para trabajar.

Pero el sarcasmo de él no iba por allí. Eso no parecía que le importara. Más bien era dolor lo que había en la tensión de su rostro, en sus ojos acusadores; sufrimiento como si ella lo hubiera traicionado.

—Dios mío, Samuel, tú no...

La revelación la pilló de repente.

Jamás habría pensado que un sabueso pudiera enamorarse y menos de ella.

Pero ella sentía algo por un lobo, ¿no?

Así que no había ninguna razón para que su compañero, que parecía rebelarse contra su destino como servidor de la Ley las veinticuatro horas del día, no pudiera desear haber sido él el que la tomara.

Y eso la hizo sentir aún más culpable.

—Yo no, Sandrita, yo no. —Seguía sonando mordaz y dolido—. Ese es el problema.

—Yo...

—Shhh. —Colocó un dedo sobre sus labios y se esforzó visiblemente en adoptar una expresión relajada—. No te diré que no pasa nada, pero sí que debemos continuar con el trabajo.

La mujer cogió su mano, la apretó dubitativa y luego la soltó. Este tipo de cosas eran demasiado nuevas para ella. Lo último que quería era lastimar a su compañero, el cual era responsable en parte, con sus bromas informales, de lo que había pasado. Lo que la hacía sentirse todavía peor.

—Cierto, la bruja.

—Sí, te espero aquí. Ve a arreglarte.

El detective Ríos la vio alejarse con un rictus de dolor y rabia en la cara, que solo dejó que se formara una vez ella ya estaba de espaldas.

Ese maldito lobo...

Le había salido un rival, uno que no había dudado en tomarla. ¿Entendería al menos la delicada personalidad de Sandra? ¿Lo difícil que era para ella rebelarse contra una vida de sumisión, contra haber sido creada para servir? ¿Habría sabido apreciar el regalo que la mujer le había dado?

Porque no se trataba tan solo de descansar unas horas en una vida sin descanso, de hacer una parada para echar un polvo.

Samuel dudaba mucho que lo hubiera hecho, al menos no como lo habría apreciado él. Él que había pasado por lo mismo; él que, sin buscarla, había encontrado un alma gemela exquisita y que estaba lista para liberarse de sus cadenas como tiempo atrás se había librado él.

Él que, sin querer forzar el momento, había estado esperando a sentir que ella estaba lista para dar el gran paso.

Y no pudo evitar sentir cómo su antipatía por los lobos aumentaba mucho más.

Ni que, con la rabia, imágenes de vidas que había tenido que cortar pasasen por el

velo rojo que era su mente, calmándolo.

Cuando Sánchez volvió, su compañero ya había asumido que ella hubiera elegido a otro. Se limitó a mirarla con una sonrisa, a hacer un comentario ingenioso sobre lo rápida que había sido, tras el cual salieron hacia la casa de la bruja.

Y la verdad, no necesitaron ni entrar para darse cuenta de que algo muy malo le había ocurrido a Anika.



A esto lo llamo yo ser innecesariamente inoportunos. De todos los momentos que podíamos elegir para ir a visitar a una bruja, ¿por qué tenemos que acabar yendo justo en medio de la investigación de su asesinato?

Claro que, podía haber sido peor, podríamos haberlo descubierto nosotros. Y, con sinceridad, a mí el olor de una de ellas muerta me repugna. Sobre todo si ha usado magia negra para alargar su vida, pues es como si toda la edad robada regresara en el momento en el que su corazón deja de latir. De golpe, en medio de un repulsivo hedor a putrefacción.

(Como que desde la calle, donde estamos pues no nos dejan pasar ni al patio, ya lo huelo...).

Y claro, explícale eso a la policía sobre una señora que en teoría estaba viva y leyendo la bola de cristal el día de ayer sin ir más lejos. Y encima con su inquilina, una jovencita que llevaba llamativas minifaldas, desaparecida. Si a eso añades un montón de gatas preñadas medio histéricas al faltarles la bruja que las tenía controladas...

En fin, que me alegro de por lo menos no ser yo el que tenga que llevar este caso. Porque el pobre sabueso jovencito que está intentando explicarle a la policía que allí vivía su tía y a saber qué cosas más para que den por cerrada la investigación, muy contento no parece, no.

—Muerta...

Sánchez tiene un oído tan fino como el mío. Un olfato también, a juzgar por cómo intenta respirar de un modo poco profundo.

—La policía debe estar volviéndose loca, sobre todo por esos vecinos que les están describiendo los visitantes que recibió ayer, cuando todavía no era un esqueleto podrido. Yo que tú me iba un poco más atrás, Sandrita. No olvides que tú fuiste uno de ellos.

Es un buen consejo pero no me hace caso. Tampoco es que espere otra cosa de ella.

—Quiero entrar.

—Y yo salir de esta calle. Me parece que mi deseo es mucho más factible que el tuyo.



—Samuel, la conocía. La apreciaba.

—¿Y te interesa ella, si sufrió, o quién o qué la mató y por qué?

—Soy un sabueso. —Se encoge de hombros—. ¿Tú qué crees?

—Creo que no estabas preparada para acostarte con nadie.

—¿Qué?

Se gira hacia mí tan rauda que el sabueso que está hablando con el policía se fija en nosotros. Genial.

—Dices que la apreciabas. Si te hubieras conseguido separar más de tu parte impuesta, angelical, y darte cuenta de tu otra parte, entonces te habrías sentido apenada por esa bruja. Anika, ¿no?

—No tienes derecho a decirme algo así. Mi deber es mi investigación. Y si su muerte ha sido por algo que la asustó y puede estar relacionada con nuestro caso, todo afecto que pueda sentir yo por ella es algo secundario e intrascendente.

—¿Te oyes?

Increíble. Su pie derecho está golpeteando contra la acera: se está poniendo nerviosa, o molesta, o quizá sea un síntoma de lucha interna.

—Los sabuesos no podemos permitirnos tener sentimientos. Y tampoco es que nos diseñaran con ellos.

—Eres la más vieja viva, llevas suficientes reconversiones para ser un poco más lista. Sandra, te precipitaste.

—¿Sigues refiriéndote al sexo?

—Sí.

La miro con frialdad. No deseo que vea ni el más mínimo rastro de celos. Esto es algo objetivo, como a ella le gusta.

—Te precipitaste —continúo explicándole—, pues no estabas preparada para apreciarlo de verdad. Acostarse con alguien no debería ser una rebeldía, ni una venganza por ser un sabueso.

—¿Ah, no? ¿El qué pues, listillo?

Se está enfadando. Mejor.

—Un acto de amor.

Abre la boca y la cierra, se queda sin palabras, su pie no se mueve más. Y me mira con unos ojos esmeralda que parecen querer leer hasta el último de mis pensamientos. No tengo muy claro si es una pena o una suerte que no tenga ese poder.

Permanecemos en silencio hasta que el detective jovencito queda libre del interrogatorio y se dirige hacia nosotros.

Físicamente, parece un hombre de unos cincuenta años de edad, pero solo tiene ochenta. Todo un cachorrito. Y como tal se dirige hacia nosotros o, mejor dicho, hacia mi compañera.

—Detective Sánchez, he estudiado algunos de sus casos, es todo un honor conocerla en persona.

Le tiende la mano. Queda un poco incongruente desde el punto de vista de un posible espectador humano, como el policía que nos está mirando. Un hombre que aparenta llevarle dos décadas al menos no debería dirigirse a ella con una reverencia tan evidente. Carraspeo para que se den cuenta.

La única que lo hace es Sandra, que mira de reojo al oficial y, en vez de estrechar la mano del novato, le hace un gesto de apartarnos calle abajo.

—¿Y usted es? —le pregunta una vez estamos fuera de la vista del edificio y su entrada.

—Agente Escartín, para servirla.

—¿Encargado de este caso?

—Sí.

—E intentando *guiar* a la policía humana por un camino que no incluya palabras como bruja o magia, imagino.

—Eh... claro.

Se lo ve incómodo. Este tampoco está acostumbrado a la ironía en un sabueso. Mi Sandrita sí, eso es que ya empezaba a estar preparada cuando la conocí; es una pena que ese maldito lobo haya echado a perder la posibilidad de liberarla.

Sin mi ayuda, seguramente van a volver a reconvertirla. Al fin y al cabo, ya le han dado el castigo. Doble dolor... mitad de tiempo.



Uno de los suyos tan jovencito.

Para la detective Sánchez eso era refrescante y también una pena, pues solo creaban uno cuando otro sabueso caía, siempre al servicio del deber. Por desgracia, la aceleración tecnológica de los últimos dos siglos había traído consigo otra aceleración más: la del número de muertes de los servidores de la Ley y el Orden.

«Y tú lo sabes —sonó una voz en la cabeza de la mujer, una que por su tono suave y como de arrullo parecía sacada de esa especie de ensoñación entre dos mundos que había compartido con el espectro—. Sabes que gran parte de la causa de vuestras muertes la tiene el castigo».

El castigo... el castigo que los ángeles daban a aquellos que dejaban de pensar y de comportarse como lo que los humanos llamarían un caso terminal de adicto al trabajo. Sandra amagó una sonrisa entre triste e irónica. Se daba cuenta de que su vida, si bien todo por una causa justa, podía no ser más que un cúmulo de mentiras.

Y justo entonces, como si la conociera tanto que pudiera leer la duda en sus impenetrables ojos, en la postura ligeramente más tensa de lo normal o quizá en ese pie que acariciaba el suelo, sin atreverse a reanudar su golpeteo pero tampoco estático y firme como debería estar... Justo entonces, con una voz que fue poco más que una exhalación del aliento y que ni siquiera llegó a los finos oídos del detective novato,

Samuel le habló. Su cabeza ni siquiera estaba girada hacia ella.

—¿Cómo puedes creer en la justicia de los ángeles, en la bondad que predicán, cuando han creado una raza tan solo para servirles?

Ella contuvo la respiración, señal que hizo que el novato se la quedara mirando de un modo descarado. En cualquier otro momento le habría molestado, pero en ese no. Y su compañero, dándose cuenta de que había acertado, de que su frase le había llegado hondo, se giró hacia el sabueso joven e inició una conversación intrascendente con él. No sin antes, aprovechando que este todavía no lo observaba, formar otra frase apenas audible para su Sandra.

—¿Qué has pensado, hecho, sentido, justo antes de que te dieran tu castigo... esta vez?

Y para Sánchez fue como volver a estar suspendida entre la vida y la muerte, con una aparición de brumas blancas dándole a sus labios el beso congelado de otro mundo, porque el velo de mentiras volvió a difuminarse ante sus ojos y ella se atrevió a luchar contra lo que siempre había creído. A imaginar que podría tener más opciones que el trabajo sin descanso. A reconocer que su vida era cumplir con su obligación de un modo exagerado, como si ella no fuera un ser con sentimientos y derechos sino una especie de robot inhumano. Un esclavo perfecto. Un guerrero sacrificable por otro.

Su piel debió tornarse lívida, pues sintió a su propia sangre huir de su rostro y percibió, con la cabeza atontada, como entre espejos que desvirtuaban la realidad, a su compañero colocándose delante de ella.

Tapándola del novato.

Novato... Recién creado. Cae uno, nace otro.

Su mismo compañero anterior murió en un caso, demasiado pronto. Ella vio su dolor antes de lo que debería haber sido. Debió ser un castigo, uno igual que el suyo, pues no había pasado un día desde que él había marcado a su presa.

Sandra hizo memoria y recordó algunas charlas mientras hacían vigilancia en su coche, algunas risas suyas que la extrañaron pero reconfortaron. Y siguió atando cabos.

Sus creadores misericordiosos no lo eran con ellos.

Recordó el rostro de su jefe, su señor, cuando la castigó. Esta vez. Y la otra, la otra, la otra y la otra y la otra. No era piadoso, ni apenado: más bien frío, desapasionado, inhumano. En todo caso, lo único que parecía moverlo era el desdén.

Quizá porque los ángeles eran seres del Orden y no pertenecían a este mundo. Pero ella sí.

Alargó su mano en un gesto que le pareció tan lento como si el aire estuviera repleto de densa espuma, espuma provocada por el silencio que sentía, que reflejaba la luz y la realidad como si estuviera formada por millones de diminutos espejos. Se veían como círculos de diamante, gotas de lluvia en medio del más rabioso arco iris, pero no eran más que una defensa de su mente ante lo que le estaba ocurriendo.

Dudaba que eso le pudiera ocurrir a mucha gente. Pero ella era, al fin y al cabo, un recipiente para la luz de los ángeles.

Y cuando sus dedos tocaron la espalda de Samuel, creando un iridiscente sendero de fuegos artificiales, él, que estaba escuchando al otro sabueso, se giró. Ríos la miró con preocupación y con algo que oscilaba entre la alegría y la tristeza. Después le contestó en otra de esas leves oscilaciones del aire a su alrededor.

—Para el Orden, como para el Caos, solo importa el estado de las cosas. Y nosotros, los que estamos en medio, somos irrelevantes. Tú, Sandra, buscas lo estático, lo que no se mueve. Tu propio movimiento debe ser solo el necesario para cumplir el Orden. La Ley.

Y entonces la abrazó.



—Detective Sánchez, detective Sánchez, ¿estás bien?

Alguno de los pocos humanos que cruzan la calle, en vez de mirar hacia el portal lleno de policías, comienza a hacerlo hacia ellos.

—¿Qué le ocurre? —pregunta el cachorrito, ese tal agente Escartín.

Anda que no me gustaría a mí decirle que se largue. Cuando por fin Sandrita empieza a comprender, a cuestionarse aquello para lo que ha sido creada, tiene que ser delante de este dichoso novato inoportuno.

—¿Detective Sánchez? —le pregunto otra vez en voz alta, para seguir con la actuación.

Y, al mismo tiempo, la aprieto un poco más contra mí. En cualquier otro momento, la sola idea de tenerla así dispararía mi libido; pero no ahora, ella ha entrado en *shock*. Como lo detecte su jefe es capaz de reducirle aún más el tiempo, tengo que sacarla de ahí como sea. Y esperar que haya comprendido lo suficiente como para hacer algo por ella misma, algo que la haga cambiar.

Así que acerco mi boca a su frente, dándole la espalda al cachorro de las narices para que no se espante más. Bastante es ya para él que su ídolo se haya desmayado.

Y la beso. Cierro los ojos. Piel contra piel. Contengo el doloroso deseo de perderme en la suavidad de su aroma, en la dulzura de su rostro. Dejo que mi ADN se mezcle con el suyo en unas pocas células, lo justo para ayudarla a salir.

Para mí esto es mucho más importante de lo que parece, ya que acabo de firmar un pacto de piel, uno que solo podrá disolver mi muerte.

Y considerando que ahora ella es del lobo... acabo de hacer el acto más estúpido de mi vida. Pero de nada sirve enfadarme, debo ayudarla.

—Sandra, despierta. —Muevo mis labios en contacto con la anormalmente fría piel de su frente—. Asúmelo. Despierta.

Y mientras nuestras pieles parecen fundirse en una, en esos breves segundos, me

permiso aspirar su perfume y soñar cómo sería una eternidad a su lado.

La gente comienza a mirarnos pues ese cachorro idiota está sobreactuando. Aunque qué se puede esperar de un novato.



—¿Le ocurre algo? —preguntó el agente Escartín.

El detective Ríos se separó de la mujer (la cual parecía encontrarse mejor), dejó que se apoyara en su brazo, se giró y se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Tú qué crees? Ya ha marcado. Es el dolor.

Todo el mundo sabía que los sabuesos no mentían, no estaba en sus genes. Y pese a ello Samuel no tuvo ningún problema en dar la explicación más sencilla para el desvanecimiento de Sandra. De hecho, la única que otro sabueso entendería, otro que no hubiera vivido lo suficiente como para empezar a dudar y luchar.

La detective Sánchez, mientras tanto, parecía estar despertando de un dulce sueño de olvido. Uno donde habían sido el calor y la ternura del tacto de los labios de su compañero de trabajo los que la habían ayudado a despertar. No tenía muy claro lo que le había sucedido, seguramente todavía estaba afectada por el espectro, porque su hálito vital hubiera pasado de ella a él y luego le hubiera sido devuelto. Pero lo que sí sabía sin lugar a dudas era que quien había acudido en su ayuda, quien de veras la entendía, quien sabía lo que le pasaba, no era su lobo sino su compañero.

Y se sintió muy agradecida.

Le entendió mejor, pues también ella estaba comenzando a hartarse de no ser más que un soldado perfecto programado para buscar y ejecutar. Al igual que se dio cuenta de que encontrarse a sí misma era algo más que acostarse con alguien.

—No lo sabía...

El novato reaccionó con preocupación. Parecía que nunca había visto a uno de los suyos con el tiempo contado. Lo cual podría ser verdad ya que era muy joven, no podía haber participado en demasiadas misiones.

—¿Recién salidito del cole? —ironizó Ríos.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo —intervino Sandra que cada vez se encontraba mejor—. Anda, vamos a cualquier cafetería que te haremos unas cuantas preguntas.

La gente, al darse cuenta de que ya no había nada que ver, dispersaba el esbozo de corrillo que se había comenzado a formar junto a ellos. Excepto por el cercano portal lleno de policías y curiosos mantenidos a distancia, la calle volvía a su normalidad.

—Por supuesto —asintió Escartín mientras los seguía hacia un local cercano.

Ríos sostuvo la puerta abierta para ellos y entraron. Pidieron dos cafés y una caña. Sandra, una vez tuvieron todos su vaso o taza sobre la mesa en la que se habían sentado, comenzó el interrogatorio.

—¿Qué ha pasado?

—Anika Valle, bruja, ha sido asesinada.

—¿La has visto?

Ella estaba reclinada contra el respaldo de madera de su silla, en una apariencia falsamente relajada, pues toda su atención estaba puesta en el novato.

—Sí.

—¿Y qué es? ¿Algún cliente cuyo futuro no se ha cumplido? —le restó importancia Samuel.

—Lo dudo. Tenía una expresión de terror congelada en el rostro. Y eso que está medio podrido... Quien lo hiciera le dio mucho miedo y no hay demasiados seres que asusten a una bruja.

—¿Y solo por eso descartamos al humano tímido? —se burló el detective.

—Samuel, por favor —le pidió más que recriminó Sandra, mientras intentaba que el calor de su taza entrara en su cuerpo.

Cualquier cosa para hacerla olvidar la reconfortante temperatura de los labios de Samuel. No dejaba de evitar sus ojos, mirando al novato, y eso su compañero lo notaba. Pero es que no podía mirarle a la cara, a esa boca tan tierna y a la vez mordaz... no podía. No, porque sentía que se había creado una extraña afinidad entre ellos y se moría de vergüenza cada vez que recordaba que no era con él con quien se había acostado. Un hecho que, de repente, le parecía relevante e incorrecto.

—De acuerdo, Sandrita, el cachorrito es todo tuyo.

El agente Escartín lo miró horrorizado, dejando patente que nunca había conocido a un sabueso tan maleducado como él. Sandra sonrió al verlo, ella tampoco lo había hecho hasta recordar cómo había sido ella misma antes de cada reconversión.

Toda una pieza clave eso de no recordar tu propia evolución, ¿no?

Menos mal que ya no tenía la más mínima intención de seguir repitiendo sus errores una y otra vez.

«Solo que no son errores y no voy a permitir que te vuelvan a reconvertir», le pareció oír la voz de Samuel en su mente. Se estremeció, aunque no le pareció para nada desagradable.

—¿Hay algo más que pueda darnos alguna pista de qué pasó?

—Sí, señora. De hecho yo mismo iba a llamarla. La bruja llevaba entre los dedos de su mano derecha una de nuestras tarjetas, agarrada con fuerza. Y su muerte ocurrió cerca del teléfono fijo del piso.

—¿Una tarjeta?

La leve inclinación de su cabeza parecía preguntar *¿de quién?*

—Suya, detective, suya.

Sandra comenzó a darse cuenta de que lo que fuera que ella había recordado, ese algo, la había encontrado. Y su muerte había sido pues una consecuencia de la visita que ella le había hecho el otro día. Genial.

—De acuerdo, agente. La fui a ver para una investigación. —Se calló un instante

para sacarse algo del bolsillo de su americana—. Toma, te dejo mi tarjeta. Tranquilo, no está maldita. —Esbozó una sonrisa fugaz al ver cómo el sabueso joven abría los ojos un poco más de lo normal—. Tan solo llámame cuando descubras algo más. No importa la hora.

Se la tendió. Un pulcro rectángulo blanco mate con su nombre y teléfono escritos en negro.

—Muy bien, así lo haré.

La cogió, la observó unos segundos y se la guardó.

—Yo... detective...

Parecía no saber muy bien cómo decirlo.

—¿Ocurre algo?

—Me gustaría que me contara más de lo que la llevó allí.

—Créeme, cachorrillo, no quieres saberlo —le contestó Ríos por ella, en un tono que no dejaba lugar a réplicas.

# DOCE



## NOCHE

Hacía ya horas que había caído la noche. Sobre una casa aislada en las afueras de la capital, las estrellas brillaban con rabia en el cielo, como compitiendo con las luces de la cercana Zaragoza. En medio de las aterciopeladas tinieblas, saturadas con el aroma de las rosas de los cuidados jardines del unifamiliar, el silencio tenía ojos. Y Sandra lo sabía.

Entrar al *sancta sanctorum* de los lobos sin ser invitada era casi imposible, o lo sería si ella no fuese una sabueso, una profesional del subterfugio.

Pese a sus tacones estrechos ella se deslizaba sobre las puntas de sus zapatos con la gracia de una bailarina, apenas arrancando susurros apagados al césped. Sin medias, sus piernas se perdían en una minifalda ajustada, de la cual una chaqueta de traje apenas dejaba ver unos dedos de suave tela oscura. No llevaba pendientes, ni cadenas, ni nada que pudiera tintinear. Y sus labios se unían, relajados, en una media sonrisa que revelaba la soltura con la que realizaba su trabajo, que hablaba de esa confianza que da la costumbre. Su melena, ébano y larga, estaba recogida en una trenza baja. Tan solo sus ojos esmeralda podrían delatarla. Por eso los llevaba velados tras unas Ray Ban.

No le resultó muy difícil esquivar a todos los vigilantes y cuando llegó a una de las ventanas, cerradas y enrejadas, se limitó a ladear unos grados su cabeza, como escuchando alguna frecuencia de sonido que muy pocos podían oír. A continuación se acercó a la entrada principal, una imponente puerta de acero con un relieve de símbolos rúnicos en su dintel como único adorno. Volvió a ladear la cabeza y sonrió complacida por la ausencia de sonido. Después su figura se difuminó, se convirtió en algo tan intangible y translúcido como un holograma y atravesó el metal. Al hacerlo, la temperatura bajó de manera brusca a su alrededor. El frío se transmitió hacia los guardias, arrastrado y difuminado por la suave brisa primaveral, provocando que se



estremecieran como tocados por el hálito de un espectro. Aunque no lo achacaron a ninguna causa sobrenatural.

La detective avanzó por un oscuro pasillo; la alfombra que lo cubría ahogó el ruido de sus pisadas. Ascendió una escalera amplia y siguió avanzando, evitando ahora a los guardaespaldas, hasta que llegó a la entrada entreabierta del dormitorio que estaba buscando, ese cuya ubicación le había dado Samuel. Al pensar en él por un instante, sintió esa familiaridad hacia su compañero que no la había abandonado desde su desmayo ante el portal de Anika. Y la ignoró, porque lo que ahora le importaba era cumplir su trabajo. Así que se deslizó dentro de la habitación.

Pese a lo tardío de la hora, su presa no estaba dormida sino sentada en un escritorio, de espaldas a la puerta. La brillante luz de una lámpara de mesa deslumbró a Sandra pese a sus gafas de sol. Sus ojos se reajustaron con rapidez para no acabar dañados, tras lo cual ella se quitó las Ray Ban. El tono verde vibrante de su mirada se había convertido en uno más claro. A continuación, la mujer desabrochó su chaqueta y sacó una daga de la funda que llevaba sobre su camiseta negra. La empuñó. La bombilla arrancó destellos de su filo de platino. Y entonces, sin levantarse, él se giró.

Unos iris de un marrón profundo la miraron con resignación y pena. Y sus labios, unos labios que no era la primera vez que veía, unos que había besado con un deseo que se negaba a reconocer, unos que habían dicho que la querían, se curvaron con tristeza.

—Has venido. Esperaba que no lo hicieras.

—Tú.

La mujer gritó la sílaba en voz apenas audible; manifestando así su sorpresa, el duro golpe que le suponía verlo allí, en la habitación del heredero. Entre todos los lobos del mundo, él es el último al que deseaba matar.

—Sí, yo. Debí imaginar que vendrías aquí. Al fin y al cabo es tu trabajo, detective.

Sin moverse, sin levantarse, pronunció sus palabras con un tono amargo.

—Dime... —Ella no pudo evitar que la angustia que sentía se reflejara en su voz —. ¿Eres él, el primogénito de los lobos?

Se tomó unos instantes para contestarle, como considerando si una mentira podría cambiar algo.

—Sí, lo soy. ¿Has venido a asesinarme, no?

Seguía sin moverse. Tan solo el aire de su respiración agitaba la fina tela entreabierta de la prenda que llevaba, mostrando su intento de no perder la calma, haciendo que la mirada de ella se deslizara traicionera hacia esos pectorales tan seductores y marcados. Esos que sus mismos dedos y labios habían saboreado.

—Sí.

Consiguió que su tono sonara frío y profesional pues era su trabajo. Tenía que acabarlo y por eso, rechazando todo pensamiento relativo al sofá de su piso, dibujó con los dedos en el aire la runa que marcaba al lobo como presa. En ese mismo

instante, el espacio pareció llenarse con otra presencia. Ella sabía quién era. Se trataba de su jefe, su creador, que podía sentir cuando un sabueso acababa de realizar la marca y que, a veces, se personificaba en el espacio entre mundos, en una perturbación del aire, para espiarla. El licántropo no se había dado cuenta, pues el ángel estaba tan bien escondido que solo ella, que había sido creada con su misma esencia, podía percibirlo.

—Pero no es asesinar —continuó hablando la detective—. Es ejecutar, pues infringiste la ley.

—No lo hice.

Su mirada se clavó en la de ella con una fuerza inusitada, como queriendo llegar a su alma y convencerla de su inocencia; o quizá tan solo recordarle que la amaba. La mujer apartó los ojos.

—Estás en su cuarto y afirmas ser él. Lo hiciste.

Sandra se encogió de hombros y el heredero se resignó aún más, como si eso le confirmara lo que ya sabía cuando la había sentido entrar. Era el momento de enfrentarse a aquella decisión tan difícil y sencilla: la vida de su amada o la de todos los suyos.

—Luchemos pues.

La mujer se tensó y separó sus piernas en una postura que le permitía de un modo sencillo tanto defenderse como pasar al ataque; sin embargo él seguía sin moverse.

—No, Sandra. No voy a luchar contigo. Ya te dije que te amaba y no era mentira. Puedes matarme.

Como si no le costase el más mínimo esfuerzo, se arrancó en un lento movimiento su camisa y dejó la piel que cubría su corazón al descubierto. La sabueso no pudo seguir esquivando por más tiempo la ternura de sus ojos y la mueca triste de sus labios: se dio cuenta de que era verdad, que él la amaba. Sus lagrimales se humedecieron y ella los ignoró. Los sabuesos nunca lloran. No pueden permitirse las emociones, son detectives infalibles, ejecutores fríos. Y él era el delincuente al que ella había estado buscando. Se aproximó más, tanto que podía olerlo. Su cerebro se llenó con ese aroma a testosterona mezclada con licor de manzana y condensada en su boca. Maldijo para sus adentros. Tensó el brazo del arma. Acercó su cara a la suya, tanto que sus alientos se entremezclaron. Un brillo esmeralda asomó a sus ojos verdes mientras le besaba. Tan solo un roce. Una caricia leve, donde le transmitió su pesar, sus deseos, sus sentimientos.

—Lo siento —le dijo tras separar los labios.

Y agarrando más fuerte el puñal se fue corriendo. Sin importarle el sigilo; al fin y al cabo, ya estaba muerta.

Sintió cómo la presencia desaprobadora de su jefe se retiraba.



La mujer se fue corriendo. Sin utilizar el sigilo de su raza, sin importarle quién pudiera atacarla dentro de la casa o que su mismo creador hubiera presenciado su fracaso. Pues al fin y al cabo le había fallado y su vida se contaba por medio día: doce horas de terribles y agónicos dolores que comenzarían en cualquier momento.

Nunca se había preguntado qué se siente cuando llega el final. Quizá fuera ese el momento de hacerlo.

Aunque le daba igual. Es más, le importaba una mierda. Solo podía seguir impulsándose, una zancada tras otra a toda velocidad, mientras el aire estático azotaba su rostro y hacía que sus lágrimas se pegaran a su piel al resbalar. Porque ella, la sabueso más veterana, había fracasado.

Había elegido la vida sobre la muerte, sí: que el corazón de él siguiera latiendo, al igual que los de toda su raza. Pero a cambio habría una guerra entre lobos y vampiros. Además de que seguramente los demonios aprovecharían para empezar otra con los ángeles. Era el paso lógico, pues las huestes celestiales estarían ocupadas en intentar minimizar los efectos sobre el mundo humano del conflicto entre los seres terrenales.

Pero todo eso no era algo que a un sabueso debiera preocuparle. Se suponía que ella tan solo marcaba y ejecutaba. Y ya estaba. Que su creador pudiera perdonarla algún día... porque cuando lo vio a él allí, en la habitación del heredero, todo encajó en su cabeza. Todo. Y se dio cuenta de que lo que estaba a punto de hacer no era una ejecución sino un asesinato. Y ya estaba harta de ser un verdugo.

Y menos aún del único hombre con el que se había acostado y al que quizá incluso amaba.

Así que corría, sin rumbo, hacia las afueras de Zaragoza. Todo su sufrimiento, más del alma que físico, impulsando cada zancada. No le costó demasiado tiempo, no considerando su velocidad, llegar a una zona de suaves colinas, tierra reseca y aliagas. Y siguió corriendo. Hasta que, agotada, se dejó caer contra el suelo.

Y allí, su cara oculta entre sus dedos, sus rodillas hincadas en el polvo, sus zapatos aplastando un matorral, siguió llorando.

Hasta que comenzó el dolor. El *otro* dolor.

Al principio no fue más que una molestia, una que había ignorado durante su carrera. Pero poco a poco fue subiendo de intensidad, hasta transformarse en un pulso sordo que parecía recorrer sus huesos y su carne, todo a la vez, y que, muy despacio, amenazaba con convertirse en esa agonía inhumana que arrastraba a los suyos al reino de la muerte.

Mientras seguía allí, derrotada, sin arrepentirse en ningún momento de la primera decisión nacida del corazón en toda su larga vida, los hechos de los últimos días pasaron por su mente en forma de vívidas escenas.

Primero su jefe, su creador y señor, encargándole el caso. El frío de su rostro en contraste con el calor de su compañero. Después el lobo, *él*... ese ser que no tenía muy claro si había conseguido hacerla amar pero desde luego sí que le había

enseñado lo que era el deseo (y el éxtasis...). Después el licántropo alfa, el padre, que no merecía saber que los suyos morirían tras él. A continuación Anika, una conocida de hacía mucho que había descubierto algo. Algo que la llevó a su asesinato mientras agarraba su tarjeta para llamarla; algo terrorífico que la hizo morir con un rictus de terror en su rostro; algo o alguien que, de algún modo, supo que ella estaba investigando el caso del Seina y volvió a por la única que podía aclarárselo.

¿Y cómo lo hizo? ¿Cómo lo supo?

Entonces una imagen de los escalofriantes no-muertos se coló en su mente. ¿Podrían haber sido ellos? Al fin y al cabo, a esa cena solo habían asistido lobos y vampiros.

¿Podría un nosferatu matar a uno de los suyos para empezar una guerra? Por supuesto. Aunque ella no se había molestado en preguntarse el porqué. Quizá debería haber seguido investigando en vez de tomar el camino fácil. Su compañero podía pensar que era el lobo pero... ¿y si no lo era? ¿Y si había marcado a un inocente?

Si su jefe no le hubiera metido tanta prisa...

(Su creador... el mismo que en ese instante estaba espiándola otra vez. ¿Ni morir en paz iba a dejarla? Miró hacia el espacio donde sentía que se ocultaba, la presencia se desvaneció, y Sandra se quedó sola de nuevo).

En todo caso, los errores que podía haber cometido eran suyos y su señor tenía razón en algo: había dejado que los sentimientos se inmiscuyeran y eso la había hecho fallar, la había vuelto parcial.

Parcial, fallar... Su error. Su culpa.

Su culpa... Ya había olvidado que los ángeles los manipulaban con frialdad. Su culpa...

El espectro volvió a su mente. Qué fácil habría sido dejarse sumergir en el olvido.

Y pensar que el fantasma también había sentido algo extraño en el lobo asesino... ¿Qué podría ser? ¿Un nosferatu disfrazado de licántropo? Ridículo.

Aunque los vampiros eran expertos en control mental, entre varios podrían haber dominado la mente del heredero. O podría haberlo hecho uno muy fuerte, su líder quizá, u otro no-muerto poderoso.

Pero ¿por qué?

¿Ambición por su puesto? ¿Venganza? ¿Querer desatar una guerra?

Las preguntas se agolpaban en su cabeza, como un enjambre de moscas en una habitación acristalada que no dejaban de chocar con las ventanas una y otra vez.

Y el dolor... ya no era tan sordo. No.

Lo único que no le encajaba era la expresión de terror en Anika. Las brujas eran de los pocos seres que siempre habían sabido defenderse bien de los vampiros.

Siguieron las preguntas, interminables, torturando su mente en un dúo mortal con la agonía de su cuerpo.

Y allí la encontró el amanecer, horas después.

Despeinada, con el polvo pegado a sus rasgos, acumulándose en los ya no

húmedos regueros de sus lágrimas. Con su falda del traje sucia y rasgada por algunas piedras que sobresalían de la tierra reseca, por donde lo había estado arrastrando, arrodillada o apoyada sobre piernas y manos. Manos con sangre ennegrecida, asaeteadas por los pinchos de las aliagas donde se había derrumbado. Pero lo peor que iluminaron los rayos del Sol naciente fueron sus ojos. Como desencajados. Su verde esmeralda mostrando el dolor que la recorría, dejando ver una expresión vacía, donde ya no quedaba lugar para la esperanza.

Había pensado de todo, hasta en ir a buscar al espectro para intentar hacerle recordar a qué ser podía pertenecer esa sensación que había tenido, si quizá había sido el control mental de un vampiro.

Y lo había desechado, al fin y al cabo ella misma envió al fantasma de vuelta a su plano. Lo había descartado, igual que el ir a morir en sus brazos.

Porque no quería que su lobo la viera así, no quería darle esa carga a su vida.

Al recordarlo, sonrió amargamente y se levantó del suelo. Mal momento para empezar a tener sentimientos, aunque en realidad habían sido estos los que la habían conducido hasta ese momento, hasta ese fracaso.

Sin sacudirse el polvo o la tierra apelmazada, comenzó a andar, de vuelta a su casa. No era que tuviera allí algo que pudiera consolarla en sus últimos momentos, más bien era que quería despedirse de alguien.

Sacó su teléfono, ese que había puesto en silencio al acudir al unifamiliar de los lobos, y descubrió un montón de llamadas perdidas. Casi todas de su compañero.

Perfecto.

Le dio a rellamada.

—¿Sandra? ¿Eres tú, Sandra? —sonó su voz, preocupada.

Cuando estaba molesto con ella o las cosas se ponían serias, nunca la llamaba Sandrita. Supuso que estaban en el segundo caso.

—Sí, soy yo, Samuel.

Su voz estaba debilitada por el aluvión de emociones y por el dolor. Esa terrible sensación de que le estaban separando los huesos de la carne al mismo tiempo que le revolvían esta con algo punzante.

Mas su cuerpo se veía bien. Como siempre.

—¿Por qué no lo has hecho?

—¿Tan evidente es que mi fallo ha sido voluntario?

Él no podía ver la triste mueca que curvaba sus labios, ni el modo mecánico en el que seguía avanzando.

—Eres una sabueso. La mejor. Cuando marcas, tu poder de raza hace que consigas la fuerza y velocidad necesarias para matar. Vamos, Sandrita, si ni los hechizos de una bruja pueden pararte...

La mujer sonrió como si pensara «menuda mierda de raza; sigilo para entrar y lo que haga falta para ejecutar. Podrían habernos dado algo más interesante».

—Qué puedo decirte... habría preferido saber hacer bien un cóctel o reírme

contigo al tomar una cerveza.

—¿Dónde estás? Voy a por ti.

Su voz estaba teñida de urgencia, era evidente que pensaba que todavía podía salvarla.

—Es inútil. Ya no me quedan cartas que jugar, ya no deseo seguir siendo lo que soy.

—Sandra, ¡vete a la mierda! Y dime dónde estás o me voy a ir contigo al otro lado y te voy a tener jugando a la baraja hasta que te salgan las sotas por las orejas.

—¿Tú mandándome a la mierda? —Sonrió cansada—. Está bien, me perdí en las afueras, dirección Huesca. Estoy volviendo.

—Busca la carretera. Voy a por ti y luego resolvemos eso de la marca que le has puesto al heredero.

Y le colgó, para evitar que la detective pudiera cambiar de opinión, para abalanzarse antes sobre su coche y saltarse todos los límites de velocidad.

En cuanto a ella... cuando estuviera cerca la sentiría. Al fin y al cabo era su compañera *de verdad*. En aquel contacto labios-frente, en aquel pacto de piel que selló para salvarla, le había entregado mucho más que su corazón.

«Mi vida, mi ser, mi alma...».



Mientras tanto, en la ciudad, el lobo tocado por la Luna había tirado de todos los favores que le debían y pedido unos cuantos nuevos. Y seguía peinando las calles en busca del verdadero asesino, como estaba haciendo desde que ella se había marchado.

Tenía un día, tan solo un día, para descubrir quién lo hizo y llevárselo para que cambiara la marca y lo ejecutara. Tan solo hasta poco después de las tres de la madrugada, el momento en el que Sandra lo había marcado.

Y él, pese a que todos los suyos dependían de su supervivencia hasta la próxima Luna, había dejado que ella lo hiciera, no pudo luchar contra la mujer que amaba.

No avanzaban en la búsqueda pero todavía tenían tiempo. Para empezar, todo un largo día. Se juró por su honor que lo encontrarían.

# TRECE



## MAÑANA

—Se me escapa algo...

Lucas, que había crecido junto a él, como su hermano, se quedó mirando al que sería su alfa algún día.

—No son los vampiros, Daniel. Ya lo has visto. No han sido ellos.

Sus ojos se desviaron hacia el cadáver torturado y sin apenas sangre que había a sus pies.

Lo cierto era que la poca sangre que tenían los nosferatu en el cuerpo había dificultado las investigaciones, tanto las de la sabueso como las suyas propias, ya que no había habido un líquido delator que manchara las garras del asesino. Unas manos teñidas de rojo que ellos hubieran podido ver en cuanto sus ojos se hubieron acostumbrado (en apenas unos segundos) a la súbita oscuridad que cayó sobre el restaurante. Porque el modo en el que se había cortado la cabeza del vampiro, a zarpazos, era típico de las dos razas, ya que tanto lobos como nosferatus podían sacar unas preciosas y letales garras cuando lo deseaban.

—Mira, Lucas, aprecio mucho tu opinión pero nosotros tampoco hemos sido. Nuestro padre lo sabría, yo lo sabría.

—¿Y si todavía no te has acostumbrado al flujo mental de entrada que te ha dado la Luna cuando te eligió?

Daniel, el heredero, tiró el cigarrillo que estaba sujetando entre sus dedos. Cayó al Ebro, al río que discurría lento a sus pies. La ribera no era un mal lugar para esconder un cadáver, sobre todo si estabas a varios kilómetros de la ciudad.

—Me costó un día. Un día de casi volverme loco hasta que logré controlar el volumen de vuestras voces. Lo sabes. Y lo hice bien.

Observó cómo el agua se llevaba su colilla apagada. Era cierto que fue duro pasar de ser un lobo que recibe órdenes mentales del alfa a ser el heredero. A recibir. Pero

siguió los consejos de su padre y lo dominó, como habían hecho siempre todos los líderes de su raza.

Obvió la parte de Lucas de donde se podía deducir que su progenitor les ocultaba información. No necesitaba ahora azuzar a la bestia con ese tipo de pensamientos.

Respiró hondo.

—Pues ya has visto al vampiro. —Señaló hacia el cadáver—. Era el amante de su alfa y un intrigante. Si los nosferatu lo hubieran matado, lo habría sabido. Y con lo que le has hecho... —Amagó una sonrisa al recordarlo—. Habría hablado. Seguro.

—Y Sandra... Sandra... —continuó como si no escuchara a su amigo—, ella dice que había restos de mi ADN en la herida...

—Absurdo. No tiene ninguna muestra tuya. Y nadie te ha cortado tus garras para usarlas por ti —sacudió la cabeza, sin ver a dónde llevaba esa pérdida de tiempo.

Para él, lo mejor era acusar a los vampiros y declarar la guerra. Y punto. Problema del crimen resuelto.

De repente, la expresión de Daniel se iluminó con furia. Le dio un abrazo rápido a su amigo y cambió a la forma de lobo, para irse corriendo a mayor velocidad.

—¿Adónde vas? —le preguntó Lucas antes de que la transformación fuera total.

—A buscar a Sandra. Sígueme. Ha sido un caminante de la piel —le contestó en su mente.

Y Lucas, pese a sentir la orden del alfa en sus huesos, tardó unos segundos en hacerlo, en transformarse y romper al galope. Porque tenía sentido, no lo de que le robaran la garra sino que los que caminan por la piel eran los únicos seres capaces de tomar la forma, ADN incluido, de quien desearan. Y si la detective había conseguido muestras de Daniel de algún modo...

Se estremeció mientras le seguía, por encima de piedras y tierra húmeda.

Los caminantes de la piel siempre le provocaban escalofríos. Eran sirvientes demoníacos que ahora obedecían a quien tuviera un contrato sobre su vida: un truco de los señores del Caos que los convertía en involuntarios pero celosos y fríos asesinos. Y ese alguien que poseía tanto poder sobre ellos solía ser un vampiro. Pues las brujas oscuras, las que practicaban la magia más negra y demoníaca, los evitaban como a la peste después de que ellos encontraran un modo de romper sus contratos y matarlas, vengativos, una a una.

Volvió a estremecerse, mientras el aire silbaba raudo por sus oídos. Existían pocos seres tan creativos matando como aquellos que se habían puesto en tu piel y sabían lo que te asustaba y lo que te dolía.



—¡Sandra!

Llego a ella, que avanza muy despacio, como si condensase el dolor inhumano



que debe de estar sufriendo en cada uno de sus agónicos movimientos.

No debería haberle hecho creer que había conseguido de algún modo ADN de ese lobo y que lo había identificado como al asesino. Yo no buscaba esto. No su muerte.

Paro el coche en el andén —¡a la mierda si me multan!— y corro hacia mi compañera, quedando la puerta del coche abierta detrás de mí.

—¡Sandra!

—Vas a desgastar mi nombre, guapo.

Me sonrío con debilidad.

—¿Guapo? —me sorprende más que bromeo.

—Estoy muerta. No pasa nada por ser irreverente, ¿no?

Mierda.

—No estás muerta hasta que no te rindas. ¿Me escuchas? Te voy a llevar de vuelta con ese lobo y lo matas. Sé que podrás sacar fuerzas. Su cercanía te las dará, mitigará algo el dolor. Al fin y al cabo eres antigua.

—¿De qué me sirve mi poder si no quiero asesinarlo?

La sujeto entre mis brazos. Parecemos una postal de desolación: una hermosa mujer y yo en medio de la nada, de una pequeña colina, a varios metros de una concurrida carretera. Mas nadie se fija en nosotros o en sus ropas sucias y rasgadas, su rostro derrotado, su americana y sus cabellos azotados por el viento... Me estremezco. Ella pinta en mi mente la vívida imagen de un pistolero que, sin esperanza, en medio del desierto, decide dejarse matar por los carroñeros.

—Sandra, escúchame. —Su aroma me embriaga, el maldito pacto que he hecho con ella para salvarla está acabando con toda mi determinación de ayudar a los míos —. Mátalo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque creo que le amo.

La suelto. Se tambalea unos instantes al carecer de forma súbita de mi apoyo. Algo se rompe en mi interior.

—Pues entonces mátame a mí. Márcame y mátame.

Y que los míos me perdonen por traicionarlos así.

—¿Qué?

—Lo hice yo. No soy Samuel Ríos. Cuando me enteré de que iba a ser tu próximo compañero lo maté y tomé su cuerpo.

—Tú... —susurra al vacío.

Sus ojos, como platos, parecen tomar fuerza. Ella es un sabueso, la Ley, y lo que está oyendo la hace reaccionar.

¿Por qué, por qué la habré salvado aun sabiendo el riesgo que significa para mi causa?

—Yo camino por la piel.

—¿Qué?

Me parece tan transparente que me entenece, es como si pudiera ver moverse a sus pensamientos. Quizá porque, tras pactar con ella, estamos unidos.

Ella está atando cabos. Yo maté a Anika. Lo hice porque el modo en el que me miró aquel día en las oficinas me sugirió que era muy probable que me reconociera por lo que soy, algo que no hubiera importado si Sandra no hubiera ido a verla. Y ese espectro... si ella no lo hubiera echado de vuelta a su plano, hubiera acabado por descubrirme.

—No es posible, Samuel, tú no. —Noto que el vínculo que nos une hace que mi compañera desee disculparme de algún modo.

—Sandra, escúchame. —Me pongo aún más serio—. Soy un asesino. Mato, y cuando mato a aquellos que han esclavizado a mi raza, *me gusta*. Me tomo... mi tiempo si puedo.

—Vampiros, no me extraña. Son tan antinaturales... —Me mira como suplicándome que le dé la razón, sus dedos extendidos anhelantes hacia mi rostro.

—No me escuchas, Sandrita, también brujas. Y tu compañero. El nuevo, aquel cuyo cuerpo y nombre llevo. No obtuve placer en su muerte, pero lo maté para no dejar cabos sueltos; necesitaba poder dirigir tu investigación hacia el heredero.

Nombrar al lobo parece ser suficiente. Amarga ironía. Está dispuesta a disculpar que la haya manipulado, pero no que fuera para ver muerto al licántropo.

—¿Por qué?

Fue lo último que me dice antes de decidir matarme.

—Porque mi raza está harta de ser esclava, de sufrir. Queremos liberarnos. Y eso es lo que nos ofrecieron los demonios si los ayudábamos a crear el caos entre lobos y vampiros.

«Y así ellos podrían atacar a los arcángeles, debilitados al intentar mantener el orden entre las razas terrenales...», concluyo en silencio lo evidente.

Lo que ella no sabe ni quiero que sepa es que en el momento en el que me mate, en el que yo no consiga desatar la guerra, los míos volverán a la esclavitud inicial de cuando fuimos creados. Fue el Pacto de Piel que hicimos con los demonios, que firmé yo, como líder de los míos, para liberarnos de los contratos, del abuso de las razas terrenales sobre nosotros, sobre todo de los vampiros. Pero los demonios siempre tienen letra pequeña y, cuando no lo consiga, todos los míos volverán a esa terrible servidumbre, humillación, tortura... día tras día. Ancianos y niños, bebés y enfermos.

Todo porque pacté con ella para salvarla.

Y noto su marca, yo ya no le importo. Mueve la mano y la cambia, del maldito lobo a mí. Me pregunto si su creador estará mirando en estos momentos, una nueva presa suele captar la atención de esos hipócritas con plumas. Desde luego el mío está ahora observándome, ansioso por recuperar el control total de mi pueblo.

El lobo... ojalá pudiera haberlo matado yo, pero tenía que ser ella. Así que me ofrezco para que no muera.

—¿Por qué? ¿Por qué me lo cuentas?

—Porque vi en ti a un alma gemela, a la más antigua de los tuyos, a la que podía liberarse de la esclavitud de los ángeles. Y deseé ayudarte.

«Aunque tus señores del Orden no sean ni la décima parte de terribles que los míos...».

Cada vez gana más fuerza. Yo no sé si está haciendo tiempo para tener más posibilidades de matarme o realmente le interesa saberlo. Opto por creer lo segundo.

—Cuando yo haya muerto, Sandrita, concédeme un último deseo. Piensa si de verdad merece la pena vivir tu vida.

—Basta. Defiéndete.



Ella fue a por él, a por el asesino que estaba buscando, directa hacia su cuello con la daga plateada que llevaba bajo su chaqueta.

Samuel la esquivó con agilidad y la encaró de nuevo con una sonrisa amarga. El caminante no parecía tener demasiadas ganas de defenderse. Mejor. Así su trabajo acabaría antes.

Ella lanzó una serie de puñaladas rápidas, todas esquivadas por los pelos por Ríos. Era como si todavía tuviera una lucha interna, como si a pesar de haber ofrecido su vida no acabara de decidirse a condenar a los suyos.

Y justo entonces, mientras el sudor comenzaba a tornar el arma de Sánchez resbaladiza, llegó el lobo.

—¡Sandra! ¿Estás bien?

—Atrás, guapo. Esta lucha es mía.

Ni siquiera palpité su corazón al oírlo o se giraron sus ojos a mirarlo. Su oído y su olfato le dijeron que era el heredero junto con tres licántropos más.

—¿Estás loca? Déjame a mí —le contestó Daniel, alarmado.

Samuel, sin perderla de vista, se permitió un irónico arquear de su ceja derecha.

—¿Tu amante al rescate, Sandrita?

«Como si no tuviéramos ya bastante compañía», pensó.

—De rescate nada, Ríos. Eres mío.

—Esperaba oírte decir eso algún día, pero en otras circunstancias.

La detective ni siquiera reparó en el dolor con el que Samuel, sin poderlo evitar, comentó sus palabras. Estaba demasiado ocupada vigilando a los dos hombres, uno de los cuales parecía tener demasiada testosterona en el cuerpo como para cruzarse de brazos y quedarse mirando la pelea.

—Lobo... ¡no!

Su orden llegó tarde y fue ignorada. El heredero licántropo ya se había abalanzado sobre el caminante, en un borrón de velocidad aumentada. Pero su falso compañero debía estar esperándolo porque allí estaban los dos, rodando por el suelo

en medio de la polvareda que levantaban y dándose puñetazos y patadas como si se odiaran a muerte.

—¡Basta los dos! Es mi pelea.

El polvo del suelo siguió esparciéndose, así como las gotas de sangre que salían de sus caras golpeadas. Parecía que no la escuchaban, pero Ríos debía desear medirse con ella porque, de repente, ambas figuras se pararon, temblando sus músculos de la fuerza contenida, con el caminante tumbado sobre el lobo, inmovilizándolo contra el suelo.

—Lobo. —Ignoró a la detective, que los miraba furiosa—. Te doy una oportunidad de irte. No por ti, sucio chucho —escupió—, sino por ella. No quiero que sufra.

—Tú no tienes que darme nada, maldito asesino —forcejeó con más fuerza, comenzando a debilitar la presa con que el otro lo sujetaba.

Y entonces intervino Sandra, colocando una mano en el hombro del licántropo.

—Déjalo, por favor. Es mío, lo he marcado, así debe ser.

Con la bestia rugiendo por liberarse en su mirada, el heredero asintió y dejó de forcejear. Ríos lo soltó y ambos se levantaron. El lobo escupió la sangre de su boca en el suelo y se retiró, sin dejar de mirar con rencor a su oponente en ningún momento. Pero ni este ni ella le prestaban atención: ya estaban absortos intentando calibrar sus fuerzas, imaginando cuál podría ser el resultado final, si de verdad el caminante iba a dejarse ejecutar. Sánchez le hizo un gesto desafiante con la cabeza a Samuel, uno que ni siquiera fue necesario, y comenzaron a girar en círculo, sus cuerpos en tensión y orientados el uno hacia el otro, como dos extremos de una cuerda. Los coches, la carretera, la gente... por suerte el terreno los ocultaba por completo.

—O sea que eras tú el asesino. ¿Por qué?

A Daniel no le gustaba ser ignorado. Podía haber renunciado a matarlo él mismo, con sus propias garras, pero eso no quitaba para que no estuviera herido en su orgullo al no haber sospechado nada.

—Tan solo quieren dejar de ser esclavos, lobo, solo eso —le contestó Sandra, con algo más que una nota de comprensión en su voz, la cual cada vez sonaba menos cansada.

—¿Y tú te lo crees? Seguro que este asesino desea el poder al lado de sus creadores —escupió.

—No, chucho, no busco eso. Aunque dudo que te importe —le contestó Samuel sin perder el contacto visual con la sabueso, su cuerpo buscando un hueco en sus defensas.

Estaba harto de ser tratado siempre igual, como escoria; cansado de que lo identificaran con los demonios tan solo porque estos los hubieran creado y hasta las pelotas de que ese maldito lobo se chuleara delante de ella. ¿Es que no tenía bastante con habérsela robado? Así que decidió pasar a la acción. Tener allí a ese hombre que

se había aprovechado de la vulnerabilidad de Sandra era demasiado; no lo había matado por ella, pero si el tipo no se callaba de una vez, iba a acabar cosiéndole la boca de un par de tajos. Cabreado, movió sus muñecas hacia arriba con brusquedad y sacó dos puñales ocultos que llevaba escondidos bajo su cazadora de piel. Dos armas tan rebosantes de poder como la daga de ella, aunque oscuras en vez de argéneas.

—Ni te acerques o te juro que serás el siguiente —amenazó Sandra al lobo al notar que se disponía a saltar otra vez.

De inmediato, la mujer pasó también de la defensa al ataque: corrió hacia Ríos, arqueando su espalda hacia detrás en el último momento para esquivar los dos puñales que hacían silbar el aire, aterrizó en el suelo sobre sus palmas, en una grácil voltereta, y le dio una patada con los tacones en el rostro.

Por toda respuesta, Samuel escupió sangre y la atacó con una serie de fintas rápidas de sus armas, intentando amagar golpes falsos para lograr penetrar su defensa con una buena puñalada. Ella era cada vez más fuerte, sentía menos dolor, lo esquivaba con más facilidad; pero él había recordado su furia, su raza humillada, la *necesidad* de que ninguna más de sus mujeres y niños volvieran a ser torturados. Y se dejó ir. Cada movimiento, cada tajo dado o recibido, le recordaba lo que había sufrido. Dejó de ver a Sandra delante de él para percibir tan solo a un enemigo, *al enemigo*, a ese ser que solo quería el dolor de los más indefensos de los suyos, sin dudar en usarlos para obligarlo a servirle.

La derrumbó, la inmovilizó con el peso de su cuerpo. Había ganado, era más poderoso que la sabueso; el lobo, pese al autocontrol que le estaba costando, no iba a ayudarla. Alzó sus dagas y ella cerró los ojos aceptando el final, serena, porque sabía que no era culpa de Samuel. Quizá hubiera que haber sido forjado en los fuegos del infierno para sufrir lo que los caminantes y continuar luchando.

Ya ni siquiera quería ejecutarlo; pese a lo que él le había confesado, no tenía tan claro que fuera un asesino.

Y entonces la rabia de los licántropos, que no podían atacarle porque su futuro alfa no les dejaba, el viento cortante del día, los ojos cerrados de su compañera, de Sandrita... lo devolvieron a la realidad, como si hubiera eclosionado un huevo de pesadilla. Bajó sus puñales y se arrodilló a su lado.

—Sé feliz —le susurró, entregándose todo.

Ella sintió el cálido hálito que acompañó a sus palabras como lo más bonito que jamás alguien le hubiera dado. Se incorporó, junto a él, hincada de rodillas en el suelo reseco.

—¿Por qué? —Acercó su frente a la de él, casi fundiéndose en uno sus alientos.

—¿Por qué? —le repitió la mujer ante el silencio de este—. ¿Por qué tras hacer tanto por los tuyos ahora lo echas a perder?

—¿Por qué te amo? —intentó ironizar él, sin conseguirlo.

Estaban unidos por el pacto, ese que Sandra no había ni notado pero que le había salvado la vida y ahora la unía a él, la hacía empatizar con él. Y por eso supo que esa

inusual declaración de amor era, de un modo sencillo y descarnado, la pura verdad.

Agarró con más fuerza su daga de plata y la dirigió hacia la garganta de Samuel, rasgando en su bronceada piel una primera línea de sangre. A continuación, tocó su frente con la suya propia. Rozó sus labios con los suyos. Y sintió como ese *algo* que había entre ellos, esa afinidad, se hacía más fuerte. Tanto que, mientras sus alientos parecían fluir, unidos, hacia sus frentes fundidas, fue capaz de comunicarse con él a un nivel profundo.

Y apretó con fuerza, dolor y rabia el puño; rozó con ternura el cuello masculino con los nudillos antes de matarlo.

Y le cortó el cuello.

Las lágrimas mojaron sus mejillas a la vez que su vínculo, *su pacto*, con el caminante de la piel se disolvía. La sangre de Samuel caía rauda sobre la hambrienta tierra pero antes de que su creador pudiera felicitarla, ella, que sabía que su jefe estaba observándola, arrebató de las manos sin fuerza de Ríos sus puñales y los lanzó. Con todo su poder, con toda su fuerza. No deseaba una nueva reconversión ni olvidar lo que había aprendido. Los lanzó.

Uno se clavó en el frío corazón del ángel que la había creado y el otro en el del poderoso demonio que había pactado con Samuel; ambos habían estado escondidos, observándolo todo en sendas perturbaciones del aire, invisibles.

Indetectables.

Excepto por quienes eran sus criaturas. Sus más poderosas criaturas.

Y lo logró. Sin problemas, pues antes de hacerlo, antes incluso de rasgar el cuello de su anterior compañero, había cambiado la marca. Ella y Samuel se habían comunicado sin palabras, en unos reveladores instantes, a través de su vínculo de piel.

Después de eso se derrumbó, emocional y físicamente agotada, sobre el cuerpo sin vida de Samuel Ríos. O como quiera que en realidad se llamara.

Ni siquiera percibió los labios del heredero licántropo llenando su cabello y rostro de besos, aliviados besos de respeto y amor.



La oscuridad. Lenta, sedosa y aterciopelada tiniebla. Mis ojos ya no enfocan, el dolor de mi cuello ya no late pero aún la oigo; me centro en su voz. Quiero saber si todo no ha sido en vano.

—Shhh... no digas nada, estás débil. —Escucho decir a ese bastardo.

Ese lobo arrogante al que copié unos instantes para perpetrar el crimen. Supongo que Sandrita pronto atará todos los cabos. Sodio en las luces, para hacerlas estallar de manera ostentosa en cuanto uno de los míos conectó la ducha anti-incendios. Una simple reacción química exotérmica. Y justo entonces, a oscuras, en medio de la

conmoción, me transformé en el lobo y decapité al vampiro de un par de tajos con mis (¿o debería decir sus?) garras. Los caminantes de la piel somos así, cambiamos nuestra forma a voluntad, basta un simple contacto con la piel de quien deseamos copiar. Por eso somos tan buenos como asesinos y espías, por eso clanes como brujas y vampiros hicieron favores a los demonios a cambio de nuestros contratos. Y después, antes de que ninguno de los lobos o nosferatus pudiera reaccionar, volví a ser un servicial camarero humano asustado. Con los gritos de los salones anexos, fue fácil escabullirme.

Mas todo esto ya da igual. Espero que acabar con mi demonio creador, aquel con el que pacté, haga que por lo menos los míos no vuelvan a la esclavitud inicial. Mejor siervos de las razas terrenales que de los señores del Caos, no son tan... creativos.

—Tú... —Escucho la voz de ella, mientras lucho con el olvido al que me veo cada vez más arrastrado, cargada de un reconocimiento embelesado hacia el heredero que sabe a cristales punzantes y amargos—. Tú... has venido.

—Sandra, tranquila, estás bajo *shock*.

—No, lo estaba antes. Era como si no te viera, como si lo de la otra noche en el sofá no importara, como si solo importara él...

Noto que me miran; el lobo con lástima. Si me quedaran fuerzas, le partiría la cara, pero no me restan ni para escupirle.

No necesito su pena; no yo que he acabado salvando a los suyos de una guerra, yo que planeé un crimen perfecto, una estrategia para liberar a los míos y la tiré al retrete por una mujer. Si no fuera por lo irónico que es, diría que quizá sí me la merezca aunque no la necesite.

—No importa.

Oigo cómo ella suspira y se besan. Mi mente se va y luego vuelve, cada vez más lejana.

—Yo le entiendo. No era un asesino. Sino alguien como yo.

—Como tú no, tú vienes de los ángeles.

—Sí, como yo o mejor. Qué más da el origen. Él y los suyos lucharon contra sus creadores, yo me dejé engañar por los míos. Crecí en mi arrogancia, en mi punto de vista parcial, en ser el Orden pero ya he salido. Y ahora pienso ayudarles.

Siento una extraña felicidad al escuchar que Sandrita por fin es libre.

—Shhh, ya serás fuerte otro día. Vamos a casa.

Más besos, caricias, roces... los otros lobos se han ido en algún momento y yo no cuento: me han dado por muerto.

—Un momento.

Ella se separa y deposita en mis mejillas un beso que oigo más que siento. Como una caricia de luz en medio de la noche, su aliento se despide de mí, aunque piensa que yo ya no la escucho.

—Gracias, Samuel. Tú me has hecho fuerte.

¿Qué mejores palabras póstumas puede recibir un compañero?

Porque eso es el pacto de piel con el que la ayudé: el que hace un caminante con aquella que habrá de ser su compañera, la mujer que ande por siempre a su lado.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Daniel.

Pasos, labios uniéndose y total oscuridad.



# ATORCE



## DOS MESES DESPUÉS

—¿Y ahora?

La guerra había acabado. Una contienda licántropos-nosferatu que para nada resultó como los Señores del Caos habían planeado; es más, ni siquiera se desencadenó. Fue más bien una lucha de todos contra todos.

Los ángeles, en cuanto sintieron la muerte de uno de los suyos, acudieron de inmediato. Un momento, el justo para observar también el cadáver de un Señor del Caos. A continuación, convocaron una reunión de sus líderes. Se habían sentido tan ofendidos y profanados con la muerte de uno de los suyos que se lanzaron a matar a sus enemigos naturales sin darse cuenta de que no había sido un demonio quien lo había asesinado.

Los vampiros, controladores y ambiciosos, habían visto el ataque de las tropas celestiales y la muerte del líder demoníaco como una oportunidad para derrotar a los demonios, de tomar su privilegiado sitio en la eterna lucha Orden-Caos. Si no hubiera sido por Sandra, así habría quedado todo; con los nosferatu aprovechándose de la debilidad de ángeles y demonios, de las bajas en ambos bandos, para ponerse al mando del mundo sobrenatural.

Por suerte ese no fue el resultado.

Los lobos se habían aliado con la ex-detective Sánchez, ahora esposa de su futuro alfa. Solo ellos, ningún sabueso la había apoyado: estaban aferrados por el sentido del Orden de los ángeles. Y exigieron a los señores celestiales la liberación de la detective y de cualquier otro sabueso que lo deseara, ahora o en un futuro. A continuación, Sandra movilizó a los licántropos y a otras razas terrenales contra los vampiros, para que no tomaran demasiado poder. Y también, siguiendo esa promesa que se hizo a sí misma el día de la muerte de Samuel, contra los demonios, pues quería que dejaran en libertad a los caminantes de la piel. Los Señores del Caos,

presionados por demasiados frentes, firmaron un nuevo Pacto de Piel que así lo atestiguaba. Sin letra pequeña.

Excepto para Ríos, todo acabó muy bien. La facción del Orden mantuvo su predominio, pero ya no eran sus Señores los que gobernaban y ostentaban la Ley. Ahora, por primera vez en la historia, debido a que sin ellos los ángeles habrían perdido la guerra, había un Consejo formado por arcángeles, licántropos, caminantes y hechiceros. Es decir, las tres razas terrenales que más habían luchado al lado del Orden habían exigido un trato justo. Y por simple cuestión de números, de tropas, lo habían conseguido.

La detective por fin controlaba su destino, sus actos, sus deseos... gracias a ella todos los sabuesos que así lo desearan podían elegir no sufrir una reconversión y liberarse. Aunque sabía que sería una dura tarea ya que lo llevaban grabado en los genes y no iban a tener a un compañero caminante para hacerles cruzar esa rígida línea entre el deber y la vida. Como lo tuvo ella.

—¿Y ahora? —repitió la sabueso, vestida con uno de esos trajes serios con los que todavía se sentía a gusto, mientras miraba a su esposo.

—Ahora nada. Se acabó. Ya podemos dedicarnos a nosotros. Daniel le contestó con una puñetera sonrisa lenta cargada de segundas intenciones, mientras la arrastraba a bailar a la pista de baile del Seina. No era mal lugar para un nuevo comienzo.

—¿Delante de toda esta gente? —Enarcó una ceja hacia el resto de invitados a la boda de uno de los hermanos de su lobo.

—Bueno, bombón, siempre podemos echarle la culpa a la bestia...



Los oigo, escondido en una perturbación del aire. Ella se ríe mientras él mordisquee su oreja. Desearía ser yo el que compartiera esa complicidad, ese fuego, ese cariño, pero no importa. El cuerpo de Samuel Ríos tuvo que morir para que mi pacto, mi vínculo con Sandrita, se disolviera y ella así quedara libre.

Los míos me recogieron, sabían cómo salvarme. Un caminante de mi edad, el más antiguo de los míos («¿ves, Sandrita? Hasta en eso nos parecemos»), no muere con tanta facilidad. E incluso he adquirido nuevos poderes tras casi abandonar de verdad esta existencia, como el de esconderme entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Y ella, que ya no está unida a mí, no puede sentirme.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué no la reclamas? —me pregunta la orgullosa mujer que está a mi lado.

La madre de niños torturados. Ante sus ojos. No puedo imaginar mayor aberración. La única hija viva de mi hermana.

—Déjala que sea feliz a su lado. El lobo me la robó aquella noche y yo no quiero

un amor inducido por un pacto.

«Si de verdad lo indujo un pacto...», parecen decirme los ojos de mi acompañante mientras ella me sujeta durante unos instantes la mano, con afecto.

—Tienes razón —me comenta en cambio—. Cuando él muera su efímera vida de lobo, tú y ella tendréis toda la eternidad para reencontraros.

Aparto mi mirada de la feliz pareja y sonrío a los ojos inquisitivos de mi sobrina, la que ha tomado temporalmente mi papel como líder de los nuestros para que Sandra no sepa que sigo vivo.

—Es lo bueno de tener existencias demasiado largas, ¿no te parece? A veces todo el tiempo del mundo, sobre todo cuando ya no se es esclavo, es una bendición.

—Nunca entenderé por qué lo hiciste. Por qué corriste el riesgo de que perdiéramos todo.

«¿Cómo decirte, hija de mi hermana, que me ganó el corazón, que me enamoré demasiado?».

—No lo corrí —le contesto en cambio, ocultando mi mentira en una verdad más poderosa para que no la detecte—, en todo momento supe que yo era lo que Sánchez necesitaba para rebelarse y hacerse fuerte.

Y eso, el haber podido ayudarla a liberarse, a desarrollarse como esa magnífica sabueso que ahora es, hace que mi cara sonría. La espera podrá ser larga, pero por una mujer tan maravillosa, tan *ella*, aguardaría la eternidad.

Fin

## **Nota de la Autora**

El boca a boca es crucial para cualquier autor. Si te ha gustado esta novela, por favor considera dejar una reseña. Aunque sea tan solo de una o dos líneas, me encantará leerla y será de gran ayuda.



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con *Aspirante a guerrero* y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato

*Despierta, dragón esqueleto*, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica *Catorce Lunas*, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico *Belly dance: The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazon*, en inglés y en español, en el año 2010.